

Padraic Colum nació en Longford, Irlanda, en 1881. Sus escritos destacan en la Literatura Irlandesa, que a su vez, es considerada como un renacimiento de la antigua literatura de principio del siglo veinte. Sus libros para niños han encantado a varias generaciones de jóvenes lectores, y son tan bienvenidas hoy como en aquellos tiempos en que recién se publicaron. Padraic Colum recibió el Premio Medalla Regina.



Con el don musical de un gran cuenta cuentos, Padraic Colum captura toda la majestad de los Mitos nórdicos en su recopilación de leyendas de dioses y diosas que habitaban el paraíso del norte del Asgard antes del ocaso de la historia. En este libro se encuentran las inigualables leyendas de Odín, el Padre de Todos, quien sacrifica su ojo derecho para beber del Pozo de la

Sabiduría; de Thor, el dios del trueno, con su poderoso martillo protector del Asgard; de Loki, el hacedor del bien y del mal; de los gigantes, héroes, dragones, duendes y Valkirias. Y la última batalla, la más terrible, que destruye todo su mundo. Las leyendas nórdicas que reviven en este libro, son parte de uno de los ciclos más importantes de las leyendas universales.



ISBN 978-956-87-99-03-6



9 789568 799038

Los Niños de Odín

El Libro de los Mitos Nórdicos

Por Padraic Colum



Ilustraciones de Willy Pogany

Los Niños de Odín

El Libro de los Mitos Nórdicos

Por Padraic Colum



The Children of Odin - The Book Of Northern Myths

© 2008 Estate of Padraic Colum.

Published by agreement with Floris Books, Edinburgh.

Los Niños de Odín - El Libro de los Mitos Nórdicos

© 2008 Floris Books.

Inscripción registro de propiedad intelectual: 176.774

ISBN: 978-956-8799-03-8

Ilustraciones: Willy Pogany

Traducción: Pilar Salinas C

Editado y Publicado por Editorial Idunn Ltda.

Las Urbinas 81, oficina 3B, Providencia

Santiago de Chile

(56 - 2) 2334137

info@editorialidunn.cl

www.editorialidunn.cl

Derechos Reservados. Prohibida su Reproducción.

«A través de estas sagas y cuentos, que ahora se pueden leer en castellano, espero aportar a la lectura imaginativa, aquella que va al encuentro de los misterios del alma y del mundo, en pos de comprender y enfrentar los conflictos de nuestra época».

Pilar Salinas Cademartori.



ÍNDICE

Primera Parte

LOS HABITANTES DEL ASGARD

Hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano	13
La Construcción del Muro	16
Iduna y sus Manzanas. Cómo Loki puso en peligro a los Dioses	24
El cabello dorado de Sif. Cómo Loki llevó maldad al Asgard	39
Cómo Brock enjuició a Loki	46
Cómo Freya recuperó su collar y cómo perdió a su amado	57
Cómo Frey ganó a Gerda, la Dama Gigante, y cómo perdió su espada mágica	65
Heimdall y la pequeña Hnossa, cómo llegaron a ser las cosas	76
La premonición del Padre de Todos, cómo Odín abandona el Asgard	84

Segunda Parte
ODÍN, EL VAGABUNDO

Odín va al Pozo de Mimir: el Sacrificio a cambio de la Sabiduría	93
Odín se enfrenta a un hombre malo	99
Odín consigue el Hidromiel Mágico para los hombres	107
Odín le cuenta el secreto de sus acciones a su hijo silencioso Vidar	117
Thor y Loki en la Ciudad de los Gigantes	120
Cómo Thor y Loki engañaron al Gigante Thrym	135
La Fiesta de Egir: Cómo triunfó Thor	144
El Tesoro de los Duendes y la maldición que les acarreó	156

Tercera Parte
EL CORAZÓN DE LA BRUJA

El Mal Presentimiento del Asgard	173
Loki, el traidor	177
Loki contra los Ases	187
La Valkiria	192
Los Niños de Loki	198
La muerte de Baldur	205
El castigo de Loki	219

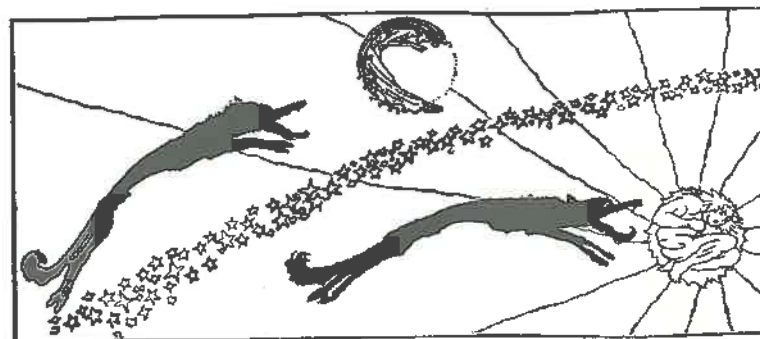
Cuarta Parte
LA ESPADA DE LOS VOLSUNGS
Y EL OCASO DE LOS DIOSES

La juventud de Sigurd	227
La Espada Gram y el Dragón Fafnir	236
La Sangre del Dragón	243
La Historia de Sigmund y Signy	252
La Historia de Sigmund y Sinfiotli	263
La Historia de la Venganza de los Volsungs y de la Muerte de Sinfiotli	269
Brunilda en la Casa en Llamas	275
Sigurd en la Casa de los Nibelungos	280
Cómo Sigurd ganó a Brunilda para Gunnar	285
La Muerte de Sigurd	290
El Ocaso de los Dioses	296

A vertical spiral binding on the left side of a white page. The binding consists of a series of metal loops, each with a black and gold striped pattern.

PRIMERA PARTE

**LOS HABITANTES
DEL ASGARD**



HACE MUCHO TIEMPO, EN UN LUGAR MUY LEJANO

Había una vez otro sol y también otra luna que eran distintos al sol y la luna que vemos ahora. El sol se llamaba Sol, en cambio la luna se llamaba Mani. Unos zorros corrían detrás de Sol y Mani, iban persiguiéndolos, hasta que finalmente los alcanzaron y se devoraron a Sol y a Mani. De modo que el mundo quedó absolutamente oscuro y frío.

En aquellos tiempos vivían los Dioses Odín y Thor, Hödur y Baldur, Tyr y Heimdall, Vidar y Vali, junto a Loki, el hacedor del bien y del mal. También vivían las encantadoras Diosas, Frigga, Freya, Nanna, Iduna y Sif. Pero llegó el tiempo en que Sol y Mani fueron alcanzados y destruidos. Junto con ellos todos los Dioses fueron vencidos, excepto Baldur quien ya había muerto para entonces. Tampoco fallecieron Vidar y Vali, los hijos de Odín, ni Modi y Magni, los hijos de Thor.

En aquel entonces ya habitaban en la Tierra hombres y mujeres. Sin embargo, antes de que el mundo fuera destruido, y con ello también los Dioses, en la Tierra ocurrieron ciertos hechos muy terribles. Cayó nieve en los cuatro rincones del mundo y siguió cayendo durante tres estaciones. Vientos huracanados arrasaron con todo. Y aquellas gentes que habían vivido en la Tierra a pesar de la nieve, el frío y el viento, comenzaron a pelear entre ellos, hermanos que se mataban entre hermanos hasta que finalmente todas las personas perecieron.

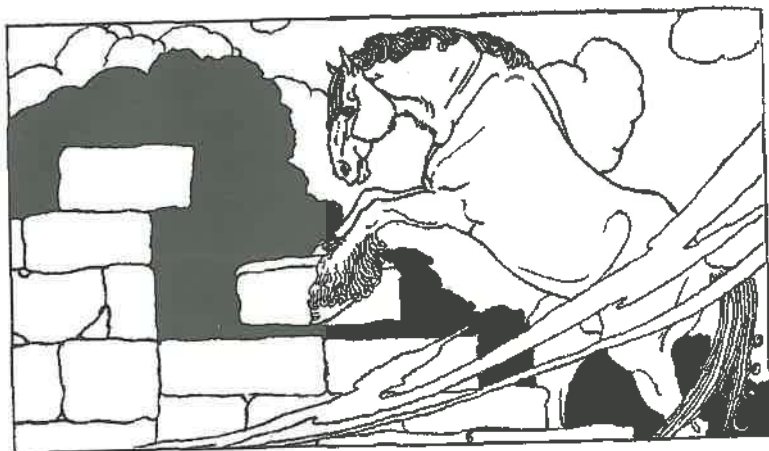
En aquellos tiempos había otra Tierra. Una Tierra verde y hermosa, pero después que soplaron los terribles vientos se desplomaron los bosques, los cerros y las viviendas. Luego apareció el fuego y quemó la Tierra. Se produjo la más completa oscuridad ya que para entonces no había sol ni luna. Los Dioses se encontraron con su destino. Y el tiempo en que todo esto sucedió se llamó Ragnarök o el Ocaso de los Dioses.

Después apareció un nuevo sol y una nueva luna viajando a través del cielo, eran incluso más maravillosos que Sol y Mani y ya no hubo ningún zorro que los persiguiera. Nuevamente la Tierra se transformó en un lugar bello y verde y en lo más profundo de un bosque, allí donde el fuego no había podido penetrar, se despertaron un hombre y una mujer. Odín los había escondido allí, y ellos durmieron durante el Ragnarök o el Ocaso de los Dioses.

La mujer se llamaba Lif y el hombre Lifthrasir. Ellos caminaron por el mundo y tuvieron hijos, y sus hijos otros hijos, que fueron poblando el mundo junto a aquellos Dioses que habían sobrevivido: Vidar y Vali, los hijos de Odín; Modi y Magni, los hijos de Thor.

Vidar y Vali encontraron unas tablas escritas por los Dioses antiguos, quienes las habían dejado allí para que ellos se enteraran de todo lo sucedido antes del Ragnarök o el Ocaso de los Dioses.

De modo que las gentes que vivieron después del Ragnarök, el Ocaso de los Dioses, no tenían los mismos problemas que sus antepasados. No tenían que enfrentar a aquellos seres perversos que trajeron la destrucción al mundo y a los hombres y mujeres, aquellos seres que desde el principio habían declarado la guerra a los Dioses.



LA CONSTRUCCIÓN DEL MURO

Desde siempre hubo guerra entre los Gigantes y los Dioses —entre los Gigantes, que querían destruir el mundo junto con la raza de los hombres— y los Dioses, quienes han protegido a la raza de los hombres y querían convertir el mundo en un lugar aún más bello.

Existen muchas historias que pueden ser contadas acerca de los Dioses, pero sin duda la primera que debe ser narrada es la que cuenta cómo se construyó el muro.

Los Dioses se abrieron camino hasta la cima de la montaña más alta y allí decidieron construirse una gran ciudad fortificada para que los Gigantes no pudieran derribarla. La ciudad se llamaría Asgard que significa «la morada de los Dioses.» La construirían

en una planicie preciosa que se encontraba en la cima de la montaña y querían levantar alrededor de su ciudad, el muro más alto y poderoso que jamás se hubiese construido.

Pero un día, se acercó un ser Desconocido, justo cuando se comenzaba a construir las entradas y los palacios. Odín, el Padre de los Dioses, le preguntó: «¿Qué os trae hasta la Montaña de los Dioses?»

El Desconocido contestó: «Yo conozco bien lo que pasa por la mente de los Dioses. Vosotros queréis construir una gran ciudad aquí. Yo no puedo construir palacios, pero sí puedo construir muros poderosos que jamás serán derribados. Dejadme levantar un muro alrededor de vuestra ciudad.»

El Padre de los Dioses preguntó: «¿Cuánto tiempo os tomaría construir un muro que pueda rodear toda nuestra ciudad?»

El Desconocido contestó: «¡Oh, Odín! Me tomaría un año.»

Odín sabía lo importante que era levantar el muro para que los Dioses no perdieran el tiempo defendiendo la ciudad —el Asgard— de los Gigantes y sabía que mientras el Asgard estuviera protegido, él mismo podría dirigirse a los hombres para enseñarles y ayudarles con sus quehaceres. Entonces Odín pensó que no importaba cuánto pidiera el Desconocido por levantar el muro, pues bien lo valía.

Ese mismo día, el Desconocido se presentó ante el Concilio de los Dioses y prometió que en el plazo de un año tendría construido el muro completo.

Entonces Odín le hizo una promesa, los Dioses le concederían lo que él pidiera en pago, a cambio de que terminara el muro en el plazo convenido.

El Desconocido se alejó y regresó al día siguiente. Era el primer día del verano cuando comenzó con la construcción. No trajo a nadie de ayudante, sólo a un gran caballo.

Entonces los Dioses pensaron que el caballo serviría para arrastrar los grandes ladrillos de piedra para construir el muro. Sin embargo, el caballo hizo mucho más que eso. Puso las piedras en su lugar y preparó la argamasa. El caballo se puso a trabajar, tanto durante el día como en la noche, en la luz como en la oscuridad y de este modo, muy pronto, se pudo ver el muro que comenzó a rodear los palacios que los Dioses se construían.

Los Dioses comenzaron a preguntarse unos a otros: «¿Qué pedirá el Desconocido a cambio del muro que nos construye?»

Entonces Odín se acercó al Desconocido y le dijo: «Estamos maravillados de observar como trabajáis para nosotros, vos y vuestro caballo. Nadie pone en duda que el gran muro del Asgard estará terminado para el primer día del próximo verano. Sin embargo, ¿Cuál será el pago que reclamareis a cambio? Pues nos gustaría prepararlo desde ya.»

De modo que el Desconocido detuvo su trabajo por un momento, dejó solo al caballo apilando los grandes ladrillos, y dijo: «Oh, Odín, Padre de los Dioses, la recompensa que espero por mi trabajo es el sol, la

luna y a Freya, quien cuida de las flores y el césped, para que se convierta en mi esposa.»

Odín se enfureció al escuchar las palabras del Desconocido, le pareció que el precio que pedía por su trabajo sobrepasaba con creces a cualquier otro precio. Se dirigió hacia los demás Dioses, quienes construían sus resplandecientes palacios dentro del gran muro, y los puso al tanto del precio que el Desconocido cobraba. Los Dioses dijeron: «El mundo se marchitará sin la presencia del sol y la luna.»

Las Diosas exclamaron: «¡Y sin Freya se marchitará el Asgard!»

Los Dioses preferían dejar el muro a medio construir, antes de pagar semejante precio. Pero en ese momento, habló uno que se encontraba entre los Dioses, se trataba de Loki, un ser que sólo pertenecía a los Dioses a medias, ya que su padre era el Gigante del Viento. Loki dijo: «Permitid que el Desconocido termine el muro alrededor del Asgard y yo encontraré un modo para que se retracte del trato injusto con los Dioses. Id donde él y decidle que el muro debe estar terminado el primer día del próximo verano y si ese día no es capaz de cumplir hasta con la última piedra, el pago que reclama no le será concedido.»

Y así lo hicieron los Dioses, fueron donde el Desconocido y le advirtieron que no entregarían ni el sol, ni la luna, ni a Freya, si es que el primer día del próximo verano no estaba puesta la última piedra del muro. Así se enteraron de que el Desconocido era uno de los Gigantes.

El Gigante y su gran caballo, fueron apilando los ladrillos incluso en forma más rápida que antes. Durante la noche, mientras el Gigante dormía, el caballo no paraba de trabajar, levantando las piedras y depositándolas en el muro con sus poderosas patas delanteras, de modo que el muro alrededor del Asgard crecía cada día.

Pero ahora los Dioses, al observar el alto muro que rodeaba sus palacios, se sentían preocupados. El Gigante y su caballo terminarían su trabajo el primer día del próximo verano, luego el Gigante podría llevarse al sol, a la luna y a Freya.

Sólo Loki no se preocupaba y permanecía reconfortando a los Dioses. Loki les aseguraba a los Dioses que encontraría cómo prevenir que el Gigante terminara su trabajo, de modo que conseguiría que el Gigante perdiera el derecho al terrible precio que le había prometido Odín.

Faltaban tres días para que comenzara el verano. El muro estaba terminado, sólo la reja de entrada quedaba por terminar. Encima de la reja faltaba poner una piedra. Antes de irse a dormir esa noche el Gigante le pidió a su caballo que transportara una gran roca hasta la reja y al día siguiente la pondrían, de modo de terminar con el trabajo dos días antes de la llegada del verano.

Era una noche de luz de luna maravillosa. Svadilfare, el gran caballo del Gigante arrastraba con fuerza la roca más grande que hubiera arrastrado en su vida, de repente divisó a una pequeña yegua que

galopaba en su dirección. El caballo nunca había visto una pequeña yegua tan linda y la observaba lleno de admiración.

Entonces la pequeña yegua pasó por su lado jugando y exclamó: «¡Esclavo Svadilfare!»

De inmediato Svadilfare bajó la gran roca que cargaba y se dirigió hacia la pequeña yegua. Ella se volvió al verlo venir y el gran caballo le preguntó: «¿Por qué me llamas esclavo Svadilfare?»

La pequeña yegua contestó: «Porque tienes que trabajar día y noche para tu amo, quien te mantiene trabajando, trabajando y trabajando, y nunca te deja descansar. ¿A que no te atreves a dejar abandonada esa roca para venir a jugar conmigo?»

Svadilfare le preguntó: «¿Quién te dijo que yo no me atrevo?»

La pequeña yegua contestó: «Yo sé que no te atreves.» Luego, retozando sus patas, se alejó corriendo a través del prado bañado por la luz de la luna.

La verdad es que Svadilfare se encontraba realmente cansado de trabajar día y noche, y se sintió aún más descontento al ver a la pequeña yegua alejarse galopando. Entonces, Svadilfare dejó la roca que arrastraba abandonada en el camino, miró a su alrededor y vio que la pequeña yegua continuaba observándolo desde lejos, así es que salió galopando velozmente a su encuentro.

Pero no pudo alcanzarla, porque la pequeña yegua se adelantó rápidamente y se alejó a través del prado bañado con luz de la luna. Cada cierto tiempo

la pequeña yegua se daba vuelta para mirar a Svadilfare, que iba detrás galopando lo más rápido que podía. La pequeña yegua bajó a la orilla de las montañas mientras Svadilfare la seguía contentísimo de haber recobrado su libertad y disfrutaba del viento fresco y el aroma de las flores. Al amanecer llegaron hasta una cueva. La pequeña yegua entró en la cueva y Svadilfare la alcanzó. Juntos curiosaron, mientras la pequeña yegua le contaba cuentos de enanos y elfos.

Así llegaron hasta una alameda en la que se quedaron descansando. La pequeña yegua jugaba tan amorosamente con él, que el gran caballo olvidó el paso del tiempo. Y mientras ellos continuaban jugando en el bosquecillo, el Gigante iba de un lado a otro buscando a su gran caballo.

El Gigante, había regresado al muro bien temprano, para poner la piedra que faltaba sobre la puerta de entrada y así dar por terminado su trabajo, sin embargo, no podía hallar la roca por ninguna parte. Llamó a Svadilfare pero su gran caballo no respondió al llamado. Entonces, el Gigante salió en su búsqueda, buscó por todo el valle que rodeaba las montañas y buscó tan lejos que llegó hasta los confines de los Gigantes. No halló ni rastro de Svadilfare.

Los Dioses dieron la bienvenida al primer día del verano, sin embargo, la puerta de entrada del muro no estaba terminada. Entonces, comenzaron a decirse unos a otros que si el muro no estaba terminado para la tarde, no tendrían que entregar a Sol y ni

a Mani al Gigante, ni tampoco a Freya para que se convirtiera en su esposa. Las horas del primer día del verano iban pasando y el Gigante no levantaba la gran piedra sobre la puerta de entrada. Finalmente, en la tarde, el Gigante se acercó a los Dioses.

Odín dijo: «Vuestro trabajo aún no está terminado, y como me habéis forzado a entrar en un trato injusto, ahora no veo necesario que lo sostengamos. ¡No recibirás al Sol, ni a Mani, ni tampoco a la doncella Freya!»

El Gigante exclamó: «¡Debería echar abajo este muro pero está demasiado fuertemente construido!» De modo que el Gigante intentó derribar uno de los palacios. Los Dioses lograron detener al Gigante y luego lo expulsaron fuera de su propio muro. Odín le ordenó: «¡Vete y no vuelvas a molestar al Asgard!»

Finalmente, Loki regresó al Asgard y le contó a los Dioses cómo se había transformado en una pequeña yegua, logrando alejar a Svadilfare, el gran caballo del Gigante. Los Dioses se sentaron en sus espléndidos palacios, rodeados por el gran muro, y se alegraron de que su ciudad ahora se encontrara segura, de que ningún enemigo jamás lograría entrar en ella y menos destruirla. Sin embargo, Odín, el Padre de los Dioses, mientras se sentaba en su trono, sentía su corazón muy triste. Triste, de que ahora los Dioses tenían un muro que había sido construido bajo engaño, que se había roto una promesa y aún más, se había asestado un golpe de injusticia en el Asgard.



IDUNA Y SUS MANZANAS. **CÓMO LOKI PUSO EN PELIGRO A LOS DIOSES**

En el Asgard había un jardín, en el jardín crecía un árbol y en el árbol crecían unas brillantes manzanas. Ustedes saben, mis niños queridos, que cada día que pasa nos hacemos más viejos hasta que llega un día en que nos encorvamos, nos ponemos más débiles, aparecen las canas y vamos perdiendo la vista. Sin embargo, aquél que se alimentaba de las brillantes manzanas que crecían en el Asgard, no envejecía con el paso de los días. Pues todo aquél que se alimentara de esas manzanas, lograba alejar la vejez.

La Diosa Iduna era la encargada de cuidar el árbol donde crecían las brillantes manzanas y no hubiera

crecido ni una sola manzana si Iduna no hubiese cuidado del árbol. Sólo Iduna podía cosechar las manzanas. Cada mañana Iduna sacaba algunas manzanas y las ponía adentro de su canasto. Todos los días, los Dioses y las Diosas iban a comer una manzana al jardín y así se mantenían siempre jóvenes.

Iduna nunca se alejaba de su jardín. Cada día se sentaba a la entrada de su casa de oro, mirando hacia sus árboles, siempre atenta a Bragi, su esposo, a quien le gustaba contar un cuento que nunca terminaba.

¡Ah! Pero llegó un día en que el Asgard perdió a Iduna y sus manzanas. Entonces los Dioses temieron que la vejez los atraparía. ¿Cómo es que esto sucedió? Oh, mis queridos, ahora se los contaré...

Odín, el padre de los Dioses acostumbraba a visitar a los hombres en la Tierra para ayudarlos con sus quehaceres. En una oportunidad, Odín le pidió a Loki que lo acompañara. Loki, el hacedor del bien y del mal. Durante mucho tiempo viajaron por la Tierra de los hombres hasta que finalmente llegaron al Jötunheim, la Región de los Gigantes.

Era una región desértica, un páramo donde no crecía nada, ni siquiera arbustos con frutos. No había aves, ni animales. A medida que Odín, el Padre de los Dioses y Loki, el hacedor del bien y del mal, se adentraron en la región, comenzaron a sentirse hambrientos pero por más que buscaron, no encontraron nada para comer.

Loki recorría por todos lados hasta que finalmente encontró un rebaño de ganado salvaje. Lentamente,

Loki se confundió entre el ganado, agarró a un toro joven y lo mató. Luego cortó la carne en trocitos, encendió una fogata y puso la carne a dorar en un asador. Mientras la carne se cocinaba, Odín el Padre de los Dioses, permanecía sentado a una cierta distancia, pensando en las cosas que había visto en el Mundo de los Hombres.

Loki estaba bastante ocupado poniendo más y más troncos al fuego. Finalmente, Loki llamó a Odín, y el Padre de los Dioses se sentó a comer cerca de la fogata.

Sin embargo, al sacar la carne del asador y cortar un trozo, Odín, el Padre de los Dioses, descubrió que aún estaba cruda y le sonrió a Loki por haber creído que la cena estaba lista. Loki se sorprendió mucho, puso nuevamente la carne a cocer, volvió a poner más troncos al fuego y después de un rato, sacó nuevamente la carne del asador y volvió a llamar a Odín.

Odín volvió a cortar la carne y la encontró nuevamente cruda, pero tan cruda, como si nunca hubiera sido puesta al fuego. Odín preguntó: «Loki, ¿De qué se trata esto, es acaso un truco tuyo?»

Pero Loki estaba tan enojado con la carne que no se cocía, que Odín se dio cuenta que no se trataba de alguno de sus trucos. Loki, que tenía mucha hambre, montó en cólera contra la carne y el fuego. Así es que nuevamente puso la carne a cocer y llenó de troncos el fuego. A cada hora, Loki sacaba la carne confiando que estaría cocida, pero cada vez Odín volvía a comprobar, que estaba tan cruda como la primera vez que la sacó del fuego.

Odín supo que la carne estaba bajo algún encantamiento de los Gigantes, de modo que se levantó y prosiguió su camino. En cambio Loki, no quiso abandonar la carne que había puesto al fuego, afirmando que la cocinaría y que no se alejaría de allí con hambre.

Llegó la tarde y mientras Loki retiraba la carne del fuego, sintió un aleteo sobre su cabeza. Al levantar la vista, Loki divisó una poderosa águila, el águila más grande que hubiese visto en el cielo. El águila volaba en círculos por el aire y se acercaba lentamente a Loki.

El águila gritó: «¿Es que acaso no podéis cocinar vuestra comida?»

Loki respondió: «¡No, no puedo cocinar!»

El águila volvió a gritar: «¡Yo os la puedo cocinar, si es que vos me convidáis un pedazo!»

Loki respondió: «¡Ven entonces, y cocínala para mí!»

El águila descendió en círculos hasta llegar por sobre el fuego. Luego, abriendo y cerrando sus poderosas alas, el águila avivó las llamas hasta que estuvieron muy altas. Loki sintió un calor que no había sentido nunca antes y que provenía de los troncos quemándose. En un minuto sacó la carne del asador y la encontró bien cocida.

El águila le gritaba. «¡Dadme mi parte, dadme mi parte!»

Entonces el águila bajó volando y se fue en picada hacia un trozo de carne, en forma instantánea se la

devoró y luego cayó sobre otro pedazo que también se devoró. Así, se fue devorando trozo tras trozo, hasta que parecía que no sobraría nada para Loki.

Loki se enfureció cuando el águila se devoró el último trozo, agarró el asador con el cual había cocido la carne y le dio un golpe al águila. Hubo un sonido muy fuerte como si hubiera golpeado un metal y no pudo sacar el palo del asador porque había atravesado el corazón del águila. Pero Loki no soltó el palo del asador, de repente el águila emprendió el vuelo nuevamente y se elevó llevándose consigo a Loki, quien iba agarrado del palo del asador y no lo soltaba.

Antes de que Loki pudiera reaccionar ya se encontraba a miles de millas de distancia en el aire. El águila volaba en dirección al Jötunheim, la Región de los Gigantes. El águila iba gritando: «Loki, ¡Oh mi amigo Loki, por fin os tengo! Habéis sido vos quien engañó a mi hermano para que no recibiera su pago por construir el muro que rodea el Asgard. ¡Loki Loki, por fin os atrapé! Ahora sabéis que Thiassi, el Gigante os ha capturado. ¡Oh Loki, el más astuto de los Habitantes del Asgard!»

Esto era lo que el águila gritaba a medida que se alejaba del Asgard volando en dirección al Jötunheim, la Región de los Gigantes. Sobrevolaron el río que separa el Jötunheim del Midgard, el Mundo de los Hombres. Entonces, Loki divisó por debajo, un lugar terrible, una región de hielo y roca. En este lugar había grandes montañas pero no estaban iluminadas por el sol ni por la luna, sino por columnas de fuego

que se asomaban, de vez en cuando, desde cráteres en la Tierra o en la cima de las montañas.

El águila revoloteó por encima de un gran iceberg. Repentinamente el águila se sacudió el palo del asador de su corazón, y Loki cayó en el hielo. El águila le gritó: «¡Finalmente os tengo bajo mi poder! ¡Oh Loki, el más astuto de los Habitantes del Asgard!»

El águila dejó a Loki allí, y se alejó volando por una grieta de la montaña.

Loki se sintió muy miserable sobre el hielo. El frío era mortal. No podía morir allí pues era ni más ni menos que un habitante del Asgard y la muerte no podía llegar a él de ese modo. Tal vez no moriría pero Loki se sintió atrapado con cadenas de oro al iceberg.

Al día siguiente, su captor regresó, no como un águila, sino ya en su propia forma como Thiassi, el Gigante, y preguntó: «¡Oh Loki! ¿Os gustaría abandonar vuestro iceberg y regresar a vuestra cómoda morada en el Asgard? Vos que disfrutáis del Asgard sólo por mitad de derecho ya que vuestro padre, Loki, era el Gigante del Viento.»

Loki contestó con lágrimas congeladas en su rostro: «¡Oh permitid que abandone este iceberg!»

Thiassi contestó: «Podéis partir tan pronto me aseguréis que pagaréis vuestro rescate. Debéis traerme un canasto lleno con las brillantes manzanas de Iduna.»

Pero Loki contestó: «Thiassi, ¡no es posible que os traiga las brillantes manzanas de Iduna!»

Thiassi, el Gigante dijo: «¡Entonces permaneceréis en el iceberg!»

Luego se alejó dejando a Loki allí, donde el viento le golpeaba con sus soplidos, al igual que golpea un martillo.

Cuando Thiassi regresó y volvió a hablar de su rescate, Loki le contestó: «¡Pero es que no existe ningún modo de apoderarse de las manzanas de Iduna!»

El Gigante dijo: «¡Estoy seguro que debe haber un modo para el astuto Loki!»

A lo que Loki contestó: «Es cierto, Iduna, a pesar de ser una buena cuidadora de sus manzanas, es muy ingenua. Tal vez pueda conseguir que Iduna se aleje por un momento del Asgard. Si se aleja se llevará las manzanas consigo, ya que nunca abandona sus manzanas pues, todos los días las reparte entre los Dioses y las Diosas.»

El Gigante dijo: «Hazlo de tal modo que ella se aleje del Asgard. Si sale del muro yo me encargo de arrebatarle las manzanas. Ahora jurad por el Árbol del Mundo que inducirás a Iduna para que abandone el Asgard. Jurad y os dejaré partir.»

Lok. exclamó: «¡Lo juro por el Ygdrassil, el Árbol del Mundo! Convenceré a Iduna para que se aleje del muro del Asgard, si es que vos me sacáis del iceberg.»

Entonces Thiassi se transformó nuevamente en un águila poderosa, agarró bien firme a Loki y sobrevoló con él, el río que divide el Jötunheim —la Región de los Gigantes—, del Midgard —el Mundo de los Hombres—. Thiassi lo dejó a salvo en el Midgard, y desde allí Loki continuó caminando hacia el Asgard.

Para entonces, Odín ya había regresado y les había contado a los Dioses acerca de los intentos fallidos de Loki para cocinar la carne encantada. Todos los Dioses se reían al imaginar al astuto de Loki abandonado y con hambre. De modo que Loki regresó al Asgard, con apariencia famélica, los Dioses pensaron que se debía a que aún no había comido nada, y se reían mucho de él. Lo condujeron hasta el Salón de Fiestas, allí le sirvieron los mejores alimentos y para beber le pasaron la copa de vino de Odín. Cuando el banquete terminó, los Habitantes del Asgard, se dirigieron al jardín de Iduna como era su costumbre.

Allí estaba Iduna sentada a la entrada de su casa de oro mirando hacia su jardín. Su bondad y nobleza era tal, que si ella hubiera vivido en el mundo de los hombres, nos recordaría nuestra propia inocencia. Sus ojos eran tan azules como el cielo azul, se sonreía como si recordara algo amable que hubiera visto o escuchado y siempre mantenía, junto a ella, el canasto con las brillantes manzanas.

Ella repartía las manzanas brillantes a cada uno de los Dioses y Diosas. Cada uno se alimentaba de la manzana que ella le pasaba, regocijándose con el pensamiento de que de ese modo no sería ni un día más viejo. Entonces Odín, el Padre de los Dioses, decía las runas que siempre se decían en presencia de Iduna. Después los Habitantes del Asgard se retiraban del jardín de Iduna, para regresar cada cual a su radiante mansión.

Así es que todos regresaron, excepto Loki, el hacedor del bien y del mal. Loki se quedó sentado en el jardín observando a la bondadosa y noble Iduna, quien después de un rato le habló diciendo: «Sabio Loki, ¿Por qué aún permanecéis aquí?»

Loki contestó: «Porque contemplo vuestras manzanas, ¿me pregunto si las manzanas que vi ayer, son tan brillantes como las vuestras?»

Iduna exclamó: «¡No hay manzanas en el mundo más brillantes que las mías!»

Y Loki afirmó: «Pero las manzanas que vi ayer eran más brillantes y, ¿sabes qué?, también olían mejor.»

Iduna quedó muy preocupada con lo que le contaba Loki, a quien ella consideraba muy sabio, sus ojos se llenaron de lágrimas al imaginar unas manzanas más brillantes que las de ella. Entonces dijo: «¡Oh Loki, no puede ser... no existen manzanas más brillantes, ni más dulcemente perfumadas, que aquellas que cosecho en el árbol de mi jardín!»

Loki contestó: «Entonces ven conmigo hasta la salida del Asgard, allí se encuentra el árbol con las manzanas que ayer vi. Lo que sucede es que vos Iduna nunca vais a ningún lado que no sea vuestro jardín, por eso no conocéis lo que crece en otras partes del mundo ¡Ven afuera del Asgard y vos misma veréis!»

Entonces Iduna, la noble y bondadosa, contestó: «Loki, iré ahora mismo.»

Iduna salió del Asgard y se dirigió al lugar que Loki le había señalado para ver las manzanas. Mientras buscaba el árbol sintió un aleteo sobre su cabeza

y al levantar la vista, vio un águila enorme, el águila más grande que hubiese visto en el cielo. Iduna corrió en dirección a la puerta de entrada del Asgard pero el águila descendió hasta ella, entonces Iduna sintió que era levantada y acarreada lejos, muy lejos del Asgard. El águila sobrevoló el Midgard, donde vivían los hombres, hasta llegar, entre rocas y nieve, al Jötunheim. Cruzó el río que divide el Mundo de los Hombres y la Región de los Gigantes, y allí fue abandonada. El águila desapareció volando hacia adentro del cráter de una montaña. Iduna quedó atrapada dentro de una cueva que se iluminaba por columnas de fuego, que aparecían de vez en cuando dentro de cráteres en la Tierra. El águila había soltado a Iduna dejándola caer en el suelo de la cueva, en ese momento al águila se le cayeron las plumas e Iduna pudo ver ante sí al temible Gigante.

Iduna preguntó angustiada: «¿Para qué me has alejado del Asgard y me has traído hasta este lugar?»

Thiassi, el Gigante, contestó: «Para poder alimentarme de tus brillantes manzanas.»

Iduna exclamó: «¡Eso no podrá ser porque jamás te las pasaré!»

El Gigante gritó: «¡Dame las manzanas y te llevaré devuelta al Asgard!»

Pero Iduna insistió: «No, eso no es posible. Se me ha confiado la misión de cuidar las brillantes manzanas y convidárselas solamente a los Dioses.»

Entonces Thiassi, el Gigante, contestó: «Pues no me quedará otro modo que arrebatarélas.»

El Gigante le quitó el canasto de las manos y lo abrió. Sin embargo, tan pronto tocó las manzanas con sus manos, éstas se marchitaron. Después las devolvió al canasto y las dejó allí, pues comprendió que sólo le servirían si es que Iduna se las pasaba.

El Gigante le dijo: «Te quedarás conmigo hasta que me pases las brillantes manzanas».

La pobre Iduna se encontraba muy atemorizada, sentía miedo de la extraña cueva, miedo del fuego que salía de la Tierra, y miedo del terrible Gigante. Pero por sobretodo, sentía miedo del mal que caería sobre los Habitantes del Asgard, si es que ella no estaba allí para pasarles las brillantes manzanas.

Al día siguiente, el Gigante regresó donde Iduna, sin embargo, ella aún se resistía a pasarle las brillantes manzanas, así es que allí se quedó, atrapada en la cueva. Todos los días el Gigante llegaba para molestarla. Su temor fue creciendo al ver en sueños a los Dioses que iban a su jardín para alimentarse de las manzanas y, al no encontrarlas, cada uno de los Dioses, comenzaba a experimentar un gran cambio.

Y sucedía tal cual lo veía Iduna en sus sueños. Cada día los Habitantes del Asgard iban al jardín —Odín y Thor, Hödur y Baldur, Tyr y Heimdall, Vidar y Vali con Frigga, Freya y Nanna y Sif— pero no encontraban a nadie que cosechara las manzanas del árbol, y los Dioses y las Diosas comenzaron a sentir un gran cambio.

Los Dioses ya no caminaban con liviandad, sus hombros se encorvaron, perdieron la brillante mirada, esa mirada que parecía gotas de rocío. Supieron

del cambio al mirarse unos a otros. ¡Había llegado la vejez a los Habitantes del Asgard!

Los Dioses comprendieron que había llegado el tiempo en que Frigga se volvería canosa y vieja, el cabello dorado de Sif se volvería ceniciento, Odín ya no destacaría por su clara sabiduría, Thor no tendría la fuerza suficiente para lanzar rayos y centellas. Al tomar conciencia de esto, los Habitantes del Asgard se pusieron muy tristes y les pareció que la Ciudad de los Dioses perdía su brillo.

¿Dónde estaba Iduna, quien con sus manzanas devolvía la juventud, la fuerza y la belleza a los Habitantes del Asgard?

Los Dioses habían ido a buscarla en el Mundo de los Hombres pero no encontraron ni rastros de ella. Entonces al sabio Odín se le ocurrió un modo para averiguar dónde estaba Iduna.

Reunió a sus dos cuervos, Hugin y Munin, para que sobrevolaran la Tierra y la Región de los Gigantes, los dos cuervos conocían bien, tanto el pasado como el futuro. Al poco rato, los cuervos llegaron volando donde Odín, uno se posó sobre su hombro derecho y el otro sobre el izquierdo y le contaron secretos muy ocultos: le contaron de Thiassi y de sus deseos por las brillantes manzanas de las que se alimentaban los Dioses del Asgard, y de cómo Loki había engañado a Iduna, la noble y bondadosa.

Más tarde, todo lo que Odín escuchó de sus cuervos se conversó en el Concilio de los Dioses. Entonces el poderoso Thor agarró a Loki firme con sus manos.

Loki le gritó: «Oh Thor ¿qué me vais a hacer?»

El poderoso Thor contestó: «¡Oh Loki, os arrojaría dentro de un hoyo en la Tierra y os golpearía con mi trueno! ¡Por vuestra culpa Iduna se alejó del Asgard!»

Loki suplicó. «¡No Thor, no me golpeéis con vuestro rayo! Dejad que permanezca en el Asgard y os prometo luchar para traer devuelta a Iduna.»

Thor contestó: «La decisión de los Dioses es que vos, con vuestra astucia debéis ir al Jötunheim y con vuestra destreza ganarle al Gigante para traer devuelta a Iduna. ¡Id pronto, si no vais, os arrojaré desde un abismo y os golpearé con un rayo!»

Loki respondió: «Iré.»

Loki pidió a Frigga, la esposa de Odín, que le prestase su traje de plumas de halcones y se lo puso. Después se fue volando en dirección al Jötunheim bajo la forma de un halcón.

En el Jötunheim, Loki buscó por todas partes, hasta encontrar a Skadi, la hija de Thiassi. Loki voló cerca de Skadi y se dejó querer por ella, como si fuera su mascota. Hasta que un día, la Giganta Skadi lo llevó de paseo a la cueva donde estaba atrapada Iduna, la noble y bondadosa.

Al ver a Iduna, Loki supo que la mitad de su misión estaba cumplida. Ahora debía encontrar cómo sacar a Iduna del Jötunheim y devolverla hasta el Asgard. Entonces Loki se alejó de la Giganta y sobrevoló hasta las altas rocas de la cueva.

Loki, el hacedor del bien y del mal, volvió hasta la cueva para hablar con Iduna. Iduna lloró de alegría

cuando se enteró que uno de los Habitantes del Asgard se encontraba cerca de ella.

Loki le contó su plan a Iduna. Loki tenía el poder para convertirla en un pequeño gorrión pero antes de hacerlo, Iduna sacó las brillantes manzanas del canasto y las lanzó hacia rincones donde el Gigante no pudiera encontrarlas.

Skadi regresó a la cueva, vio que el halcón salía volando, acompañado de un pequeño gorrión y se puso a llamar a su padre. El Gigante de inmediato supo lo que sucedía, Loki era el halcón e Iduna el pequeño gorrión. Rápidamente Skadi se transformó en un águila poderosa pero en ese momento, el halcón y el pequeño gorrión, ya habían desaparecido de su vista. Thiassi pensó que podría volar mucho más rápido y darles alcance, así es que se dirigió hacia el Asgard.

Y muy pronto los divisó. Ellos volaban con todas sus fuerzas, pero las grandes alas del águila le permitían acercarse cada vez más. Entonces los Habitantes del Asgard, que se encontraban observando desde el muro, divisaron al halcón junto al pequeño gorrión y al águila que venía persiguiéndolos. Supieron de inmediato que se trataba de Loki, Iduna y Thiassi.

A medida que el águila lograba aproximarse los Dioses comenzaron a temer por el halcón y el pequeño gorrión. Temían que Iduna fuera alcanzada y devuelta como prisionera. Entonces los Dioses encendieron unas grandes antorchas sobre el muro, sabiendo que Loki podría encontrar su camino a través

del fuego y lograría traer devuelta a Iduna, en cambio Thiassi no lograría pasar la prueba.

De modo que el halcón y el pequeño gorrión pasaron entre las llamas. Loki pasó a través del fuego y salvó a Iduna, en cambio Thiassi intentó apagar las llamas con el aleteo de sus poderosas alas, pero no pudo hacerse un camino entre ellas y se cayó del muro. Luego Loki lo condujo hacia la muerte.

Esto fue lo que sucedió para que Iduna pudiera regresar al Asgard. Iduna volvió a sentarse a la entrada de su casa de oro, mirando hacia el jardín, volvió a cosechar las brillantes manzanas que crecían en su árbol, y volvió a repartirlas entre los Habitantes del Asgard.

Finalmente, los Habitantes del Asgard volvieron a caminar con liviandad y otra vez su mirada fue brillante y volvieron a sonrojarse, nuevamente la vejez no podía alcanzarlos, regresó la juventud, la luz y la alegría al Asgard.



EL CABELLO DORADO DE SIF. CÓMO LOKI LLEVÓ MALDAD AL ASGARD

Todos los Habitantes del Asgard: los Ases, que eran los Dioses y las Diosas, y los Vanes, que eran los amigos de los Dioses y las Diosas, se encontraban indignados con Loki. Su enojo con Loki se debía a que había permitido que el Gigante Thiassi se llevara a Iduna y sus manzanas de oro. Pero las muestras de cólera de los Dioses no lograron impedir que Loki llevara malicia al Asgard.

Un día, Loki andaba muy alegre por una travesura que se le ocurrió. Sif, la esposa de Thor, se encontraba dormida en las afueras de su casa. Su maravilloso cabello dorado caía suavemente a su alrededor. Loki sabía cuánto amaba Thor ese brillante cabello, y cuánto Sif lo valoraba por el amor de Thor. Por eso, Loki encontró que podía hacer una gran travesura.

Mientras se sonreía tomó sus tijeras y cortó cada uno de los rizos del brillante cabello de Sif. Ella no se despertó mientras le cortaban su tesoro, así es que Loki le dejó la cabeza absolutamente pelada.

En ese momento Thor no se encontraba en el Asgard pero al volver se dirigió derecho a su casa y no pudo hallar a su esposa Sif. Thor la llamó por todas partes y no pudo encontrar ningún rastro de ella. Después se dirigió a cada uno de los palacios de los Dioses y Diosas, pero en ningún lado encontró a Sif, su esposa de cabellos dorados.

Al regresar a su casa, Thor sintió que alguien susurraba su nombre, se detuvo y vio que una figura se deslizaba por detrás de una roca. La figura llevaba un velo que cubría su cabeza, así es que a duras penas reconoció a su esposa. Mientras Thor se le acercaba, la figura comenzó a llorar y llorar.

Sif dijo: «¡Oh Thor, esposo mío! Os suplico que no me miréis, ya que es muy grande mi vergüenza. Me alejaré del Asgard y de la compañía de los Dioses y bajaré al Svartheim a vivir entre los Duendes. No puedo resistir que ningún habitante del Asgard me vea en semejante condición.»

Thor exclamó: «¡Oh Sif! ¿Qué os ha sucedido que os encontráis tan abatida?»

Sif contestó: «¡He perdido el cabello de mi cabeza! He perdido el cabello dorado que vos, amado esposo, tanto amabais. Ya no volveréis a amarme, por lo que debo alejarme y bajar al Svartheim, para hacerle

compañía a los Duendes, pues ellos son tan horribles como yo en este momento.»

Sif se sacó el velo de la cabeza y Thor pudo ver que ya no tenía su precioso cabello. Ahí estaba su esposa, avergonzada, sufriendo mucho y a Thor le vino un ataque de cólera.

Entonces Thor preguntó indignado: «Sif, ¿Quién es el responsable de esto? ¡Yo soy Thor el más fuerte de todos los Dioses en el Asgard y usaré todos mis poderes para traer devuelta tu belleza!» Thor tomó de la mano a su esposa y se dirigió al Palacio de los Concilios donde se encontraban todos los Dioses reunidos.

Sif se cubrió la cabeza con un velo pues no permitiría que los Dioses y las Diosas miraran su cabeza mocha. Por la mirada de furia de Thor, los Dioses comprendieron que debía tratarse de algo muy serio. Luego Thor relató lo sucedido y se produjo un gran murmullo en el Palacio de los Concilios. Uno le decía al otro: «Ha de haber sido Loki, nadie más actuaría de este modo.»

Entonces Thor gritó: «¡Fue Loki!; no cabe duda de que se esconde, pero ahora mismo lo encontraré y esta vez lo mataré.»

A lo que Odín contestó: «¡Oh no Thor, no lo harás! Yo mismo convocaré a Loki para que se presente ante nosotros. No permitiré que un habitante del Asgard mate a otro. ¡Ha de ser él mismo, no olvidéis que se trata de un ser astuto, quien devuelva el precioso cabello a Sif!»

Entonces se escuchó el llamado de Odín en el Asgard, aquel llamado al cual todos los dioses debían responder. Loki lo escuchó desde su escondite y tuvo que salir y presentarse ante el Concilio de los Dioses. Miró a Thor y vio sus ojos de furia, luego miró a Odín y vio la mirada severa del Padre de los Dioses, entonces supo que debería reparar el vergonzoso daño que había hecho a Sif.

Odín dijo: «Hay algo que vos Loki debéis hacer. Restaurad el precioso cabello de Sif.»

Loki volvió a mirar a Odín, luego a Thor, y se dio cuenta que se le daba una orden. Su rápida mentecilla buscó un modo de restaurar el precioso cabello de Sif y contestó: «Haré como ordenáis, ¡Oh Odín, Padre de los Dioses!»

Pero antes de continuar narrando cómo es que Loki restauró el cabello de Sif, he de contarles de los otros seres, que junto a los Dioses y a las Diosas habitaban el mundo en ese momento. Los primeros en habitar la montaña fueron los Vanes, luego llegaron los Ases a construir el Asgard. Los Vanes no eran malvados, ni horribles como los Gigantes sino que eran hermosos y amistosos.

A pesar de ser hermosos y amistosos los Vanes no tenían ninguna intención de hacer del mundo un lugar más bello o más alegre y de este modo se diferenciaban de los Ases, quienes sí pensaban en esto. Los Ases hicieron las paces con los Vanes y vivían juntos en armonía, incluso los Vanes hicieron actos que ayudaron a los Ases a hacer del mundo un lugar

más bello y alegre. Freya, a quien el Gigante que construyó el muro del Asgard, reclamaba como pago junto al sol y la luna, era uno de los Vanes. Otros ser de los Vanes era Frey, el hermano de Freya y su padre Niörd.

Sobre la Tierra también habitaban otros seres —los delicados Elfos— quienes bailaban y revoloteaban alrededor de las flores, el césped y los árboles. A los Vanes se les permitía reinar sobre los Elfos. Luego por debajo de la Tierra, en cuevas y hoyos, habitaba otra raza, los Duendes o Enanos, pequeñas y perversas criaturas quienes eran malvadas y horribles.

Hubo un tiempo en que ni los Vanes, ni los Ases eran amigos de Loki, por eso Loki acostumbraba a bajar al Svartheim, donde habitaban los Duendes. De modo que en el momento en que recibió la misión de restaurar el precioso cabello de Sif, de inmediato Loki se acordó de la ayuda que podían brindarle los Duendes.

Loki bajó hasta abajo, muy abajo, por los pasillos de viento de la Tierra hasta que finalmente llegó hasta los Duendes —quienes eran muy amistosos con él— que trabajaban en sus forjas. Todos los Duendes eran maestros herreros. Al llegar donde sus amigos, los encontró trabajando con martillos y tenazas golpeando metales para darles distintas formas. Los observó un momento y puso atención en las formas que vio. Uno era una lanza, tan bien equilibrada que podía golpear cualquier blanco que se le pusiera por delante. El otro era un bote que podía navegar

por todos los mares y que se podía doblar de tal modo que cabía en un bolsillo. La lanza se llamaba Gugnir y el bote Skidbladnir.

Loki se comportó muy amable con los Duendes, les felicitó por su trabajo y les prometió cosas que sólo los Habitantes del Asgard podían cumplir, cosas que a los Duendes les interesaba poseer. Y habló tanto que los pequeños y horribles Duendes creyeron que se convertirían en dueños del Asgard y de todo lo que ahí se podía encontrar.

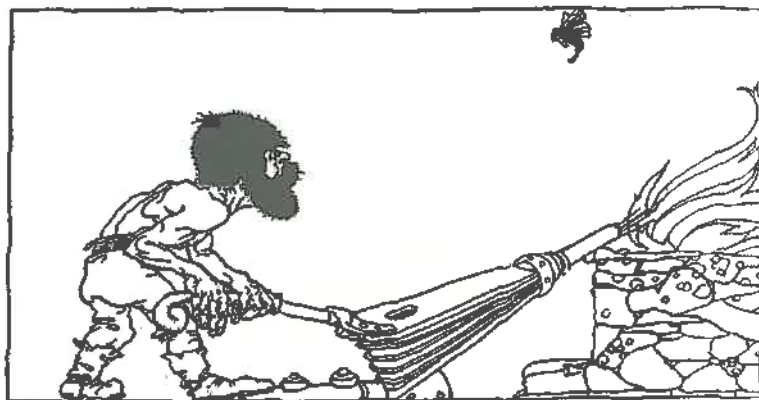
Finalmente Loki preguntó: «¿Tenéis una larga barra de oro, para forjar tiritas finas, tan finas, que parezca el cabello de Sif, la esposa de Thor? Sólo los Duendes podrían hacer un trabajo tan maravilloso. ¡Ah! Ahí tenéis la barra de oro. Si la martilláis hasta convertirla en finas tiritas, entonces los mismos Dioses estarán celosos de vuestro trabajo.»

Los Duendes se sintieron tan adulados por Loki que pusieron la barra de oro al fuego. Luego la sacaron y la pusieron en el yunque y se pusieron a trabajar con sus pequeños martillitos hasta convertir la barra en finas tiritas, tan fino como nuestro propio cabello. Pero eso no fue todo. Golpearon las tiritas una y otra vez hasta convertirlas en unos hilitos tan finos como los cabellos de Sif. Los hilos eran tan brillantes como la luz del sol y cuando Loki tomó en sus manos el montón de cabellos de oro, éste fluyó, como agua entre sus dedos, y cayó a la Tierra. Las tiritas eran tan finas, que se deslizaban entre sus dedos y eran tan livianas, que ni un pájaro podía sentir su peso.

Luego, Loki continuó alabando más y más a los Duendes y les hizo muchas, muchas promesas. Los Duendes quedaron encantados, a pesar de ser un pueblo poco amistoso y desconfiado. Antes de marcharse Loki también les pidió la lanza y el bote que había visto construir, la lanza Gugnir y el bote Skidbladnir. Los Duendes le regalaron todas estas cosas y cuando se marchó se quedaron pensando qué haría Loki con ellas.

Loki regresó al Asgard y caminó directo al palacio del Concilio donde aún se reunían los Dioses. Enfrentó a los Dioses sonriendo y con muy buen humor. Sin embargo aún persistía la mirada severa de Odín y la mirada furiosa de Thor.

Loki exclamó: «¡Oh Sif, sacaos el velo de la cabeza!» Luego le puso sobre su cabeza mocha, el montón de cabello de oro que intentaba sostener entre sus dedos. El oro cayó suave, fino y brillante sobre los hombros de Sif, era igual a su propio cabello. Los Ases y los Vanes, los Dioses y las Diosas al ver el precioso cabello de Sif brillando nuevamente se pusieron a aplaudir de alegría. El brillante tejido se afirmaba tan bien como si tuviera raíces y realmente creciera de su cabeza.



CÓMO BROCK ENJUICIÓ A LOKI

Entonces Loki intentó ganarse nuevamente la amistad de los Ases y los Vanes, así es que les mostró todos los maravillosos tesoros que había obtenido de los Duendes: la lanza Gungnir y el bote Skidbladnir. Los Dioses quedaron muy impresionados y entonces Loki le regaló a Odín la lanza, y a Frey, el Padre de los Vanes, el bote Skidbladnir.

Todo el Asgard quedó agradecido por las maravillas que Loki había regalado. Loki se enorgullecía con los regalos y exclamó con tono presumido: «Solamente los Duendes, que trabajan para mí, pueden hacer cosas tan bellas. Es verdad que existen otros Duendes, sin embargo, son tan torpes como poco agraciados. Solamente los Duendes que son mis servidores pueden fabricar estas maravillas.»

Por presumir, Loki dijo una burrada ya que existían otros Duendes, que no habían trabajado para él

y uno de ellos justo estaba presente allí en el Asgard. Loki no lo había notado porque estaba parado detrás de la sombra del sillón de Odín, y desde allí escuchaba todo lo que se decía. De modo que el Duende de cuerpo deforme y temblando de indignación se acercó a Loki. Se trataba justamente de Brock, el más rencoroso de todos los Duendes.

Brock gruñó diciendo: «¡Ja Loki, estás mintiendo solamente para presumir! Mi hermano Sindri, quien desprecia servirte, es el mejor herrero de todo el Svartheim.»

Los Ases y los Vanes comenzaron a reírse de ver a Loki desconcertado con la aparición de Brock en el medio de sus alardes. Loki se enfureció ante la risa de los Dioses.

Loki dijo: «¡Quédate callado Duende! Tu hermano haría bien en visitar a mis amigos Duendes para aprender algo del trabajo con metales.»

Pero Brock se enfureció más y gritó más fuerte que antes: «¿Él aprendió de tus amigos Duendes? ¿Mi hermano Sindri aprendió de tus amigos Duendes? Si trajéramos las maravillas que mi hermano Sindri puede fabricar y las pusieras junto a estas cosas que los Dioses estaban admirando, te aseguro que ellos ni siquiera las hubieran notado.»

Loki dijo: «Entonces, más adelante veremos qué es lo que fabrica tu hermano Sindri.»

Pero Brock gritó: «¡Tratemos ahora, ahora mismo! Te apuesto mi cabeza contra la tuya, que su trabajo hará que los Dioses se rían de tu fanfarronería.»

Loki contestó: «Está bien acepto tu apuesta. Mi cabeza contra la tuya. ¡Cómo voy a disfrutar cuando vea rodar tu horrible cabeza en el suelo!»

«Que los Dioses juzguen si el trabajo de mi hermano no es el mejor que ha salido del Svartheim. Y ellos tendrán que ver cómo pagas tu apuesta: ¡con tu cabeza rodando por el suelo! ¿O no es así, Dioses del Asgard, que cumpliréis con la labor de jueces?»

Los Ases contestaron: «Emitiremos nuestro veredicto.»

Luego Brock, quien continuaba furioso, bajó al Svartheim en busca de su hermano.

Allí estaba Sindri en su fragua incandescente, trabajando con su fuelle, su yunque y su martillo. A su alrededor un montón de metales, oro, plata, cobre y hierro. Entonces Brock le contó todo lo sucedido y cómo él había apostado su cabeza contra la de Loki, de que Sindri sabría hacer cosas más maravillosas que la lanza y el bote que Loki había llevado al Asgard.

Sindri dijo: «Hablaste muy bien querido hermano, y no serás tú el que pierda la cabeza, sino Loki. Para eso debemos trabajar juntos en la fragua. Tu trabajo consistirá en mantener el fuego siempre encendido, que no lance llamaradas incontrolables, ni se apague un instante. Si logras mantener el fuego como te digo lograremos una maravilla. Ahora hermano, sostén el fuelle y mantén el fuego bajo control.»

Entonces Sindri lanzó al fuego, no una pieza de metal, sino un pedazo de piel de cerdo. Brock sostenía el fuelle de tal modo que el fuego, ni se encendía

demasiado, ni se apagaba un instante, y en las llamas la piel de cerdo adquirió una forma muy extraña.

Sin embargo, Brock no logró trabajar tranquilo porque un molesto tábano, se introdujo en el fuelle, luego se posó en su mano y lo picó. El Duende pegó un grito de dolor, tratando de mantener el fuego constante. Brock sabía que el tábano era Loki, que intentaba estropear el trabajo de Sindri. Nuevamente lo picó el tábano, y a pesar que sentía un dolor como si le hubieran puesto hierro caliente en la mano, Brock continuó manteniendo el fuego constante con el fuelle.

Sindri volvió a mirar el fuego y pronunció unas palabras mágicas a la forma que se iba moldeando. El tábano se había retirado y Sindri le pidió a su hermano que dejara su trabajo. Sacó la forma que acababa de moldear en el fuego y trabajó en ella con un martillo. Era una verdadera maravilla, se trataba de un Cerdo de Oro, que podía volar en el aire mientras vertía luz desde sus cerdas. Brock olvidó el dolor de sus manos y dio un grito de alegría.

Brock exclamó: «Ésta es la más grande maravilla. Los Habitantes del Asgard tendrán que emitir un veredicto en contra de Loki y yo me quedaré con su cabeza.»

Pero Sindri dijo: «El Cerdo de Cerdas de Oro no puede ser mejor evaluado que la lanza Gugnir o el bote Skidbladnir. ¡Debemos superar nuestro trabajo! Hermano, vuelve al fuelle como antes y mantén el fuego siempre encendido, que no lance llamaradas incontrolables, ni se apague un instante.»

Luego Sindri tomó un pedazo de oro, que era tan brillante que iluminaba la oscuridad de la cueva en la que trabajaban, y lanzó el pedazo de oro al fuego. Luego se alejó para preparar otra cosa y dejó a Brock trabajando con el fuelle.

El tábano volvió al ataque pero Brock no se dio cuenta hasta que sintió el pinchazo en la parte de atrás de su cuello. Lo picó tan fuerte, que Brock sintió un desgarró en el cuello, pero siguió sosteniendo el fuelle con sus manos de tal modo que el fuego se mantenía constante. Cuando Sindri volvió para mirar el fuego, Brock ya no era capaz de hablar del dolor.

Otra vez Sindri pronunció unas palabras mágicas al oro que se iba derritiendo en el fuego, luego lo retiró y lo puso en el yunque mayor; después de un rato le mostró a Brock algo parecido al círculo del sol.

Sindri dijo: «Hermano aquí tenemos un espléndido brazalete. Este brazalete es para el brazo derecho de uno de los Dioses, además tiene poderes ocultos. Cada novena noche el brazalete reproducirá ocho brazaletes iguales, pues se trata de Draupnir, el Brazalete de la Abundancia.»

Brock exclamó: «El Brazalete será para Odín, el Padre de los Dioses, él tendrá que juzgar si alguna vez se ha podido encontrar en el Asgard, algo tan maravilloso y provechoso para los Dioses. ¡Oh Loki, astuto Loki, tendré tu cabeza a pesar de tus trucos!»

Entonces Sindri dijo: «No te precipites hermano, todo lo que hemos hecho hasta ahora está bien, pero

debemos superarlo para que los Dioses del Asgard den un veredicto a tu favor y tengas la cabeza de Loki. ¡Hermano, vamos al trabajo! Mantén el fuego siempre encendido, que no lance llamaradas incontrolables, ni se apague un instante.»

Luego, Sindri arrojó al fuego una barra de hierro y se fue en busca de su martillo para moldearlo. Brock sostenía el fuelle como antes pero sólo sus manos lograban estar quietas, ya que todo su cuerpo le temblaba al imaginarse que volvería el tábano para picarlo.

De repente, Brock vio que el tábano se introducía en el fuelle y se puso a gritar al ver que volaba a su alrededor buscando por dónde picarlo. Se posó en su frente entre los ojos y con la primera picada quedó tuerto, con la segunda, sintió que sangraba y la oscuridad inundó la cueva en la que trabajaba. Intentó mantener el fuelle firme entre sus manos pero no podía saber si el fuego lanzaba llamaradas o se estaba apagando. De modo que pegó un grito y Sindri rápidamente volvió a su lado.

Sindri pronunció las palabras mágicas a la cosa que estaba en el fuego y después la sacó diciendo: «Faltaba sólo un instante más, para que el trabajo fuera perfecto. Pero como permitiste que el fuego se apagara un instante, ahora el trabajo no es tan bueno como podría serlo.» Luego retiró lo que se había formado en el fuego y lo puso en el yunque mayor. Para entonces, a Brock le había vuelto la vista y vio un gran martillo, todo de hierro, pero el mango no se veía lo suficientemente largo para equilibrar la cabeza. Esto

se debía a que el fuego se había apagado un instante mientras era moldeado.

Sindri dijo: «El martillo se llama Miölnir. Se trata de lo mejor que soy capaz de hacer. Todos deberán alegrarse al ver este martillo en el Asgard. Sólo Thor es capaz de esgrimirlo. ¡Ahora sí, que no temo por el veredicto de los Dioses!»

Brock exclamó: «¡Los Dioses deberán dar un veredicto a favor nuestro! Tendrán que dar un juicio a nuestro favor y entregarme la cabeza de Loki, mi tormento.»

Sindri dijo: «Nunca han entrado en el Asgard regalos más maravillosos y de mejor provecho para los Dioses. Tu cabeza está a salvo y tendrán que pasarte la cabeza de Loki quien fue un insolente con nosotros y después la puedes traer aquí para que la arrojemos al fuego.»

Los Ases y los Vanes se encontraban reunidos en el palacio del Concilio cuando un tren de Duendes se presentó ante ellos. A la cabeza del tren iba Brock y lo seguía una fila de Duendes llevando cosas pesadas encima. Los Duendes se pararon en semi-círculo frente al trono de Odín para escuchar las palabras del Padre de los Dioses.

Odín dijo: «Sabemos la razón para que tantos Duendes salgan del Svartheim y vengan al Asgard. Habéis traído cosas maravillosas y de provecho para los Habitantes del Asgard. ¡Brock, mostrad lo que habéis traído! Ahora veremos si estas cosas son más maravillosas y de más provecho, que las cosas que

Loki ha traído del Svartheim: la lanza Gugnir y el bote Skidbladnir, ahora daremos un veredicto.

Brock dio la orden a los Duendes para que mostraran a los Habitantes del Asgard, la primera de las cosas que había fabricado Sindri. Los Duendes mostraron el Cerdo de Cerdas de Oro. El Cerdo voló alrededor del palacio del Concilio dejando una estela brillante. Los Dioses se asombraron y comentaron que realmente se trataba de una maravilla, pero ninguno decía que el Cerdo era superior a la lanza que daría en el blanco no importa cómo fuera lanzada, o al bote Skidbladnir, que podía navegar en todos los mares, y se podía doblar tan pequeño que cabía en cualquier bolsillo. Nadie decía que el Cerdo de Cerdas de Oro era superior.

Brock le regaló el Cerdo a Frey, el Padre de los Vanes.

A continuación los Duendes mostraron el Brazalete que era tan brillante como el círculo de sol. Todos se quedaron admirándolo, luego les contaron a los Dioses que cada nueve noches el Brazalete reproducía ocho brazaletes de oro iguales. Los Habitantes del Asgard hablaron en voz alta, todos coincidieron en que Draupnir, el Brazalete de la Abundancia, se trataba de una verdadera maravilla. Entonces Brock miró a Loki quien se encontraba observando con los labios fuertemente contraídos.

Brock le regaló el Brazalete de la Abundancia a Odín, el padre de los Dioses.

Luego Brock dio la orden a los Duendes, para que le pasaran a Thor el martillo Miölnir. Thor levantó el martillo y le dio varias vueltas alrededor de su cabeza y mientras lo hacía, se escuchó un grito de emoción, los Habitantes del Asgard tenían los ojos bien abiertos y gritaban: «¡Ésta sí que es realmente una maravilla, una verdadera maravilla! Mientras Thor tenga este martillo en sus manos nadie podrá superar a Thor, nuestro campeón. Nada superior ha entrado al Asgard, nada mejor que el martillo Miölnir.»

Entonces Odín, el Padre de los Dioses, habló desde su trono, entregando su veredicto: «El martillo Miölnir, que el duende Brock ha traído al Asgard se trata de una verdadera maravilla y de gran provecho para los Dioses. En las manos de Thor, el martillo, puede partir montañas y lanzar lejos a la raza de los Gigantes desde las terrazas del Asgard. Sindri el Duende, ha moldeado algo mejor que la lanza Gugnir y el bote Skidbladnir. Nadie puede decir lo contrario.»

Brock miró a Loki mostrándole sus dientes torcidos y exclamó: «¡Ahora Loki, entrégame tu cabeza!»

Pero Odín intervino: «No, no le puedes pedir algo así. Puedes pedir cualquier clase de prenda por haberse burlado de ti y por haberte atormentado. Puedes pedirle incluso que se rinda ante ti y te entregue lo mejor que esté a su alcance.»

Pero Brock se puso a gritar: «¡No puede ser, no puede ser! Ustedes Dioses del Asgard os encubris unos a otros... ¿y qué hay de mí? Si yo hubiese perdido seguro que Loki se hubiera quedado con mi cabeza.

Ahora que Loki perdió la suya, dejad que se arrodille ante mí para que se la corte.»

Loki se acercó sonriente y dijo: «Me arrodillo ante ti Duende, córtame la cabeza pero con mucho cuidado no me vayas a tocar el cuello porque no lo incluí en la apuesta y si me tocas el cuello pediré castigo a los Habitantes del Asgard.»

Brock dio un paso atrás y mientras gruñía preguntó: «¿Es ésta la forma de juzgar de los Dioses?»

Odín contestó: «Brock, la apuesta que tú hiciste era malvada, y del mal sólo se pueden cosechar cosas malas, por lo tanto debéis asumir las malas consecuencias.»

Brock se indignó, miró a Loki y divisó una sonrisa en sus labios. Brock dio unas patadas de rabia, se acercó a Loki y le dijo: «Puede ser que no me lleve tu cabeza pero puedo hacer algo con tus labios burlones.»

Thor preguntó: «¿Qué es lo que puedes hacer Duende?»

Brock contestó: «Puedo coser sus labios para que no pueda hacer el mal con su habladería. Los Dioses del Asgard no pueden prohibírmelo. Agáchate Loki, arrodíllate ante mí.»

Loki miró a los Habitantes del Asgard y vio que ellos estaban de acuerdo con lo que Brock pedía. Entonces se arrodilló frunciendo el ceño.

Brock dijo: «Junta los labios.»

Loki juntó los labios mientras rayos de fuego salían de sus ojos. Brock sacó un punzón de su cinturón, le

cosió los labios y se los dejó bien apretados con una cuerda. Después el Duende miró triunfante a Loki.

Brock dijo: «¡Oh Loki!, tan presumido... ¿Con que los Duendes que trabajaban para ti eran mejores que mi hermano Sindri? Tus palabras han quedado demostradas como mentiras y ahora ya no podrás presumir por un tiempo.»

Finalmente, Brock se alejó del palacio del Concilio caminando con gran majestad, y los Duendes lo siguieron en fila; se internaron por los túneles de la Tierra cantando cómo había triunfado Brock sobre Loki. Esta historia se contó por mucho tiempo en el Svartheim, de cómo Brock y Sindri habían vencido a Loki.

Mientras tanto, en el Asgard, Loki llevaba los labios cosidos de modo que se respiraba tranquilidad y una tregua entre tantas maldades. Ni los Vanes, ni los Ases lamentaban que Loki anduviera cabizbajo y en silencio.



CÓMO FREYA RECUPERÓ SU COLLAR Y CÓMO PERDIÓ A SU AMADO

Sí, Loki andaba silencioso y cabizbajo por el Asgard y los Dioses se decían unos a otros: «¡Esto le enseñará a no andar haciendo maldades!» Los Dioses no sospechaban que, con lo que Loki ya había hecho, se había esparcido el mal en el Asgard y recaería en Vana Freya. Freya, la misma que el Gigante quería llevarse junto al sol y la luna como pago por la construcción del muro alrededor del Asgard.

Freya había observado las maravillas que Loki había llevado al Asgard, los hilos de oro que se habían transformado en el cabello de Sif, el Cerdo de las Cerdas de Oro. El brillo de estas cosas la deslumbraba y la hacía soñar, día y noche, con las maravillas que ella misma podría poseer. A menudo pensaba:

«Seguro que las Tres Damas Gigantes podrían regalarme maravillas si yo pudiera llegar hasta ellas en la cima de la montaña.»

Desde hacía mucho tiempo, cuando el muro alrededor de la ciudad aún no había sido construido —y los Dioses habían instalado la corte de sus doce tronos, el trono mayor de Odín y el Salón para las Diosas— que las Tres Damas Gigantes no visitaban el Asgard.

Las Gigantas habían visitado a los Dioses después de que ellos habían instalado una forja y habían comenzado a trabajar el metal para construir sus palacios. Se trataba de puro oro. Los Dioses habían construido el Gladsheim, el Salón de Odín, de oro puro, y de oro fabricaron la vajilla y los cubiertos. Era la Edad del Oro, los Dioses no escatimaban en regalar oro a nadie. Era una época de felicidad, sin sombras ni presagios, que se cernieran sobre el Asgard.

Pero con la visita al Asgard de las Tres Damas Gigantes, los Dioses comenzaron a valorar el oro de tal forma que quisieron acumularlo y dejaron de jugar. De modo que perdieron la inocencia de ese primer tiempo.

Finalmente, las Tres Damas fueron desterradas del Asgard. Los Dioses no continuaron pensando en acumular oro, se concentraron en la construcción de su ciudad y se hicieron cada día más fuertes.

Ahora Freya, la encantadora novia Vana se acordó de las Tres Damas Gigantes y de todas las maravillas

de oro que habían brillado en sus manos. Sin embargo, no le contó nada de esto a su esposo Hödur, ya que de todos los Dioses, Hödur era quien más recordaba con nostalgia los días de inocencia antes que entrara la ambición por el oro. Hödur no permitía que Freya se acercara a la cima de la montaña donde se sentaban las Tres Damas.

Pero Freya no paraba de pensar en ellas y en las cosas de oro que ellas tenían. Entonces se dijo: «¿Por qué habría de enterarse Hödur que he ido a verlas? Nadie se lo contará. Además ¿qué diferencia hay en que yo misma vaya a buscar algunas cosas bellas para mí? No dejaré de amar a Hödur ni un poco, por ir una vez de visita...»

De modo que un día Freya se alejó del palacio y dejó a Hödur jugando con su pequeña hija Hnossa. Freya se dirigió a la Tierra y allí se quedó un rato, cuidando de las flores que estaban a su cargo. Luego le pidió a los Elfos que le dijeran cómo llegar a la montaña donde habitaban las Tres Damas Gigantes.

Los Elfos se asustaron y no quisieron decirle, a pesar de que ella reinaba sobre ellos, así es que Freya los dejó y se deslizó en las cuevas de los Duendes. Ellos la condujeron hasta el sillón de las Damas Gigantes, sin embargo, antes de conducirla la hicieron avergonzarse y Freya se sintió profundamente humillada.

Uno de los Duendes dijo: «Te mostraremos el camino si te quedas con nosotros.»

Freya preguntó: «¿Por cuánto tiempo quisieran que me quedara?»

Los Duendes contestaron: «Hasta que cante el gallo del Svartheim,» y luego rodeándola exclamaron: «¡Queremos saber cómo es vivir con uno de los Vanes!»

Freya contestó: «Me quedaré con ustedes.»

Entonces, uno de los Duendes se le acercó, la abrazó por el cuello y la besó con su horrible boca. Freya intentó liberarse de ellos, pero los Duendes la retuvieron diciendo: «¡Ya no puedes alejarte de nosotros, tendrás que esperar que cante el gallo!»

Cada uno de los Duendes le fue dando un beso, luego la hicieron sentarse en uno de los montones de pieles que guardaban. Le gritaron y la golpearon hasta que ella se puso a llorar. Incluso uno le golpeó la mano porque ella se negaba a besarlo en la boca. Así Freya pasó las horas junto a los Duendes, hasta que el gallo cantó.

Finalmente, los Duendes la condujeron hasta la montaña donde las Tres desterradas del Asgard tenían su morada. Las Gigantas se sentaban a mirar sobre el Mundo de los Hombres. Una de ellas que se llamaba Gulveig le dijo: «¿Qué queréis de nosotras, esposa de Hödur?»

Freya contestó ansiosa: «¡Ahora que os he encontrado no me atrevo a pedir nada!»

Pero la Segunda Dama le dijo: «Habla, Vana.»

La Tercera no decía nada pero tenía en sus manos un collar de oro con curiosos adornos.

Freya dijo: «Qué brillante es ese collar, por su brillo ya ni se ven las sombras de vuestro sillón. ¡Oh!, cómo me gustaría ponérmelo.»

La Dama que se llamaba Gulveig dijo: «Este collar se llama Brisingamen.»

La Dama que lo tenía en sus manos le dijo: «Esposa de Hödur, este collar es para ti, para que tú lo lleves puesto.»

Freya tomó el brillante collar y se lo puso alrededor de su cuello. No podía encontrar cómo agradecerle a las Damas Gigantes porque le parecía ver maldad en sus miradas. Hizo una reverencia ante ellas y se fue de la montaña desde donde ellas miraban al Mundo de los Hombres.

Al rato Freya volvió a mirar el collar Brisingamen y nuevamente se sintió contenta. Era la cosa más hermosa que unas manos hubiesen hecho. No se podría hallar algo tan hermoso entre los Vanes y los Ases, y ella lucía tan bella, que pensó que Hödur la perdonaría cuando viera lo bien que le quedaba y lo feliz que la hacía el collar Brisingamen.

Freya se levantó de entre las flores y abandonó a los ligeros Duendes haciéndose camino en dirección al Asgard. Todos los que la vieron se quedaron mirando fijos y curiosos el collar que llevaba, y la mirada de las Diosas delataba el deseo que les despertaba de poseer un collar como Brisingamen.

Pero Freya casi no se detuvo a hablar con nadie, sino que se dirigió decididamente a su propio palacio para mostrarle el collar a Hödur y pedirle que la perdonara. Freya entró a su radiante palacio y llamó a su esposo pero no hubo respuesta. Su hija, la pequeña Hnossa se encontraba jugando en el suelo. Su

madre la tomó en brazos pero la niña, tan pronto vio el collar Brisingamen, estalló en llantos.

Freya bajó a Hnossa al suelo y se puso a buscar a Hödur pero no lo encontró en el palacio, así es que recorrió todos los palacios preguntando si alguien sabía de él. Nadie lo había visto. Finalmente Freya regresó al palacio y allí esperó y esperó a que volviera, pero Hödur no regresó.

Una Diosa vino a visitar a Freya. Se trataba de la esposa de Odín, la reina Frigga, quien le dijo: «Me parece que esperas el regreso de tu esposo Hödur, sin embargo, he venido a avisarte que él no regresará. Él se ha marchado. Se marchó en el momento en que por alguna cosa brillante, hiciste algo que le produjo enorme tristeza. Hödur se ha marchado del Asgard y nadie sabe a dónde se ha ido.»

Freya dijo: «¡Yo lo buscaré afuera del Asgard!»

Entonces Freya dejó de llorar, tomó a Hnossa en brazos y se la pasó a Frigga. Luego, Freya se dirigió a su carro que era conducido por dos gatos y viajó hacia abajo, desde el Asgard hasta el Midgard, la Tierra, en busca de su esposo Hödur.

Durante años y años Freya recorrió la Tierra en busca de Hödur, su esposo perdido. Llegó hasta los límites de la Tierra, desde donde podía divisar el Jötunheim, allí donde habitaba el Gigante que quería llevársela junto al sol y la luna, como pago por la construcción del muro alrededor del Asgard. Pero no lo encontró en ningún lado, desde el Arcoiris Bifröst que cruzaba desde el Asgard a la Tierra, hasta

los límites del Jötunheim, no halló ni rastros de su esposo Hödur.

Finalmente, Freya volvió en su carro hasta el Bifröst, el Puente del Arcoiris, que cruza desde el Midgard, la Tierra, hasta el Asgard, la morada de los Dioses. Allí estaba Heimdall, el Guardián de los Dioses, quien protegía el Puente del Arcoiris. Freya se dirigió hacia él, con un hilo de esperanza agitándose en su corazón.

Ella exclamó: «¡Oh Heimdall!, ¡Oh Heimdall!, ¡Guardián de los Dioses, hablad y decidme si sabéis dónde hallar a Hödur!»

Heimdall, el Guardián de los Dioses, contestó: «Hödur se encuentra en cada lugar donde no ha sido buscado. Hödur se encuentra en el lugar, que abandona el que lo busca. Los que buscan a Hödur jamás podrán hallarlo.»

Entonces Freya se quedó parada en el Bifröst y se puso a llorar. Frigga, la Diosa reina, sintió su llanto y salió del Asgard para consolarla.

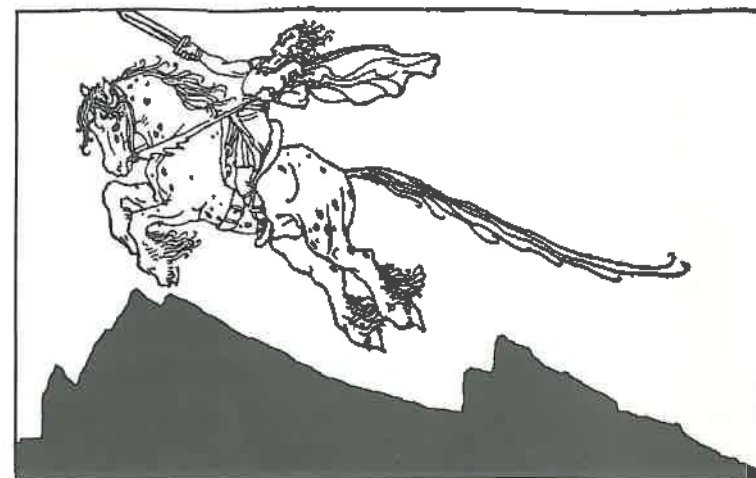
Freya preguntó: «¡Oh Frigga!, ¿Cómo podrías consolarme? Nadie que busca a Hödur podrá hallarlo.»

Frigga dijo: «Pero, ¡mira cómo ha crecido vuestra hija Hnossa!»

Entonces, Freya levantó la vista y vio a una hermosa damita parada en el Bifröst, el Puente del Arcoiris. Era una joven, la más joven entre los Vanes y los Ases. Su rostro y sus formas eran tan encantadores que todos los corazones parecían derretirse en su presencia.

Freya sintió alegría a pesar del dolor y cruzó el Bifröst, el puente del Arcoiris. Junto a Frigga y a su hija regresó a la Ciudad de los Dioses, luego se alejó caminando junto a Hnossa de regreso a su palacio.

A pesar de todo, Freya continuaba usando el collar Brisingamen, el origen de la pérdida de Hödur. Pero ahora ya no lo llevaba como un símbolo de belleza sino como un recuerdo de su error. Cuando lloraba, sus lágrimas se convertían en gotas de oro que caían a la tierra. Los poetas que conocieron su historia la llamaron «la hermosa Dama de las lágrimas.»



CÓMO FREY GANÓ A GERDA, LA DAMA GIGANTE, Y CÓMO PERDIÓ SU ESPADA MÁGICA

Frey, el padre de los Vanes, anhelaba volver a ver a su hermana, quien hacía tiempo que no volvía al Asgard. (Deben saber que esto sucedió durante el tiempo en que Freya recorría el mundo en busca de Hödur, su esposo perdido.) En el Asgard existía un lugar desde donde había una excelente vista hacia la Tierra y se podía echar una ojeada de todos los que caminaban por ahí. Este lugar se llamaba Hlidskjalf, se trataba de la altísima Torre de Odín.

Esta torre se alzaba hasta lo más alto del cielo azul. Un día Frey fue a la Torre sabiendo que Odín no se hallaba en Hlidskjalf. Solamente se encontraban allí, los dos lobos Geri y Freki, los que solían tenderse al

lado del sillón de Odín. Los dos lobos estaban parados a la entrada de la torre, pero Frey se dirigió a ellos usando el lenguaje de los Dioses, así es que los lobos lo dejaron entrar.

Sin embargo, a medida que subía los peldaños de la torre, Frey, el Padre de los Vanes, sabía que cometía un gran error. Ninguno de los Dioses, ni siquiera Thor, el defensor del Asgard, ni Baldur, el más amado entre los Dioses, nunca habían subido hasta lo más alto de la torre para sentarse en el sillón del Padre de Todos.

Pero Frey pensaba: «Me conformo con ver a mi hermana, aunque sea por un instante, además que mirar el mundo por un momento, no puede hacerme daño.»

De modo que Frey llegó hasta lo más alto de Hlidskjalf, se sentó en el alto sillón de Odín y miró al mundo exterior. Miro el Midgard, el Mundo de los Hombres, con sus casas, pueblos, campos y gente. Más allá del Midgard podía ver el Jötunheim, la Región de los Gigantes, una región terrible por sus montañas oscuras y el montón de nieve y hielo. Incluso pudo ver a Freya quien miraba en dirección al Asgard, mientras sus pasos la acercaban a la Ciudad de los Dioses.

Frey dijo: «Me conformo con haber mirado un poco desde Hlidskjalf, además no he sufrido daño alguno.»

Pero incluso mientras decía esto, miraba fijamente hacia una morada del Jötunheim que se levantaba en

el medio del hielo y la nieve. Frey se quedó con la mirada fija sin saber porqué, luego vio que se abría la puerta de la casa y por ahí apareció una Dama Gigante. Frey no paraba de mirar y mirar a la Dama. Su rostro era muy bello, como la luz de una estrella en la oscura tierra. La Dama lo miró desde la entrada de la casa, luego entró y cerró la puerta.

Frey se quedó sentado por mucho rato en el sillón de Odín. Luego bajó los peldaños de la torre y pasó por entre los dos lobos, Geri y Freki, quienes lo miraron amenazantes. Se dirigió al Asgard, pero no pudo encontrar a nadie con quien pasar un rato. Esa noche no pudo dormir, debido a que sus pensamientos quedaron fijos en la encantadora Dama Gigante que había visto, y a la mañana siguiente sentía una profunda soledad por estar tan lejos de ella. De modo que Frey regresó a Hlidskjalf para subir a la torre y echar otra mirada, se conformaba con sólo divisar a la Dama. Pero esta vez los dos lobos, Geri y Freki, le mostraron los dientes y no lo dejaron pasar, a pesar de que nuevamente se dirigió a ellos en el lenguaje de los Dioses.

Entonces Frey caminó en busca de su padre, el sabio Niörd, quien le dijo: «Querido hijo, la dama que has visto se llama Gerda, es la hija del Gigante Gymer. Debes parar de pensar en ella porque tu amor por ella te haría mucho daño.»

Frey preguntó: «¿Por qué me haría mucho daño?»

«Porque para acercarte a ella, deberás entregar aquello que más aprecias.»

Frey contestó: «Lo que más aprecio es mi espada mágica.»

Su padre, el sabio Niörd exclamó: «¡Pues deberás entregar tu espada mágica!»

Frey se soltó la hebilla del cinturón donde colgaba su espada y dijo: «Entonces la entregaré.»

«Hijo mío, piénsalo mejor, si entregas tu espada, ¿qué arma usarás en el día del Ragnarök cuando los Gigantes ataquen a los Dioses?»

Frey no contestó nada, sin embargo, pensó que faltaba mucho para el día del Ragnarök, y antes de irse exclamó: «¡Es que yo no puedo vivir sin Gerda!»

Skirnir, el Aventurero, también habitaba en el Asgard. A Skirnir nunca le importaba lo que decía, ni lo que hacía. No podía ser otro que Skirnir a quién Frey se dirigió, para contarle sobre sus pesares. El pesar que recaía en él por haberse sentado en el sillón del padre de los Dioses.

Skirnir se río con la historia de Frey y burlándose le dijo: «¿Tú, uno de los Vanes, enamorado de una dama del Jötunheim? ¡Esto sí que es cómico! ¿Acaso estás pensando en matrimonio?»

Frey dijo: «Pueda ser que llegue a hablarle o a mandarle un mensaje de amor, pero no me es posible abandonar a mis Elfos.»

Entonces Skirnir, el Aventurero dijo: «Pero si yo le llevo un mensaje a Gerda, ¿cuál sería mi recompensa?»

Frey contestó: «Te daría mi bote Skidbladnir o mi Cerdo de las Cerdas de Oro.»

A lo que Skirnir respondió: «No, no, no, ¡quiero algo que pueda llevar conmigo! Quiero algo que pueda usar con mi mano. Entrégame la espada mágica que te pertenece.»

Frey recordó la advertencia de su padre: que perdería su arma para pelear el día del Ragnarök, cuando los Gigantes ataquen a los Dioses y corra peligro el Asgard. Frey pensó en esto, se alejó de Skirnir y se quedó pensativo un momento, mientras el rechoncho de Skirnir se burlaba con su bocota y sus ojazos azules. Pero Frey pensó: «Falta mucho para el día del Ragnarök y no puedo vivir sin Gerda.»

Entonces Frey desenfundó su espada mágica y la puso en las manos de Skirnir diciéndole: «Skirnir, te doy mi espada, a cambio de que lleves mi mensaje a Gerda, la hija de Gymer. Muéstrale este oro y estas joyas preciosas y dile que la amo y que demando su amor.»

Skirnir, el Aventurero respondió: «Te traeré a la dama.»

Repentinamente Frey recordó la oscuridad de la Región de los Gigantes y la terrible sensación al acercarse a esta región, de modo que preguntó: «¿Cómo entrarás en el Jötunheim?»

Skirnir respondió: «¡Oh! Con un buen caballo y una buena espada uno puede entrar a cualquier parte. Tengo un poderoso caballo y ahora que me has entregado tu espada mágica, mañana mismo partiré.»

Skirnir cruzó el Bifröst, el Puente del Arcoiris, burlándose de Heimdall, el Guardián del Puente y en su

poderoso caballo cruzó cabalgando por el Midgard. Skirnir nadó por el río que divide el Midgard, el Mundo de los Hombres, del Jötunheim, la Región de los Gigantes. Cabalgó descuidada y temerariamente, que era el modo en que Skirnir acostumbraba a hacer las cosas. Pasó por el bosque de hierro y llegó hasta los lobos monstruosos del Jötunheim quienes intentaron atacar y devorarse a su poderoso caballo. Pero Skirnir se protegió con la espada mágica de Frey que llevaba enfundada en su cinturón. Su filo mortal y los destellos que irradiaba asustaron a las bestias monstruosas. Skirnir cabalgó en su poderoso caballo, sin detenerse, hasta llegar al muro de fuego. Solamente su poderoso caballo era capaz de atravesar el fuego. De modo que Skirnir cabalgó a través del fuego, y llegó hasta el valle donde habitaba Gymer.

Así fue como Skirnir llegó hasta la casa de Gerda, que era la que Frey había observado desde Hlidskjalf, la Torre de Odín. Los sabuesos poderosos, que protegían la casa de Gymer, salieron ladrando a recibirlo, pero el destello de la espada mágica los mantuvo alejados. Skirnir retrocedió con su caballo y le ordenó que golpeará la puerta con sus patas traseras.

En ese momento Gymer se encontraba bebiendo en la entrada junto a unos amigos, así es que no escuchó los ladridos de sus sabuesos, ni los golpes del caballo de Skirnir en la puerta. En cambio Gerda que se encontraba hilando junto a sus sirvientas en la entrada sí lo escuchó, y preguntó: «¿Quién toca la puerta de Gymer?»

Una de las sirvientas contestó: «Viene un guerrero cabalgando en un poderoso caballo».

Gerda dijo: «Aunque se trate de mi enemigo, el que mató a mi hermano, igual le abriremos la puerta y le ofreceremos beber una copa del hidromiel de Gymer.»

De modo que una de las sirvientas abrió la puerta y Skirnir entró a la casa de Gymer. Skirnir supo reconocer a Gerda entre sus sirvientas, así es que se acercó a ella y le mostró el oro y las joyas que Frey le mandaba. Entonces, Skirnir dijo: «Hermosa Gerda, estas cosas son para ti, para que entregues tu amor a Frey, el Padre de los Vanes».

Pero Gerda contestó: «Muéstrale el oro y las joyas a otras damas, pues a mí esas cosas nunca me harán entregar mi amor.»

Luego Skirnir, el Aventurero, el descuidado al hablar, desenfundó su espada, la sostuvo encima de ella y exclamó: «¡Entregad tu amor a Frey!, él me entregó esta espada, si no lo haces encontrarás la muerte en su filo.»

Gerda, la hija de Gymer, se puso a reír y le contestó: «Seguro que lograrás amenazar a las hijas de los hombres con el filo de la espada de Frey pero no trates de asustar a la hija de un Gigante con ella.»

Entonces Skirnir, el Aventurero, el descuidado al hablar, hizo que la espada mágica lanzara sus destellos mientras le hacía recaer una maldición que pronunciaba con una voz terrible:

*Gerda, te maldigo,
Sí, te tocaré
Con esta espada mágica,
De grandes poderes,
Quedarás como un cardo marchito,
Como un cardo deshojado,
Desnudo en la azotea.*

Al escuchar la terrible amenaza y el silbido en el aire, de la espada mágica, Gerda se lanzó al suelo, llorando de temor. Pero Skirnir se mantuvo de pie a su lado haciendo que la espada mágica la tocara mientras lanzaba destellos. Entonces Skirnir cantó:

*Te dejaré más horrible,
Que ninguna otra dama,
Serás el hazmerreír de
Hombres y Gigantes,
Sólo los Duendes
Se casarán contigo.
En este mismo instante
Te tocaré con esta espada y
Quedarás hechizada.*

Entonces Gerda se puso de pie y le rogó a Skirnir que la desencantara de la maldición de la espada mágica.

A lo que Skirnir contestó: «Sólo te desencantaré si estás dispuesta a entregarle tu amor a Frey.»

Gerda dijo: «Estoy dispuesta a entregarle mi amor, ahora guarda la espada mágica y bebe del hidromiel

para que puedas alejarte de la casa de Gymer y continuar tu camino.»

«No me beberé el hidromiel de Gymer, ni me marcharé de su casa, hasta que tú no hallas dicho que hablarás con Frey.»

Gerda dijo: «Hablaré con Frey.»

Skirnir preguntó: «¿Cuándo hablarás con él?»

«Me reuniré a hablar con Frey en el Bosque de Bari, en nueve noches, a partir de ésta. Avisale para que nos juntemos allí.»

Skirnir guardó la espada, bebió el hidromiel y se marchó de la casa de Gymer, y mientras se alejaba se reía y se burlaba por haber ganado a Gerda para Frey con la espada mágica que desde ahora sería suya para siempre.

Skirnir, el Aventurero, el descuidado al hablar, cruzó el Bifröst cabalgando en su poderoso caballo y se encontró con Frey, quien ansioso aguardaba junto a Heimdall, el Guardián del Puente hacia el Asgard.

Frey preguntó: «¿Qué noticias me traéis?, ¡Skirnir, habla antes de desmontar de vuestro caballo!»

Skirnir contestó: «En nueve noches, a partir de ésta, puedes reunirte con Gerda en el Bosque de Bari.» Luego miró a Frey y se largó a reír con su bocota y sus ojazos azules. Pero Frey se alejó diciendo:

*Largo es un día
Más largo son dos.
¿Podré sobrevivir
Nueve largos días?*

Realmente fueron nueve días largos para Frey. Hasta que finalmente llegó el noveno día. Al atardecer Frey se dirigió al Bosque de Bari y allí se reunió con Gerda, la dama Gigante. Le pareció tan hermosa como el día que la vio a la entrada de la casa de Gymer. Cuando Gerda miró a Frey, tan alto y buen mozo, se alegró de que Skirnir, el Aventurero, le hiciera prometer este encuentro en el Bosque de Bari. Intercambiaron unos anillos de oro, así se concretó el noviazgo y Gerda se mudaría a vivir al Asgard.

Pero antes que llegara Gerda a vivir al Asgard, llegó otra dama Gigante llamada Skadi. Esto es lo que sucedió:

Todos los Habitantes del Asgard se encontraban delante del muro esperando que apareciera la novia de Frey, sin embargo, antes de que llegara Gerda, apareció otra dama Gigante con armadura.

«Soy Skadi, la hija de Thiassi. Mi padre encontró la muerte en las manos de los Habitantes del Asgard y ahora vengo a reclamar una recompensa.»

Odín se sonreía al ver a una Giganta tan valiente en el Asgard y le preguntó. «¿Oh dama, qué recompensa quisieras?»

Y ella contestó: «Quisiera, al igual que Gerda, un esposo de entre los Dioses, sólo que yo quisiera escogerlo.»

Al escuchar las palabras de Skadi todos los Dioses se largaron a reír, hasta Odín contestó sonriéndose: «Te dejaremos escoger un esposo de entre los Dioses, sólo que tendrás que escogerlo mirando únicamente sus pies.»

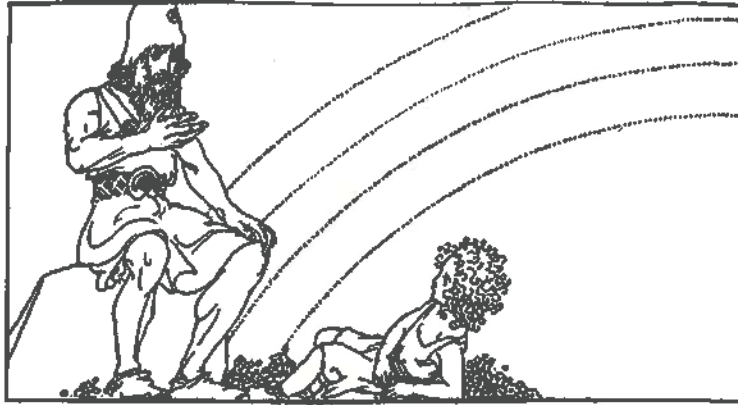
Skadi se quedó mirando fijamente a Baldur, el más hermoso de todos los Dioses y contestó: «Lo escogeré del modo que ustedes me digan.»

Entonces los Dioses le pusieron una venda en sus ojos, y los Ases y los Vanes se ordenaron en un semicírculo. Luego ella caminó arrodillándose ante cada uno y tocándole sus pies y finalmente tocó unos pies tan bellamente formados que estaba segura que se trataba de Baldur, así es que se levantó y exclamó: «¡Este es aquél que Skadi escoge como esposo!»

Los Ases y los Vanes se reían más que nunca. Le sacaron la venda de los ojos y vio que no se trataba de Baldur, el hermoso, sino que de Niörd, el padre de Frey. Pero mientras Skadi observaba a Niörd se fue alegrando ya que Niörd era muy buen mozo y fuerte.

De modo que Niörd y Skadi se fueron a vivir juntos al palacio de Niörd, cerca del mar, sin embargo el graznido de las gaviotas, despertaban muy temprano a Skadi, así es que se mudaron a vivir a la cima de la montaña, donde ella se sentía mucho más a gusto. Pero él no podía vivir lejos del sonido del mar, así es que constantemente se mudaban de un lado a otro, entre el mar y la montaña.

En cambio, Gerda se quedó a vivir en el Asgard junto a su esposo Frey. Los Ases y los Vanes llegaron a querer mucho a Gerda, la dama Gigante.



HEIMDALL Y LA PEQUEÑA HNOSSA, CÓMO LLEGARON A SER LAS COSAS

Hnossa, la hija de Freya y de su marido perdido Hödur, era la más joven de todos los Habitantes del Asgard. Se había profetizado que Hnossa reuniría a sus padres nuevamente, así es que Freya a menudo se iba al Bifröst, el Puente del Arcoiris, para recibir a Hödur en el caso de que sus pasos lo trajeran de vuelta al Asgard.

Hnossa era bienvenida en todos los palacios de la Ciudad de los Dioses. Por ejemplo en Fensalir, los Salones de la Niebla, donde se sentaba a hilar hilos de oro con Frigga, la esposa de Odín, el Padre de los Dioses. En Breidablick, donde Baldur, el más amado, vivía junto a su bella esposa Nanna. En Bilskirnir, la Casa Serpenteante, donde vivían Thor y Sif y también en el propio palacio de Odín, Valaskjalf, el palacio de los techos de plata.

El mejor de todos los palacios era el Gladsheim, construido con madera del Glasir, el bosque de hojas de oro. Aquí se celebraban los banquetes de los Dioses. A menudo, la pequeña Hnossa solía mirar para ver a Odín, el Padre de los Dioses, sentado en la mesa de los banquetes, vestido con un manto azul y en la cabeza un casco brillante con la forma de un águila. Odín se sentaba allí no para comer, sino para beber el licor de los Dioses, además compartía las sobras de comida de la mesa con Geri y Freki, los dos lobos que se echaban a su lado.

A Hnossa le encantaba salir afuera del Asgard para quedarse al lado de Heimdall, el Guardián del Puente del Arcoiris. Allí le gustaba observar a los que cruzaban el puente, y cuando nadie lo hacía, escuchaba encantada las maravillas que Heimdall le relataba.

Heimdall, sostenía en sus manos el cuerno que se llamaba Gialarhorn y cada vez que alguien cruzaba el Puente del Arcoiris, lo hacía sonar para que todos los Habitantes del Asgard se enteraran. Heimdall le contaba a la pequeña Hnossa cómo había aprendido a escuchar el pasto crecer y cómo podía ver a su alrededor a una distancia de cien millas. Podía ver en la noche tan bien como en el día. Nunca dormía. Heimdall tenía nueve madres, y se alimentaba de la fuerza de la tierra y del frío mar.

Heimdall le enseñaba el origen de todas las cosas a la pequeña Hnossa, ya que él había vivido desde el principio de los tiempos y conocía todas las cosas. Heimdall dijo: «Antes que se construyera el Asgard,

antes que viviera Odín, la tierra, el mar y el cielo se encontraban entremezclados en uno solo. Sólo había un Gran Abismo. En el Norte estaba el Niflheim, había un manantial llamado Hveigilmer que alimentaba los doce ríos que corrían por el Gran Abismo.

El Gran Abismo, se llamaba Ginnungagap, y se encontraba lleno de hielo porque las aguas se congelaban a medida que corrían por él. Desde el Muspelheim llegaron nubes de fuego que transformaron el hielo en una densa niebla. La niebla volvió a caer como gotas de rocío, de estas gotas se formó Ymir, el Antiguo Gigante.

Ymir, el Antiguo Gigante, viajó a lo largo de los doce ríos, hasta encontrar otro ser vivo que estaba parado en la neblina. Se trataba de una Vaca Gigante que se llamaba Audhumla. Ymir se tendió a su lado y bebió de su leche, este alimento le permitió seguir con vida. También otros seres se formaron del rocío que caía a la tierra, se trataba de las Hijas de la Escarcha. Ymir, el Antiguo Gigante se casó con una de ellas y sus hijos fueron los Gigantes.

Un día Ymir vio que Audhumla respiró sobre un precipicio de hielo y luego pasó la lengua en el lugar que había respirado. Vio que, a medida que con su lengua lamía y lamía, se iba formando una figura y no se trataba de la figura de un Gigante ya que tenía otra forma, mucho más bella. Desde el precipicio, vio aparecer una cabeza con cabello dorado que colgaba sobre el hielo. Y, a medida que Ymir miraba la figura, sintió que la odiaba por su belleza.

Audhumla, la Vaca Gigante, continuó lamiendo el lugar donde había respirado. Finalmente desde el hielo salió un hombre completamente formado. Ymir, el Antiguo Gigante, lo odiaba tanto que lo hubiera asesinado en ese mismo instante, pero sabía que si lo hacía Audhumla no lo volvería alimentar con su leche.

El hombre se llamó Bur, formado en el hielo de un precipicio. Bur, el primer héroe también vivió alimentándose de la leche de Audhumla. Se casó con una de las hijas del Antiguo Gigante, con quien tuvo un hijo. Pero Ymir y sus hijos, odiaban a Bur, hasta que finalmente llegó el día en que lo mataron.

Entonces comenzó la guerra entre Ymir y los hijos de Ymir, contra los hijos, y los hijos de los hijos de Bur. Odín era hijo de uno de los hijos de Bur. Odín reunió a todos sus hermanos y fueron capaces de destruir a Ymir y a toda su parentela, todos excepto uno. Pero Ymir era tan grande que su sangre corrió como chorros extremadamente abundantes, y sus hijos se ahogaron en ellos. Todos excepto Bergelmir, quien se encontraba en un bote junto a su esposa, cuando apareció la fuerte corriente que lo arrastró hasta el lugar que ahora conocemos como Jötunheim, la Región de los Gigantes.

Odín y sus hijos levantaron el cuerpo de Ymir, el cuerpo más grande que haya habido, y lo lanzaron al Gran Abismo. El cuerpo relleno todos los espacios vacíos del Gran Abismo. Primero, Odín y sus hijos sacaron los huesos y los apilaron formando las

montañas. Los dientes se transformaron en rocas y el cabello de Ymir se transformó en un bosque. Las cejas formaron el lugar que ahora habitaban los hombres, el Midgard. El cielo se formó del cráneo hueco de Ymir.

Pero Odín, junto a sus hijos y hermanos, hizo más que esto: tomaron las chispas y las nubes de llamas que saltaban del Muspelheim y formaron el sol, la luna y todas las estrellas del cielo. Odín encontró a una Giganta oscura que era llamada Noche, quien tenía un hijo llamado Día; a los dos les regaló caballos y así cruzaron cabalgando por el cielo. La Noche cabalgó el caballo llamado Hrimfaxe, «Crines de Hielo», y el Día cabalgó en Skinfaxe, «Crines Brillantes». Del bocado de Hrimfaxe caía espuma que en la tierra se transformaba en rocío.

Luego Odín y sus hijos, formaron la raza de hombres y mujeres, y le dieron el Midgard para que vivieran allí donde había Duendes horribles, esparcido por todas partes. Entonces Odín hizo que los Duendes se internaran en todos los hoyos para que vivieran bajo tierra. En cambio permitió que los Gnomos se quedaran sobre la tierra a cargo de los arroyos, el pasto y las flores. También Odín hizo las paces con los Vanes, después de que se había desencadenado la guerra, y se llevó a Niörd como rehén.

Bergelmir, el Gigante que se salvó de ahogarse en la sangre de Ymir, tuvo hijos e hijas en el Jötunheim. Ellos odiaban a Odín y a sus hijos, luchaban contra ellos y se indignaron cuando Odín alumbró el mundo

con el sol y la luna, así es que buscaron a los dos lobos más feroces del Jötunheim y los mandaron a perseguirlos. Y Sol y Mani son aún perseguidos por dos lobos del Jötunheim.»

Todas estas maravillas le relataba Heimdall, con sus Dientes de Oro, a Hnossa, la más joven de los Habitantes del Asgard. La niña solía quedarse en el Puente del Arcoiris, mirando a los Dioses ir y venir desde el Midgard: a Thor con su corona de estrellas, con el gran martillo Miölnir en sus manos, usando los guantes de hierro para sostener el Miölnir. Thor en su carruaje conducido por dos cabras y usando el cinturón que le aumentaba al doble su fuerza. A Frigga, con su vestido de plumas de halcón, volando tan suave como un pájaro. Al propio Odín, el Padre de los Dioses, cabalgando a Sleipner, su corcel de ocho patas, vestido en armadura de oro, con su casco de oro, con forma de águila, en su cabeza y con su lanza Gugnir en la mano.

Heimdall guardaba su cuerno colgando de la rama de un gran árbol. Un día le dijo a Hnossa: «Este árbol se llama Ygdrassil. Es curioso, pero ni los Dioses, ni los Hombres, conocen del tiempo en que no existía el Ygdrassil y todos temen hablar del momento en que será destruido.

El Ygdrassil tiene tres raíces. Una baja hasta lo más profundo del Midgard, otra hasta lo más profundo del Jötunheim y la tercera crece bajo el Asgard. Una rama del Ygdrassil crece sobre el Salón de Odín y se llama la rama de la Paz.

Pequeña Hnossa, tú puedes ver el Ygdrassil pero desconoces sus maravillas. En lo más alto de sus ramas hay cuatro ciervos que pacen, y, cuando mueven sus cuernos, cae agua en forma de lluvia a la tierra. En la rama más alta del Ygdrassil, esa rama que es tan alta que los mismos Dioses apenas pueden divisarla, se encuentra un águila que todo lo sabe. En el pico de esta águila se posa un halcón, un halcón que puede ver aquello que los ojos del águila no alcanzan a divisar.

La raíz del Ygdrassil que baja al Midgard, llega hasta lo más profundo del lugar de los muertos. Ahí vive un dragón malvado llamado Nidhögge que roe constantemente la raíz, amenazando con destruir al Ygdrassil, el Árbol de los árboles. Además, debemos detener a Ratatösk, la ardilla de la discordia, pues corre de arriba abajo del Ygdrassil causando problemas bajo el águila y sobre el dragón. La ardilla le cuenta al dragón, cómo el águila está empeñada en destruirlo en pedazos, y luego sube donde el águila para contarle que el dragón planea devorarla. Todos estos cuentos hacen que el dragón Nidhögge, amenace ferozmente con destruir el Ygdrassil, el Árbol de los árboles. Nidhögge es capaz de alcanzar al águila y devorársela allí mismo.

En las raíces del Ygdrassil hay dos pozos, uno arriba y el otro abajo. Uno se encuentra al lado de la raíz que crece hacia el Jötunheim y es el Pozo de la Sabiduría, custodiado por Mimir, el Viejo Sabio. Quien beba de este pozo llegará a conocer todo lo

que está por venir. El otro pozo se encuentra cerca de la raíz que crece bajo el Asgard. Nadie debe beber de este pozo. El pozo es custodiado por tres hermanas, las sagradas Nornas, ellas le llevan el agua blanca al Ygdrassil, para que el árbol de la vida pueda conservarse verde y poderoso. Pequeña Hnossa este pozo se llama el Pozo de Urda.»

Además la pequeña Hnossa aprendió que junto al Pozo de Urda se hallaban dos maravillosos cisnes blancos. Los Habitantes del Asgard a menudo escuchan su música. Sin embargo Hnossa era demasiado joven para escuchar la música de los cisnes del Pozo de Urda.



LA PREMONICIÓN DEL PADRE DE TODOS, CÓMO ODÍN ABANDONA EL ASGARD

Odín, el Padre de Todos, tenía dos cuervos, se llamaban Hugin y Munin. Todos los días, los dos cuervos, sobrevolaban los mundos y al regresar se posaban en el hombro de Odín y le contaban todo lo que habían visto y oído. No pasaba un solo día sin que los cuervos regresaran. Mientras Odín los esperaba en la Torre Hlidskjalf, se decía a sí mismo:

*Temo menos por Hugin,
Si no vuelve,
Que por Munin,
Al que más espero.*

Al atardecer, los dos cuervos regresaron y cada uno se posó en un hombro de Odín. El Padre de Todos entró al Palacio de los Concilios que se encontraba junto a Glasir, el bosque de las hojas de oro, y escuchó lo que Hugin y Munin le contaron.

Los cuervos solamente le hablaron de sombras y premoniciones. Odín, el Padre de Todos, no les contó nada de esto a los Habitantes del Asgard. Sin embargo, Frigga, su Reina, vio en sus ojos las sombras y premoniciones que vendrían. Odín habló con ella de estas cosas y ella le dijo: «No luches contra aquello que debe venir. Vayamos donde las Nornas sagradas que se sientan junto al Pozo de Urda, para ver si continúan las sombras y premoniciones en tus ojos después de mirarlas a ellas.»

Así ocurrió que Odín y los Dioses se alejaron del Asgard y se dirigieron al Pozo de Urda, donde, bajo una gran raíz del Ygdrassil, hallaron sentadas a las tres Nornas y más abajo se veía a los dos maravillosos cisnes. En este viaje partieron Odín, Tyr, el gran hombre de la espada, Baldur, el más hermoso y el más amado y Thor, con su martillo.

El Puente del Arcoiris iba desde el Asgard, la Ciudad de los Dioses, hasta el Midgard, el Mundo de los Hombres pero otro Puente del Arcoiris, aún más bello y tembloroso iba desde el Asgard hasta la raíz del Ygdrassil, y más abajo se encontraba el Pozo de Urda. El Puente del Arcoiris muy pocas veces era visto por los hombres. Heimdall se paraba justo al final, donde los dos Arcoiris se unían. Heimdall con sus Dientes de Oro, el Guardián de los Dioses y Guardián del Camino que conducía al Pozo de Urda.

Odín, el Padre de Todos dijo: «Abre la reja Heimdall, abre la reja que hoy los Dioses visitaremos a las Nornas sagradas.»

Heimdall abrió la reja que conducía al puente más bello y tembloroso que cualquier arcoiris visto desde la tierra, la abrió de par en par, sin decir ni una sola palabra. Luego Odín, Tyr y Baldur pisaron el puente. Thor los seguía, pero Heimdall lo detuvo antes de poner un pie en el puente.

Heimdall dijo: «Los demás pueden pasar pero tú Thor, no puedes ir por ese camino.»

Thor dijo: «¡Qué!, ¿acaso tú Heimdall, me retendrías?»

Heimdall contestó: «Sí, porque yo soy el Guardián del camino hacia las Nornas. Tú, con el peso de tu martillo, eres demasiado pesado para continuar por este camino. El puente que yo cuido se rompería si tú y tu martillo lo cruzan.»

Thor respondió: «De todas maneras iré a visitar a las Nornas junto a Odín y mis compañeros.»

Heimdall dijo: «Pero no irás por este camino. No permitiré que se rompa el puente por tu peso y el de tu martillo. No te dejaré pasar, a no ser que dejes aquí tu martillo conmigo.»

Thor dijo: «No, de ninguna manera yo no le paso a nadie el martillo que defiende el Asgard, además no estoy dispuesto a regresar sin Odín y mis compañeros.»

Heimdall dijo: «Existe otro camino que conduce al Pozo de Urda. Observa estos dos Ríos de Nubes: Körmt y Ermt. ¿Puedes nadar por ellos? Son fríos y asfixiantes pero te llevarán hasta el Pozo de Urda, donde se sientan las tres Nornas sagradas.»

Thor miró los dos revoltosos ríos de nubes. Era un camino difícil, frío y asfixiante. Si escogía ese camino no podría llevar consigo el martillo que no estaba dispuesto a dejar con nadie. De modo que Thor dio un paso en dirección al Río de Nubes que corría junto al Puente del Arcoiris, y llevando su martillo a cuestas, cruzó hasta el otro río.

Odín, Tyr y Baldur se encontraban cerca del Pozo de Urda, cuando apareció Thor luchando por salir del Río de Nubes. Thor estaba mojado y se sentía asfixiado pero aún sostenía el martillo sobre sus hombros. Allí estaba Tyr, muy apuesto, apoyado en su espada que llevaba inscritas unas runas mágicas. También estaba allí Baldur, sonriendo, con su cabeza inclinada mientras escuchaba el murmullo de los dos cisnes maravillosos. Por último, allí estaba Odín, el Padre de Todos, envuelto con su capa azul revestida de estrellas doradas, no llevaba el casco con el águila en su cabeza, ni la lanza en su mano.

Las tres Nornas, Urda, Verdandi y Skulda se encontraban sentadas al lado del pozo que había en el hueco de la gran raíz del Ygdrasil. Urda era vieja, de cabello blanco, Verdandi era hermosa, mientras que Skulda casi no se veía porque estaba sentada bastante más atrás y su cabello le cubría la cara y los ojos. Urda, Verdandi y Skulda, conocían bien el Pasado, el Presente y todo el Futuro. Odín las observó y alcanzó incluso a mirar en los ojos de Skulda. Odín se quedó mucho tiempo observando a las Nornas, con la mirada de los Dioses, mientras los demás

escuchaban el murmullo de los cisnes y la caída de las hojas del Ygdrassil dentro del Pozo de Urda.

Observando a los ojos de las tres Nornas, Odín pudo ver cómo las sombras y las premoniciones de las que Hugin y Munin le habían hablado, tomaban forma y sustancia. Entonces las Diosas cruzaron por el Puente del Arcoiris, Frigga, Sif y Nanna, las esposas de Odín, Thor y Baldur. Frigga miró a las Nornas, y mientras las observaba, miró con amor y tristeza a su hijo Baldur. Luego se volvió y acarició a Nanna en la cabeza.

Odín terminó de mirar a las Nornas y miró a Frigga, su esposa reina. Luego dijo: «Esposa de Odín, deberé alejarme del Asgard por un tiempo.»

Frigga respondió: «Así es, mucho se debe hacer en el Midgard, el Mundo de los Hombres.»

Odín dijo: «Debo transformar el conocimiento que he alcanzado en sabiduría, de modo que todo lo que está por venir, pueda transformarse en lo mejor que se pueda.»

Frigga dijo: «Irás hasta el Pozo de Mimir.»

Odín respondió: «Iré al Pozo de Mimir.»

Y Frigga exclamó: «Id, esposo mío.»

Así es que volvieron al Puente del Arcoiris, que es aún más bello y tembloroso que el que los hombres ven desde la tierra, los Ases y los Vanes, Odín y Frigga, Baldur y Nanna, Tyr con su espada y a su lado Sif. En cambio Thor, volvió luchando por los Ríos de Nubes: Körmt y Ermt, y el martillo Miölnir sobre sus hombros.

La pequeña Hnossa —la más joven de los Habitantes del Asgard— se encontraba junto a Heimdall —el Guardián de los Dioses y el Guardián del Puente hacia el Pozo de Urda— cuando Odín el Padre de Todos y Frigga, su reina, cruzaron la gran reja con sus cabezas inclinadas. Hnossa escuchó que Odín decía: «Mañana, seré Vegtam, el Vagabundo y caminaré por los caminos del Midgard y del Jötunheim.»



SEGUNDA PARTE

ODÍN, EL VAGABUNDO



ODÍN VA AL POZO DE MIMIR: EL SACRIFICIO A CAMBIO DE LA SABIDURÍA

Entonces Odín, sin montar su caballo Sleipner—su corcel de ocho patas— sin llevar puesta su armadura de oro, ni su casco con el águila, incluso sin su lanza en la mano, cruzó el Midgard, el Mundo de los Hombres, y se hizo camino hacia el Jötunheim, la Región de los Gigantes.

Ya no se llamaba Odín, el Padre de los Dioses, sino Vegtam, el Vagabundo. Vegtam vestía una capa azul oscuro y se ayudaba con un bastón de viajero. Mientras caminaba en dirección al Pozo de Mimir, que quedaba próximo al Jötunheim, se encontró con un Gigante que iba cabalgando en su venado.

Odín parecía un hombre, a los hombres, y un gigante, a los gigantes. Odín caminó junto al Gigante y su venado, y se pusieron a conversar.

Odín preguntó al Gigante: «Hermano, ¿cuál es vuestro nombre?»

El que iba cabalgando en el venado contestó: «Me llamo Vafthrudner, el Gigante más sabio.» Odín lo conocía porque muchos iban donde él en busca de sabiduría. Para eso debía descifrar los acertijos de Vafthrudner y cuando fallaban en la respuesta, el Gigante les cortaba la cabeza.»

Odín dijo: «Yo soy Vegtam, el Vagabundo. ¡Oh! Vafthrudner, yo sé quién eres y sería un honor poder aprender de ti.»

El Gigante se rió mostrando sus dientes, y dijo: «Je, je, me encuentro preparado para que juguemos un juego. Pero ¿conoces las reglas? Te daré mi cabeza si es que no logro contestar alguna pregunta que me hagas, y lo mismo contigo, si no logras contestar una de mis preguntas, entonces me darás tu cabeza. Je, je, je, comencemos ahora.»

Odín exclamó: «¡Estoy listo!»

Vafthrudner preguntó: «Dime ¿Cuál es el nombre del río que separa el Asgard del Jötunheim?»

Odín contestó: «El nombre es Ifling, el río que está más frío que la muerte pero nunca se congela.»

El Gigante contestó: «Bien Vagabundo, has respondido correctamente. Pero aún debes contestar otras preguntas. ¿Cuál es el nombre de los caballos que cruzan el cielo Día y Noche?

Odín contestó: «Skinfaxe y Hrimfaxe.»

Vafthrudner se sorprendió al escuchar los nombres que sólo eran conocidos a los Dioses y a los

Gigantes más sabios. Solamente le quedaba por hacer una pregunta antes de que comenzara el turno del desconocido.

Vafthrudner dijo: «Ahora dime, ¿Cuál es el nombre de la llanura donde se llevará acabo la batalla final?»

Odín contestó: «La llanura del Vigard, la llanura que mide cien millas de largo y cien millas de ancho.»

Ahora le tocó a Odín preguntar a Vafthrudner:

«¿Cuáles serán las últimas palabras que Odín susurrará al oído de su amado hijo Baldur?»

El Gigante Vafthrudner se quedó atónito con la pregunta. Se levantó de un salto y miró atentamente al desconocido.

Luego dijo: «Sólo Odín conoce cuáles serán las últimas palabras que le dirá a Baldur y sólo Odín hubiese hecho esta pregunta. Vos sois Odín, ¡Oh! Vagabundo y vuestra pregunta no puedo contestar.»

Odín contestó: «Entonces si quieres conservar vuestra cabeza contestadme esto: ¿Cuál será el precio que pedirá Mimir, por un sorbo del Pozo de la Sabiduría que él protege?»

Vafthrudner contestó: «El precio será vuestro ojo derecho. No pedirá nada menos. Muchos han venido hasta él en busca de un sorbo del Pozo de la Sabiduría, sin embargo, nadie ha pagado este precio. He contestado a vuestra pregunta, ¡Oh! Odín ahora desistid de mi cabeza y dejadme continuar con mi camino.»

Odín contestó: «Desisto de vuestra cabeza.» Entonces Vafthrudner, el más sabio de los Gigantes, continuó su camino, cabalgando en su poderoso venado.

Mimir pedía un precio muy alto por un sorbo del Pozo de la Sabiduría. Al enterarse Odín, el Padre de Todos, se sintió muy apesadumbrado. ¡Su ojo derecho! Quedarse privado para siempre de la vista de su ojo derecho. Odín casi se vuelve al Asgard renunciando a su lucha por la sabiduría.

Sin embargo, Odín continuó su camino sin volver al Asgard, ni al Pozo de Mimir. Mientras se dirigía al Sur divisó el Muspelheim, donde se encontraba Surtur con la Espada Flameante. Se trataba de un ser terrible, que un día se uniría a los Gigantes en su lucha contra los Dioses. Al dirigirse hacia el Norte, escuchó el bullicio de la caldera de Hvergelmer mientras caía fuera del Niflheim, la región de la oscuridad y el terror. Odín reconoció que el mundo no debía caer en las garras de Surtur, quien lo destruiría con el fuego, ni en las de Niflheim, que lo arrastraría nuevamente hacia la Oscuridad y la Nada. Él, el más Anciano entre los Dioses, tendría que ganar la sabiduría que ayudaría a salvar el mundo.

De modo que con su rostro severo frente a la pérdida y el dolor, Odín, el Padre de Todos, volvió en dirección al Pozo de Mimir. El pozo quedaba justo bajo la gran raíz del Ygdrasil – la raíz que crecía hasta más allá del Jötunheim. Allí se sentaba Mimir, el Guardián del Pozo de la Sabiduría, con su mirada fija en la profundidad del agua. Mimir, quien bebía todos los días del Pozo de la Sabiduría, sabía quien estaba parado delante de él.

Mimir saludó: «¡Ea!, Odín el más Anciano entre los Dioses.»

Odín saludó a Mimir, el más sabio entre todos los seres, con una reverencia, y luego dijo: «Quisiera beber de vuestro Pozo.»

Mimir contestó: «Pero hay un precio que debe pagar todo aquel que bebe de este pozo. Todos los que han venido se acobardan al enterarse. ¿Acaso vos, el más Anciano entre los Dioses, estaréis dispuesto a pagarlo?»

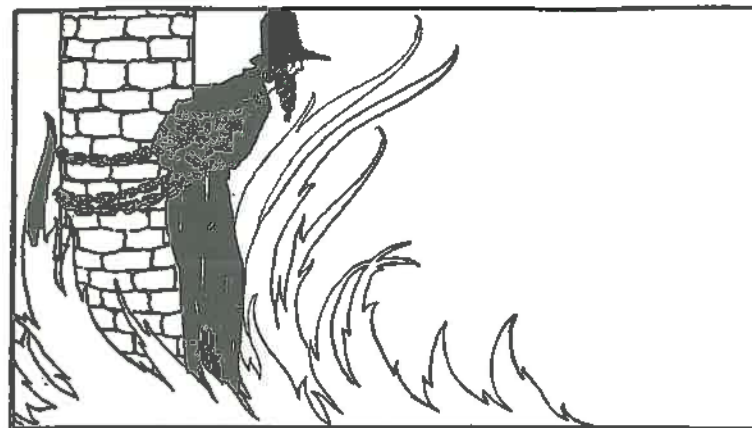
A lo que Odín, el Padre de Todos, contestó: «Estoy dispuesto a pagar el precio que vale.»

Mimir dijo: «Entonces bebe.» Mimir llenó un cuerno con agua del Pozo y se la pasó a Odín.

Odín sostuvo el cuerno con ambas manos y bebió y bebió. Y mientras bebía, tuvo una clara visión del futuro. Pudo ver todos los sufrimientos y los problemas que recaerían sobre el Hombre y los Dioses. Pero también pudo ver el porqué debían recaer estos sufrimientos y problemas. Si los Dioses y los Hombres logran ser nobles en los días de sufrimiento y problemas, dejarán en el mundo una fuerza, que un día, que se encuentra realmente muy lejano en el tiempo, destruirá el mal, que es el origen del terror, el sufrimiento y la desesperación del mundo.

Luego de beber del cuerno que Mimir le había pasado, Odín puso sus manos en la cara y se sacó el ojo derecho. El dolor que experimentó Odín, el Padre de Todos, fue terrible pero no se quejó, ni gimió. Bajó la cabeza y se puso la capucha de la capa encima,

mientras Mimir tomó el ojo y dejó que se hundiera en lo más profundo del agua del Pozo de la Sabiduría. Allí se quedó el ojo de Odín, brillando en el agua, un símbolo —para todo aquel que llegaba hasta el lugar— del precio que pagó el Padre de los Dioses por la sabiduría.



ODÍN SE ENFRENTA A UN HOMBRE MALO

Ocurrió una vez —antes de que bebiera del Pozo de la Sabiduría— que Odín, vivió en el mundo de los hombres. En esa oportunidad lo acompañaba su Reina, Frigga. Vivían en una isla desértica y eran conocidos como Grimmer, el Pescador y su mujer.

Odín y Frigga, acostumbraban a observar a los hijos de los hombres, los observaban para escoger a cuáles de ellos adoptarían y entrenarían para que desarrollaran la fuerza y el espíritu para salvar el mundo del poder de los Gigantes. Mientras Odín y Frigga vivían en la isla desértica, conocieron a los hijos del Rey Hrauding y ambos observaron que estos niños podrían desarrollar el espíritu de héroes. Ambos deseaban con todo su ser, poder enseñar y cuidar a estos niños. Y sucedió que un día en que los niños salieron de pesca y los pilló una tormenta, el

bote en el que iban encalló en la isla en que Odín y Frigga habitaban, entonces los invitaron a su cabaña y les prometieron cuidarlos y entrenarlos durante el invierno, de tal forma que al llegar la primavera podrían construirse un bote para volver al país de su padre.

Esa noche Odín le dijo a Frigga: «Ya veremos, ya veremos cuál de los dos será el héroe más noble.»

Lo dijo porque Frigga sintió más afecto por uno de los niños y Odín por el otro. Frigga favoreció al hermano mayor, Agnar que tenía una voz suave y modales tranquilos y amables. En cambio Odín prefirió al hermano más joven, que se llamaba Geirrod, quien era fuerte, apasionado, y tenía un buen vozarrón.

Odín tomó a su cargo a Geirrod y le enseñó a pescar y a cazar. Odín convirtió al niño en un ser aún más valiente de lo que era, haciéndolo brincar de roca en roca, escalar los más altos acantilados y saltar sobre los más anchos abismos. Además Odín lo llevaba hasta la guarida del oso y lo hacía luchar por su vida con la lanza que le había fabricado. Agnar también iba a cazar y demostraba habilidad y audacia. Sin embargo, Geirrod lo superaba en casi todas las pruebas. Entonces Odín exclamaba: «Geirrod será un gran héroe.»

En cambio Agnar solía quedarse con Frigga, se sentaba a su lado mientras ella hilaba, escuchando los cuentos que ella le relataba y haciendo tantas preguntas que cada día se hacía más sabio. Así fue cómo Agnar se enteró del Asgard, de los Habitantes

del Asgard, y de cómo ellos protegían Midgard, el Mundo de los Hombres, de los Gigantes del Jötunheim. Agnar aunque no lo decía, sí lo pensaba, él daría todo: su vida, su fuerza y sus pensamientos para cooperar con el trabajo de los Dioses.

Llegó la primavera y Odín, tal como lo había prometido, construyó un bote para que Geirrod y Agnar volvieran a su país. Antes de partir Odín se acercó a Geirrod y le dijo que un día iría a visitarlo y le advirtió: «Recuerda Geirrod, que te visitaré en tu castillo como un pescador y ojalá no actúes con orgullo, pues un Rey debe recibir en sus salones incluso a los más pobres.»

Geirrod contestó: «Yo seré un héroe, de eso no hay duda alguna. También seré Rey, solamente que Agnar, el bueno para nada, es el primogénito.»

Agnar se despidió de Frigga y de Odín, agradeciéndoles los cuidados que habían brindado a él y a su hermano. Agnar miró atentamente a los ojos de Frigga y le prometió que aprendería a luchar para defender a los Dioses en la última batalla.

Los dos hermanos se subieron al bote y se fueron remando. Se acercaron al reino del Rey Hrauding y divisaron el castillo desde el mar. Entonces Geirrod hizo algo terrible, comenzó a remar nuevamente en dirección al mar y arrojó los remos lejos, luego, confiando en sus dotes para nadar en el mar tormentoso y escalar los más altos precipicios, se arrojó al agua mientras Agnar se iba a la deriva sin remos.

Entonces Geirrod escaló los altos precipicios hasta llegar al castillo de su padre. El Rey Hrauding, quien

daba a sus dos hijos por muertos, se regocijó enormemente al ver a su hijo devuelta. Geirrod le contó que Agnar se había caído del bote en el viaje de regreso y que se había ahogado. El Rey Hrauding, quien pensaba que había perdido a sus dos hijos, se alegró de ver a uno de sus hijos con vida, sentó a Geirrod al lado de su trono, y a su muerte Geirrod fue coronado Rey.

Volvamos ahora a Odín, quien había bebido del Pozo de Mimir y se había dirigido al mundo de los hombres, juzgando a los Reyes y la gente sencilla de acuerdo con la sabiduría que había adquirido. Odín caminó por muchos lugares hasta que un día llegó al reino donde Geirrod era Rey. Odín pensó que de todos los Reyes que había juzgado, seguro que Geirrod sería el más noble de todos.

Con estos pensamientos, Odín se dirigió al castillo del Rey como un mendigo tuerto del ojo derecho, con su capa azul oscuro y su bastón de viajero en la mano. A medida que Odín se acercaba al castillo del Rey, unos hombres que montaban caballos negros, se aproximaron por detrás, el primer jinete pasó sin detenerse por su lado y lo arrojó a un costado del camino. Al llegar al castillo, los hombres en caballos negros comenzaron a gritar para que salieran los sirvientes, pero sólo había un sirviente en el establo, el que se aproximó al primer jinete y se hizo cargo de su caballo. Los otros comenzaron a llamar al Vagabundo para que los ayudara con sus caballos, así es que Odín tuvo que afirmar los estribos para que los jinetes pudieran desmontar.

Odín supo quién era el primer jinete: el Rey Geirrod y supo quién era el sirviente del establo: Agnar, el hermano de Geirrod. Gracias a la sabiduría que había adquirido, Odín también supo que Agnar había regresado al reino de su padre con el disfraz de sirviente y que Geirrod ignoraba todo esto.

De modo que Odín y Agnar entraron juntos al establo. Agnar sacó el pan que tenía, lo partió y le convidó al Vagabundo. Después le pasó un montón de paja para que tuviera donde sentarse pero Odín dijo: «Quisiera sentarme junto al fuego en el salón del Rey y comer la comida allí.»

Agnar contestó: «No, mejor quédate aquí, yo te daré más pan y una manta para que te cubras. No vayas a la puerta del castillo del Rey porque hoy se encuentra de mal humor y podría arrojarte afuera.»

Odín dijo: «¡Pero cómo! Un Rey no debe expulsar a un Vagabundo que llama a su puerta, eso no está bien.»

Agnar contestó: «Es que hoy el Rey está furioso.» Agnar le rogó a Odín que no se aproximara a la puerta del castillo, pero el Vagabundo no le hizo caso y se levantó de la paja en la que estaba sentado para ir a tocar la puerta del Salón.

Un portero jorobado y de largos brazos le abrió la puerta. Odín dijo: «Soy un Vagabundo y quisiera descansar y comer en el salón del Rey.»

Pero el portero jorobado le contestó sorprendido: «No, no puedes pasar al Salón del Rey.» Luego intentó cerrar la puerta y se escuchó la voz del Rey, que

llamaba a su sirviente, y Odín aprovechó para entrar en el castillo. Dentro del Salón pudo ver la mesa y al Rey sentado junto a sus amigos, eran todos hombres de barba oscura y de aspecto cruel. Al mirarlos bien, Odín se dio cuenta que el niño que él había entrenado en nobleza se había transformado en el «Rey de los Ladrones».

Uno de los hombres de barba oscura al ver al Vagabundo le gritó: «¡Vaya un Vagabundo en el Salón!, ya que has osado entrar en el castillo, ¿por qué no cantas para nosotros?»

Odín respondió: «Bueno, si me lo piden les cantaré una canción.» Parado, entre dos columnas, Odín se puso a cantar una canción que reprochaba la malvada vida que llevaba el Rey y que denunciaba el cruel trato de los ladrones.»

Cuando Odín terminó de cantar el Rey exclamó: «¡Apresadlo!» Los hombres de barba oscura se abalanzaron sobre Odín y lo encadenaron a las columnas de piedra del salón.

Geirrod dijo: «Este Vagabundo vino al Salón en busca de calor así es que eso es lo que recibirá.» Luego llamó a sus sirvientes para que trajeran leña y la pusieran a su alrededor, entonces el Rey Geirrod tomó una antorcha encendida y prendió fuego a los leños alrededor del Vagabundo.

Los leños comenzaron a quemarse a su alrededor pero el fuego no quemó la piel de Odín, el Padre de Todos. El Rey y los amigos del Rey se pararon junto a Odín y gozaban mirando cómo las llamas rodeaban

a un hombre vivo. Pero aunque los leños se quemaron, las llamas no rozaron a Odín.

Finalmente, los malvados hombres y el Rey se cansaron, y se fueron a dormir, dejando a Odín encadenado a las columnas del salón. El Padre de los Dioses tenía el poder para partir las cadenas y derribar las columnas, pero quería ver qué más podía pasar en el castillo del Rey. El Rey antes de marcharse, ordenó a los sirvientes que no llevaran alimento ni bebida al Vagabundo, sin embargo, al amanecer, cuando no había nadie cerca, Agnar se acercó con un cuerno lleno de cerveza oscura y se lo dio a beber.

Al atardecer del día siguiente, el Rey volvió al castillo después de un día de fechorías y junto a sus hombres, comió como un lobo hambriento, después ordenó que trajeran leños y los volvieran a apilar alrededor de Odín. Nuevamente todos se ubicaron a su alrededor para gozar viendo a un hombre vivo quemarse, y nuevamente Odín se mantuvo ileso, lo que provocó que el Rey lo odiara aún más. El Padre de los Dioses estuvo todo el día encadenado y los sirvientes tenían prohibido llevarle alimento ni bebida. Nadie sabía que Agnar le había llevado un cuerno de cerveza oscura.

Así sucedió noche tras noche, y continuó así durante ocho noches. Entonces la novena noche, cuando encendieron los leños a su alrededor, Odín sacó la voz con fuerza y comenzó a cantar otra canción.

Su canto se fue haciendo cada vez más fuerte de modo que el Rey, sus amigos, y sus sirvientes no

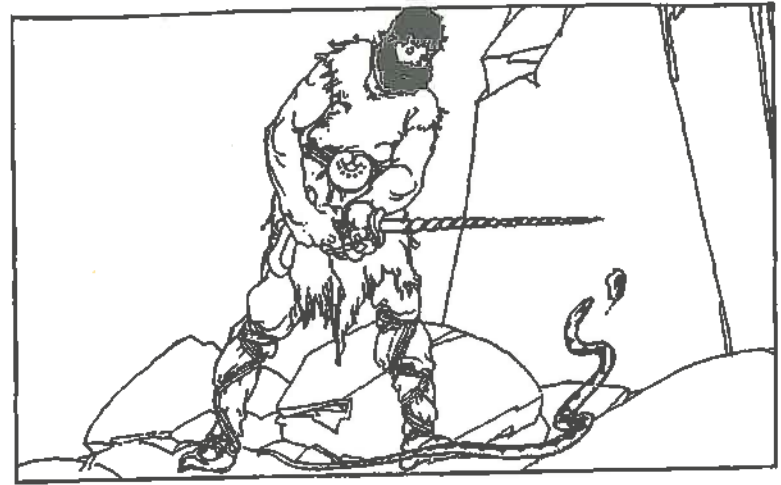
pudieron hacer otra cosa que escucharlo atentamente. Odín se puso a cantar sobre el Rey Geirrod, de cómo lo habían protegido los Dioses entregándole fuerza y habilidades, y cómo él no había sabido usar la fuerza y las habilidades con nobleza, sino que se había convertido en una bestia salvaje. Luego comenzó a cantar acerca de la represalia de los Dioses que estaba a punto de caer sobre el cobarde Rey.

De pronto, se apagaron las llamas alrededor de Odín. El Rey y sus amigos, ya no vieron a un amistoso Vagabundo sino que a un Rey, y el más noble que hubiesen visto. Odín se liberó de las cadenas y dio un paso hacia el malvado grupo. Geirrod se apresuró a tomar su espada para matarlo y aunque la espada lo golpeó, Odín se mantuvo ileso.

*Vuestra vida se escapa,
Los Dioses no os protegerán;
Acercaos si podéis,
Pues a Odín encontraréis.*

Así cantó Odín, y tanto terror embargó a Geirrod y a sus amigos, que comenzaron a retroceder, y mientras iban retrocediendo, se fueron convirtiendo en bestias salvajes, en lobos del bosque.

Después de esto Odín convirtió a Agnar en el nuevo Rey. Toda la gente se alegró porque habían sido cruelmente tratados bajo la tiranía de Geirrod. En cambio Agnar no sólo era un Rey amable sino que victorioso para gobernar.



ODÍN CONSIGUE EL HIDROMIEL MÁGICO PARA LOS HOMBRES

Los Enanos prepararon el Hidromiel Mágico y los Gigantes lo escondieron. Pero Odín lo rescató del lugar donde había sido escondido y se lo pasó a los hijos de los hombres. Todos los que bebían el Hidromiel Mágico se hacían sabios, y no sólo eso, luego expresaban su sabiduría con tan bellas palabras, que todos aquellos que escuchaban, las amaban y no las olvidaban nunca más.

Sin embargo, los Enanos fueron crueles y malvados al preparar el Hidromiel Mágico pues lo hicieron con la sangre de un hombre llamado Kvasir.

Kvasir el Poeta, era un sabio que expresaba su sabiduría, con tan bellas palabras que todos los que lo escuchaban hablar, amaban lo que decía, y nunca más

lo olvidaban. Pero los Enanos condujeron a Kvasir a una de sus cuevas y allí lo mataron. No satisfechos con esta villanía los Enanos dijeron: «Tenemos la sangre de Kvasir y su sabiduría, ahora nos apoderaremos de su sabiduría.» Entonces los Enanos vertieron la sangre del Poeta en tres jarras, la mezclaron con miel y así prepararon el Hidromiel Mágico.

Después de asesinar a un hombre, los Enanos se hicieron cada vez más y más atrevidos. Salieron de sus cuevas y se pasearon por el Midgard, el Mundo de los Hombres. También se dirigieron al Jötunheim y allí comenzaron a molestar con sus trucos al Gigante más inofensivo.

Primero buscaron a uno de los Gigantes más humildes, su nombre era Gilling. Los Enanos persuadieron a Gilling para que remara hacia alta mar en un bote, y cuando se hallaron lejos de la orilla, dos Enanos, Galar y Fialar, continuaron remando en dirección a una roca. El bote chocó y se partió en dos. Gilling no sabía nadar y se ahogó, en cambio los Enanos nadaron devuelta a la orilla y quedaron tan satisfechos con el truco que intentaron seguir molestando a otros Gigantes.

A Galar y Fialar se les ocurrió cómo seguir haciendo daño. Guiaron a su grupo de Enanos hasta la casa de Gilling y se pusieron a gritarle a su esposa que Gilling estaba muerto, con lo que la esposa del Gigante se puso a llorar y a lamentarse. Por último la esposa tomó fuerza, salió de la casa indignada y los espantó con sus manos. Pero Galar y Fialar se

habían encaramado al dintel de la puerta de entrada, y cuando ella pasó por ahí, le lanzaron la piedra del molino en la cabeza. Tan fuerte le pegó la piedra a la esposa del Gigante, que cayó muerta en el acto y los Enanos se alegraron cada vez más del daño que iban ocasionando.

Los Enanos se volvieron tan insolentes que inventaron canciones que se pusieron a cantar, la letra narraba con orgullo cómo habían dado muerte a Kvasir, el Poeta. Los Enanos se quedaron cerca del Jötunheim, atormentando a todos los que salían a su paso, presumiendo de su fuerza y grandeza. Pero los Enanos se quedaron demasiado tiempo y Suttung, el hermano de Gilling, los persiguió hasta que los atrapó.

Suttung no era inofensivo, ni humilde como su hermano Gilling, sino que era astuto y codicioso. Una vez que Suttung los atrapó, los Enanos no tuvieron ninguna posibilidad de escape. Suttung caminó una milla mar adentro hasta una roca que estaba tan lejos que no podrían nadar devuelta.

El Gigante se quedó parado al lado de la roca y era tan alto como ella, la marea no le llegaba ni a las rodillas, desde allí contemplaba cómo subía la marea alrededor de los Enanos quienes gritaban horrorizados: «¡Oh! Suttung, tú que eres tan bueno, no nos dejes en esta roca. Si nos sacas de aquí te daremos oro y joyas. Si nos sacas de esta roca te regalaremos un collar tan hermoso como el collar Brisingamen.» Así le suplicaban, pero Suttung sólo se reía pues él no necesitaba oro, ni joyas.

Entonces Fialar y Galar le gritaron: «¡Si nos sacas de esta roca te daremos los jarros del Hidromiel Mágico que hemos preparado!»

Suttung contestó entusiasmado: «El Hidromiel Mágico, esto es algo que nadie más tiene. Sería muy bueno apoderarse del Hidromiel pues nos podría ayudar en la batalla contra los Dioses. Si acepto, recibiré el Hidromiel Mágico de los Enanos.»

Suttung sacó al grupo de Enanos de la roca pero retuvo a Galar y a Fialar, sus líderes, mientras los otros iban a las cuevas en busca de los jarros del Hidromiel Mágico. Suttung tomó los jarros del Hidromiel Mágico y se los llevó hasta una cueva en una de las montañas cercanas a donde él vivía.

Así fue cómo el Hidromiel Mágico que prepararon los Enanos con crueldad y villanía, llegó a manos de los Gigantes. La historia ahora continúa con Odín, el más Viejo de los Dioses, en el momento en que se hallaba en el mundo, bajo la apariencia de Vegtam, el Vagabundo y se apoderó del Hidromiel Mágico y se lo llevó al mundo de los hombres.

Suttung tenía una hija llamada Gunnlöd, era tan buena y bella como Gerda y Skadi, las damas Gigantes que los Dioses habían favorecido. Suttung hechizó a Gunnlöd. La transformó en una bruja de dientes largos y uñas filudas, y la dejó atrapada dentro de la cueva donde escondía el Hidromiel Mágico para que lo protegiera.

Odín se enteró de la muerte de Kvasir, el Poeta que admiraba entre los hombres. Como los Enanos que lo

habían asesinado, estaban encerrados en sus cuevas y no podían volver a salir al Mundo de los Hombres, mandó a buscar el Hidromiel Mágico para regalárselo a los hombres. Cuando los hombres lo probaran, serían sabios y poseerían el dominio de la palabra que ama la sabiduría y jamás la olvida.

¿Cómo consiguió Odín el Hidromiel Mágico que se hallaba escondido en la cueva donde Suttung la había dejado? ¿Cómo destruyó el hechizo de Gunnlöd la hija de Suttung? Esta historia, a menudo se escucha, alrededor de un fogón, en el mundo de los Hombres.

Había nueve esclavos fuertes que estaban segando en un campo cuando pasó por ahí un Vagabundo, envuelto en una capa azul oscuro con un bastón de viajero en su mano. Uno de los esclavos se dirigió al Vagabundo diciendo: «¡Oye Vagabundo!: Anda avisar en la mansión de Baugi que no puedo continuar segando hasta que me traigan una piedra para afilar mi guadaña.»

El Vagabundo sacó su cinturón y dijo: «Toma, aquí tienes una piedra para afilar.» El esclavo afiló su guadaña y continuó segando mientras el pasto comenzó a cortarse como si el mismo viento lo hubiera hecho. De modo que los otros esclavos se admiraron y dijeron: «¡Oye Vagabundo, entréganos la piedra para afilar!» El Vagabundo les entregó la piedra y siguió su camino mientras los esclavos comenzaron una disputa por la piedra.

Odín llegó hasta la casa de Baugi, el hermano de Suttung, allí se quedó a descansar y a la hora de la cena encontró un puesto para él en la mesa del

comedor. Mientras cenaban entró un mensajero al comedor diciendo: «Baugi, tus nueve esclavos están muertos. Se mataron entre ellos a causa de una disputa por una piedra para afilar. Ahora no queda ningún esclavo para que trabaje tus tierras.»

Baugi exclamó: «¿Qué puedo hacer? Si mis campos no son segados ahora, no tendré heno en el invierno para alimentar mi ganado y mis caballos.»

El Vagabundo contestó: «Yo puedo trabajar para ti.»

Pero el Gigante replicó: «¿De qué me sirve el trabajo de un solo hombre? Necesito a lo menos nueve.»

Pero el Vagabundo contestó: «Yo haré el trabajo de nueve hombres, pruébame y verás.»

Al día siguiente Vegtam, el Vagabundo, se dirigió al campo de Baugi y realizó por sí mismo el trabajo que antes hacían los nueve esclavos.

Al ver su trabajo, Baugi le dijo: «Vagabundo, quédate conmigo hasta el invierno y te daré una gran recompensa.»

De modo que Vegtam se quedó en la casa del Gigante, todos los días trabajaba en sus campos y cuando terminó el otoño Baugi le dijo: «Habla y pídemela recompensa que quieras.»

Vegtam contestó: «La única recompensa que espero de ti es que me permitas beber un sorbo del Hidromiel Mágico.»

Pero Baugi contestó: «¿El Hidromiel Mágico? Yo no sé donde está, ni cómo encontrarlo.»

«Lo tiene tu hermano Suttung, anda, pídele una caña del Hidromiel Mágico y me lo traes.»

Entonces Baugi se dirigió hasta el hogar de Suttung, pero apenas éste escuchó lo que su hermano buscaba, le vino un ataque de ira y gritó: «¿Quieres una caña del Hidromiel Mágico? Yo no se lo daré a nadie. Tuve que hechizar a mi propia hija Gunnlöd para que lo protegiera. ¿Me dices que un Vagabundo que te ha realizado el trabajo de nueve hombres ahora te pide como recompensa una caña del Hidromiel Mágico? ¡Oh! Gigante, eres más tonto que Gilling, ¡Pero qué Gigante más Tonto! ¿Quién puede haber realizado un trabajo como ese? ¿Quién pediría una recompensa como ésta? Sólo se puede tratar de uno de los Ases, uno de nuestros enemigos. Ándate de aquí y nunca más me vuelvas a hablar del Hidromiel Mágico.»

Baugi volvió a su casa y le contó al Vagabundo que Suttung no le daría ni una gota del Hidromiel Mágico.

Vegtam, el Vagabundo contestó: «Tú hiciste un trato conmigo. Ahora te pido que me acompañes y me ayudes a obtenerlo.»

Odín le pidió a Baugi que lo condujera hasta el lugar donde estaba escondido el Hidromiel Mágico. Se trataba de una cueva escondida entre las montañas con una roca gigante que tapaba la entrada.

Baugi dijo: «No podremos correr esta roca para entrar en la cueva, lo siento pero no te puedo ayudar.»

El Vagabundo sacó un taladro de su cinturón y dijo: «Esto puede atravesar la roca si está sostenido por alguien fuerte, ¡vamos Gigante, puedes comenzar a perforar ahora!»

Baugi, molesto, tomó el taladro con sus manos y perforó con toda sus fuerzas, mientras el Vagabundo se apoyaba en su bastón, con gran calma y nobleza envuelto en su capa azul.

Finalmente Baugi dijo: «Ya logré hacer un agujero tan profundo que atraviesa la roca.»

El Vagabundo se acercó al agujero y lo sopló pero todo el polvo que había dentro del agujero, se le vino encima, entonces Vegtam, el Vagabundo dijo: «Gigante, ¿acaso esa es toda tu fuerza? Ni siquiera lograste perforar la mitad de la roca. ¡A trabajar nuevamente!»

Ahora Baugi, muy molesto, volvió a tomar el taladro y comenzó a perforar cada vez más profundo en la roca, luego sopló el agujero y esta vez ¡Oh! Su respiración se adentró hasta la cueva. Entonces miró al Vagabundo, Baugi tenía una mirada feroz, mientras sostenía el taladro en sus manos como quien sostiene un cuchillo punzante.

El Vagabundo dijo: «Gigante, mira allí, a lo alto de la roca.»

Baugi miró hacia arriba, mientras el Vagabundo se convirtió en una serpiente que se deslizó dentro del agujero de la roca. Después Baugi intentó darle un gran golpe con el taladro para matarla, pero la serpiente logró escabullirse por el agujero.

Detrás de la gran roca había un espacio vacío que se encontraba iluminado por los brillantes cristales en su interior. Adentro de la cueva se encontraba una bruja de dientes largos, uñas filudas y cara de enfer-

ma. La bruja estaba meciéndose en el suelo y mientras le caían unas lágrimas dijo: «¡Oh belleza y juventud! ¡Cuánta tristeza me embarga, vivo apartada de todos, encerrada en esta cueva y con un rostro tan horrible!»

La bruja vio que una serpiente se deslizaba por el suelo y exclamó: «¡Ojalá seas venenosa y me mates!» Pero la serpiente pasó sigilosamente por su lado y ella escuchó una voz suave que la llamaba: «¡Gunnlöð, Gunnlöð!» Miró a su alrededor y vio a un ser majestuoso, envuelto en una capa azul oscuro, era Odín, el más Anciano entre los Dioses.

Gunnlöð exclamó: «¡Odín! Seguro que has venido a buscar el Hidromiel Mágico pero mi padre me dejó aquí para que lo protegiera. No lo tendrás. Antes de eso lo desparramaré sobre el sediento suelo de esta cueva.»

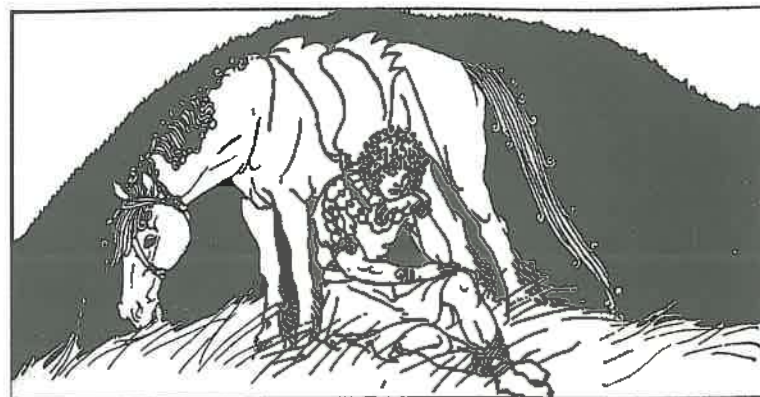
Odín se acercó a ella y la llamó: «Gunnlöð», y ella sintió que sus mejillas volvían a sonrojarse con juventud. Puso sus manos, con uñas filudas, sobre su pecho y sintió cómo las uñas tocaban su piel. Luego le suplicó: «Ayúdame, sálvame de toda esta fealdad.»

Odín contestó: «Te salvaré»

Odín se acercó a la bruja, le tomó las manos y la beso en la boca para que se le borrarán todas las huellas de la enfermedad que tenía en su cara. Entonces Gunnlöð pudo erguirse con gracia. Sus ojos se abrieron y eran de color azul profundo. Su boca volvió a ser roja y sus manos suaves y hermosas. Así que Gunnlöð se transformó en una dama tan bella como Gerda, la dama Gigante que se casó con Frey.

Odín y Gunnlöd se quedaron mirando fijamente, después se sentaron muy cerca el uno del otro y se quedaron conversando tranquilamente. Odín, el más Anciano entre los Dioses y Gunnlöd, la hermosa dama Gigante.

Ella le entregó las tres jarras del Hidromiel Mágico y le pidió que salieran de la cueva juntos. Se quedaron allí durante tres días, hasta que gracias a su sabiduría, Odín logró encontrar los túneles secretos para salir de la cueva, de modo que Odín rescató a Gunnlöd de la oscuridad y la devolvió a la luz del día. Por supuesto que se trajo las jarras del Hidromiel Mágico. Bastaba un solo sorbo del Hidromiel para alcanzar la sabiduría, que puede ser expresada en tan bellas palabras, que al escucharlas todos las aman y no las olvidan nunca más. Después Gunnlöd salió nuevamente a recorrer el mundo, cantando sobre su amor, la belleza y el poder de Odín.



ODÍN LE CUENTA EL SECRETO DE SUS ACCIONES A SU HIJO SILENCIOSO VIDAR

Odín, no sólo apareció ante los Gigantes y los Hombres, como Vegtam, el Vagabundo, durante el tiempo que recorrió entre el Jötunheim y el Midgard. También habló con uno de los Dioses que vivía muy lejos del Asgard y con otros que venían al Midgard y al Jötunheim.

Vidar, era quien vivía muy lejos del Asgard, el hijo silencioso de Odín. Vidar solía sentarse en un lugar al interior de la selva, donde las ramas y la hierba crecían exuberantes. El caballo de Vidar siempre pastaba a su lado, siempre iba ensillado pues estaba listo para salir galopando velozmente.

Odín o Vegtam, el Vagabundo, llegó hasta ese silencioso lugar para hablar con su hijo, el Dios Silencioso.

Odín dijo: «Oh Vidar, el más especial de todos mis hijos. El Dios que vivirá cuando todos nosotros

pasemos al más allá. El Dios que llevará el recuerdo de los Habitantes del Asgard, a un mundo que desconocerá el poder de los Dioses. ¡Oh Vidar! Bien conozco yo la razón para que vuestro caballo pазca a vuestro lado, la razón para que esté preparado para salir galopando velozmente: es para que podáis montarlo de un salto. Un hijo que irá velozmente a vengar a su padre.

Solamente a vos, ¡Oh! Vidar, el Dios Silencioso, os hablaré sobre los secretos de mis actos. ¿Quién más que mi hijo Silencioso, puede comprender la razón para que Odín, el más Viejo entre los Dioses, atravesado por su propia espada, se halla colgado del árbol Ygdrassil durante nueve días y nueve noches?

Me colgué del ventoso árbol, para aprender la sabiduría que brinda poder en los nueve mundos. En la novena noche, se me aparecieron las Runas de la Sabiduría y bajándome del árbol me las llevé conmigo.

Además os contaré la razón para que mis cuervos vuelen hasta vos, llevando en sus picos restos de cuero. Es para que podáis fabricaros unas sandalias de cuero y con ellas podáis golpear en la mandíbula a uno de los poderosos lobos y vencerlo. Todos los zapateros del mundo, botan al suelo los restos de cuero para que podáis haceros una sandalia para vuestro poderoso pie vencedor.

He aconsejado a los habitantes de la tierra que les corten las uñas a los pies y a las manos de sus muertos, para que con ellas, no puedan los Gigantes

construir el bote Naglfar, en el que navegarán desde el Norte el día del Ragnarök, el Ocaso de los Dioses.

Es más, ¡Oh, Vidar! Mientras vivía entre los hombres contraje matrimonio con la hija de un héroe. Mi hijo nacerá y vivirá como un mortal entre los mortales. Su nombre será Sigi. Él a su vez, tendrá hijos héroes, serán tantos que llenarán el Valhalla, mi propio Salón en el Asgard. Los héroes ayudarán en la lucha contra los Gigantes, y contra Surtur y su Espada Flameante.

Odín se quedó mucho tiempo en aquel lugar silencioso conversando con Vidar, su hijo Silencioso. Vidar junto a su hermano vivirá por más tiempo que los Habitantes del Asgard y llevará al nuevo día y al nuevo mundo, el recuerdo de lo Ases y los Vanes.

Hablaron por un largo rato, después Vidar se internó en la selva, donde crecía el pasto y los arbustos, donde el caballo acostumbraba a pastar listo para el viaje sorpresivo. Luego Odín se alejó hasta la orilla del mar donde los Ases y los Vanes se reunían para celebrar la fiesta que ofrecía el Viejo Egir, el Gigante Rey del Mar.»



THOR Y LOKI EN LA CIUDAD DE LOS GIGANTES

Casi todos los Habitantes del Asgard asistieron a la fiesta que ofreció el Viejo Egir, el Gigante Rey del Mar. Frigga, la reina esposa de Odín; Frey y Freya; Iduna quien cuidaba las Manzanas de la juventud junto a su esposo Bragi; Tyr junto a su espada, Niörd, el Dios del Mar, Skadi casada con Niörd, quien odiaba a Loki; Sif, quien se quedó sin su cabello dorado por culpa del dañino Loki; Thor y Loki también estaban presentes. Los Habitantes del Asgard se reunieron en el Salón de Egir para esperar a Odín.

Antes de que Odín llegara, Loki se encargaba de entretener a los comensales contando burlescas historias de Thor. Loki llevaba un tiempo liberado de la cosedura de labios que le hizo el Duende Brock,

además Thor había superado el impasse por el daño que le había ocasionado a Sif. De modo que Loki había acompañado a Thor en sus viajes a través del Jötunheim, y justamente acerca de estos viajes, ahora Loki relataba burlescas historias.

Contaba cómo vio a Thor cruzando el Bifröst, el Puente del Arcoiris, en su carruaje de latón conducido por dos cabras. Ninguno de los Ases, ni los Vanes sabía en qué aventura se hallaba envuelto Thor. Loki lo había seguido y Thor lo había aceptado como compañero.

Mientras viajaban en el carruaje de bronce conducido por dos cabras, Thor le confesó a Loki la aventura que se había propuesto. Thor quería entrar al Jötunheim, incluso hasta el Utgard, la Ciudad de los Gigantes para probar su fuerza con algún Gigante. No temía a nada de lo que pudiera suceder, ya que llevaba consigo a Miölnir, su martillo.

Primero debían cruzar el Midgard, el Mundo de los Hombres y allí les sucedió que se hizo de noche y no encontraban donde comer, ni dormir, hasta que divisaron la cabaña de un campesino y condujeron el carruaje en esa dirección. Amarraron las cabras y las dejaron en un lugar cerca del carruaje, luego bajo la apariencia de dos viajeros, y no de Habitantes del Asgard, se dirigieron a golpear la puerta de la cabaña en busca de comida y cama.

El campesino y su esposa les contestaron que podían dormir allí, pero que no era posible comer, pues tenían muy poco para comer y lo poco que tenían, ya

lo habían comido en la cena. El campesino los hizo pasar a la cabaña, era pobre y casi sin muebles, no había nada para regalar. El campesino dijo que en la mañana, él iría al río para pescar algo para comer.

A lo que Thor respondió: «No podemos esperar hasta mañana, tenemos que comer algo ahora, así es que creo que yo mismo podría proveernos a todos con una buena comida.»

Se dirigió afuera donde estaban sus cabras junto al carruaje de bronce, sacó su martillo y les dió un golpe tan fuerte que ambas cayeron sin vida. Luego les sacó la piel, y sacó cuidadosamente cada uno de los huesos apoyándolos en el piso sobre la piel. Después levantó la piel y los huesos y los llevó a la casa dejándolos en un hoyo, encima de la cocina de los campesinos. Entonces Thor ordenó: «¡Nadie debe tocar los huesos que dejaré en este lugar!»

Thor fue en busca de la carne y pronto estuvo la cena humeante servida en la mesa. El campesino, su esposa y su hijo se sentaron alrededor de la mesa junto a Thor y Loki. Hacía varios días que no comían apropiadamente, así que el hombre y la mujer se alimentaron como corresponde.

El hijo del campesino se llamaba Thialfi, era un joven en pleno desarrollo y tenía un apetito que no había sido satisfecho hacía mucho tiempo. Mientras la comida estaba servida en la mesa, su padre y su madre lo mantenían ocupado acarreando agua, poniendo leños al fuego y manteniendo un palo encendido para alumbrar a los que comían, de modo que

cuando por fin logró sentarse, ya no quedaba mucho para comer. Thor y Loki tenían un gran apetito y sus padres habían comido todo lo que no habían podido comer hace días, así es que a Thialfi le tocó muy poco del gran banquete.

Al terminar la cena todos se fueron a recostar sobre el escaño. Thor se durmió haciendo harto ruido ya que estaba cansado del largo viaje realizado ese día. Thialfi también se recostó en un escaño pero sus pensamientos aún se mantenían en la cena. Cuando todos se durmieron intentó sacar uno de los huesos que se encontraba enrollado en la piel para mordisquearlo.

En la mitad de la noche el joven se levantó, sacó la piel de cabra que Thor cuidadosamente había dejado apoyado ahí, luego sacó un hueso, lo partió y lo mordisqueó hasta la medula. Loki se despertó, lo vio, y no hizo nada para impedirlo, por el contrario Loki saboreaba la maldad más que ninguna otra cosa.

Thialfi puso el hueso que había partido nuevamente dentro de la piel y la dejó apoyada en el mismo lugar que estaba, después se durmió profundamente en el escaño.

En la mañana, tan pronto despertaron, la primera cosa que hizo Thor fue sacar la piel de arriba de la cocina y la llevó cuidadosamente al lugar donde se hallaban las cabras amarradas. Thor juntó la piel y los huesos, la blandió con su martillo, entonces las cabras revivieron y dieron un salto con sus pezuñas, cuernos y todo lo demás.

Pero había una cabra que no estaba igual que antes ya que se había quedado coja. Thor se puso a examinar su pata y se dio cuenta que tenía uno de los huesos rotos. Entonces Thor se encolerizó, miró al campesino, su mujer y su hijo, y gritó: «¡Un hueso de esta cabra ha sido quebrado bajo vuestro techo! Voy a destruir la casa y los dejaré a todos ustedes muertos en ella.» Thialfi se puso a llorar desconsoladamente, se arrodilló ante Thor y reconoció lo que había hecho: «Sin saber el daño que hacía, yo quebré el hueso.»

Thor levantó su martillo para propinarle un solo golpe, pero no fue capaz de bajarlo contra el niño que lloraba. Dejó a un lado su martillo nuevamente y dijo: «Por haber herido a mi cabra, ahora tendrás que hacerme muchos servicios. Vendrás con nosotros.»

El joven Thialfi tuvo que obedecer y partir junto a Thor y Loki. Thor llevaba en sus poderosas manos las fustas del carruaje de bronce y la arrastró hasta un espacio solitario en la cueva de una montaña, donde no iba ningún hombre, ni Gigante. Luego dejaron a las cabras descansando en un gran bosque vacío para que se quedaran allí hasta que Thor volviera a llamarlas.

Thor, Loki y el joven Thialfi cruzaron el Midgard y llegaron al Jötunheim. Thor se sentía a salvo en la Región de los Gigantes gracias a que siempre llevaba consigo su martillo Miölnir. Loki, por su lado, confiaba en su gran astucia así es que también se sentía a salvo. El joven Thialfi confiaba tanto en Thor que no tenía nada de miedo. El viaje fue muy largo, y

mientras viajaban Thor y Loki entrenaron al joven Thialfi, en rapidez y fortaleza.

Un día, los viajeros llegaron hasta un páramo y se demoraron todo el día en cruzarlo así es que, al llegar la noche aún les quedaba mucho por recorrer. Había un gran viento, comenzaba a oscurecerse y no había ningún lugar donde guarecerse. Entre el polvo les pareció divisar la forma de una montaña y caminaron en esa dirección, con la esperanza de hallar algún refugio en la montaña.

Más allá Loki divisó una forma más pequeña que sí parecía un refugio. Loki, Thor y el joven Thialfi la rodearon caminando. Era una casa, pero una casa de formas extrañas, tenía una entrada larga y un enorme Salón. Al entrar en el Salón vieron que se alargaba hacia cinco estrechas habitaciones. Loki dijo: «Este es un lugar muy raro pero es el mejor refugio que podemos hallar. Thor y yo dormiremos en las dos habitaciones más grandes y el joven Thialfi puede escoger entre las más pequeñas. Los viajeros entraron a las habitaciones y se acostaron pero desde afuera en la montaña, se escuchó un ruido como si se quejara el bosque y cayeran cataratas. Con el ruido comenzaron a moverse las habitaciones en que cada uno dormía, de modo que esa noche ninguno logró dormir.

A la mañana siguiente, los tres viajeros abandonaron la casa de cinco habitaciones y emprendieron el camino en dirección a la montaña. Así descubrieron que no se trataba de ninguna montaña, sino de

un Gigante que estaba tendido en el pasto. Al verlos acercarse el Gigante se sentó y luego dijo a gritos: «¡Hombrecitos, hombrecitos!, ¿han visto un guante que se me perdió en el camino? El Gigante se puso de pie mientras miraba a su alrededor y exclamó: «¡Ahora sí que veo mi guante!»

Thor, Loki y el joven Thialfi se quedaron como paralizados al ver que el Gigante se aproximaba a ellos. El Gigante se agachó, levantó el «refugio de cinco habitaciones» en el que habían pasado la noche y se lo puso en la mano. ¡Efectivamente se trataba de su guante!

Thor agarró con fuerza su martillo, mientras Loki y el joven Thialfi se pararon detrás de él. Sin embargo, el Gigante parecía de muy buen humor y preguntó: «¿Hacia dónde se dirigen estos hombrecitos?»

Thor contestó con coraje: «Vamos hacia el Utgard en el Jötunheim.»

El Gigante dijo: «Pues si van en esa dirección, yo los puedo acompañar durante un trecho, me pueden llamar Skrymir.»

Thor habló con un tono enfadado pues no quería que se notara la existencia de alguna razón para tener susto del Gigante, así es que preguntó: «¿Tienes algo para desayunar?»

Skrymir contestó: «Sí, puedo darles algo para desayunar pero no quisiera detenerme ahora. Nos sentaremos tan pronto vuelva a tener hambre. Ahora vengan conmigo, pueden llevar mi alforja, adentro guardo las provisiones. Le pasó la alforja a Thor, quien se la echó a la espalda y sentó sobre ella a

Thialfi. El Gigante caminó y caminó, junto a Thor y Loki, quienes apenas lograban seguirle el paso, y recién al mediodía, el Gigante quiso detenerse para tomar el desayuno.

Habían llegado hasta un enorme árbol, debajo del cual se sentó Skrymir y dijo: «Antes de comer voy a dormir un poco, pero ustedes hombrecitos, pueden abrir mi alforja y servirse lo que quieran.»

Después de decir esto estiró su gran cuerpo y al rato Thor, Loki y el joven Thialfi, escucharon los mismos ruidos que los mantuvieron despiertos toda la noche anterior, ruidos como si se quejara el bosque y cayeran cataratas. ¡Eran los ronquidos de Skrymir!

Thor, Loki y el joven Thialfi tenían tanta hambre que ya no les molestó el tremendo ruido. Thor intentó abrir la alforja, pero encontró que los nudos no se desataban fácilmente. Luego lo intentó Loki pero a pesar de toda su astucia tampoco logró desatarlos. Entonces, Thor agarró la alforja e intentó romper los nudos con un golpe, pero tampoco lo logró y estaba tan furioso, que terminó lanzando la alforja lejos.

Los ronquidos de Skrymir se hicieron cada vez más fuertes hasta que Thor, rojo de ira, agarró el martillo Miölnir y le dio un solo golpe en la cabeza al Gigante dormido. El martillo lo golpeó muy fuerte pero Skrymir sólo se movió un poco y preguntó: «¿Me cayó una hoja en la cabeza?»

Luego se dio media vuelta y se volvió a dormir. Entonces Thor agarró su martillo y esperó un momento. Tan pronto el Gigante dio el primer ronquido

Thor le arrojó el martillo con fuerza en la frente, pero el Gigante abrió los ojos y preguntó: «¿Me cayó una bellota en la cabeza?»

El Gigante volvió a dormirse pero esta vez, Thor terriblemente indignado, se paró arriba de la cabeza de Skrymir, levantó el martillo con las dos manos y le dio un golpe en la frente con toda su fuerza. Era el golpe más fuerte que Thor hubiera dado.

Skyrnir se sentó y dijo: «Hay un pájaro que me está picoteando en la frente, es imposible dormir aquí, y ustedes hombrecitos ¿ya tomaron desayuno? Si me alcanzan mi alforja les daré algunas provisiones.

El joven Thialfi fue en busca de su alforja. El Gigante la abrió y repartió las provisiones entre Thor, Loki y el joven Thialfi. Pero Thor no quiso aceptar nada, con la rabia, se le había quitado el apetito, en cambio Loki y el joven Thialfi se devoraron su ración. Al terminar el desayuno, Skrymir se levantó y dijo: «Es hora de continuar el camino hacia el Utgard.»

Mientras caminaban, Skrymir se puso a conversar con Loki y le dijo: «Cada vez que voy al Utgard me siento tan pequeño, verás, yo soy un tipo pequeño y débil mientras que los habitantes de esa región son tan grandes y fuertes. Pero seguro que tú y tus amigos serán bienvenidos al Utgard, y seguro que se convertirán en buenas mascotas para ellos.»

Skyrmir se despidió de los tres viajeros y ellos continuaron su camino hacia el Utgard, la Ciudad de los Gigantes. En las calles se veían Gigantes caminando

por aquí y por allá. Loki notó que no eran tan grandes como les había hecho creer Skrymir.

Utgard era el Asgard de los Gigantes. Sin embargo, en sus construcciones no se podía hallar ni una línea de belleza como la de los palacios de los Dioses, el Gladsheim, o el Breidablik o Fensalir. Los edificios eran muy altos pero sin forma, parecían montañas o icebergs. ¡Qué maravilloso era el Asgard con su cúpula de azul profundo! ¡Sus espléndidas nubes amontonadas como montañas de diamantes! ¡El Asgard con su Puente del Arcoiris y sus rejas centellantes! ¡Oh, bello Asgard! ¿Será posible acaso, que un día, los Gigantes lo derriben?

Thor, Loki y el joven Thialfi se dirigieron al palacio del Rey confiando que el martillo que Thor llevaba consigo los protegería. Cruzaron entre filas de Gigantes guardianes hasta llegar al trono del Rey. El Gigante Rey dijo: «Reconocemos a Thor y a Loki. Sabemos que Thor ha venido hasta el Utgard para medir su fuerza contra los Gigantes. Mañana tendremos un torneo, en cambio hoy día tendremos una competencia para los jóvenes Gigantes. Tal vez quieran que el joven sirviente que los acompaña participe de esta competencia.»

Thialfi era el mejor corredor del Midgard, además durante todo el tiempo que llevaba acompañando a Thor y Loki, éstos lo habían entrenado en rapidez, de modo que Thialfi no sentía temor de correr contra los jóvenes Gigantes.

Entonces, el Rey llamó a un Gigante de nombre Hugi, lo puso al lado de Thialfi y ambos comenzaron a correr a la misma velocidad, incluso al poco rato Thialfi llevaba la delantera. Thor y Loki miraban ansiosos la carrera pues pensaban que sería muy bueno comenzar con un triunfo sobre los habitantes del Utgard, pero luego vieron a Hugi pasar corriendo a tanta velocidad que dejó a Thialfi muy atrás. Finalmente el joven Gigante alcanzó la meta antes que Thialfi.

Thialfi no podía comprender cómo había sido vencido, así es que pidió correr contra Hugi nuevamente. La pareja comenzó una nueva carrera, sin embargo ésta vez a Thor y a Loki, les pareció que Hugi no se había movido del lugar de partida, ya que tan pronto la carrera comenzó, Hugi ya había llegado devuelta. No se podían explicar lo que había sucedido.

Después, volvieron al palacio y el Gigante Rey junto a sus amigos convidaron a Thor y a Loki a cenar con ellos. El Rey dijo: «Mañana tendremos el torneo más importante: Asa Thor nos mostrará su poder. Quisiera saber si alguno de los Habitantes del Asgard, ha escuchado acerca del torneo: «¿Quién come más?» Podríamos competir en esta misma mesa si encontráramos a alguien que le hiciera el peso a nuestro Logi, quien es capaz de comer más que cualquiera del Jötunheim.»

Loki contestó: «Claro yo soy capaz de comer más que dos del Jötunheim. Yo le haré el peso a Logi.»

El Gigante Rey exclamó: «¡Muy bien! Esto será digno de ver.»

Los gigantes les pusieron puntaje a los platos de comida que se hallaban servidos en la mesa, cada plato estaba lleno con carne. En un costado se ubicó Loki y en el otro Logi, y comenzaron a comer al mismo tiempo. Cada vez que alguno terminaba de devorarse un plato, se acercaban más el uno al otro. Así los competidores fueron vaciando plato tras plato y Thor se quedó realmente sorprendido al ver todo lo que Loki era capaz de comer. También Logi por su lado iba dejando los platos vacíos. Hasta que finalmente Loki y Logi terminaron de comer con el puntaje de platos a cada lado. Loki entusiasmado le dijo al Rey: «¡No he sido vencido, tengo tantos platos limpios como Logi!»

Pero el Rey contestó: «Es verdad, sólo que no has logrado dejarlos tan limpios como Logi.»

Entonces Thor dijo: «Loki se comió toda la carne de los platos.»

El Rey respondió: «Pero Logi, se comió los huesos junto con la carne, ven a ver si no es cierto.»

Thor se acercó a los platos, los de Loki tenían huesos, en cambio los de Logi estaban limpiitos, había desaparecido la carne junto con los huesos.

Thor le dijo a Loki: «Hemos sido vencidos.»

Loki le dijo a Thor: «Mañana deberás mostrar toda tu fuerza, o los Gigantes no volverán a temer el poder de los Habitantes del Asgard.»

Thor le contestó: «No te preocupes, nadie en el Jötunheim podrá contra mí.»

Al día siguiente Thor y Loki llegaron al gran salón del Utgard. Allí se encontraba el Gigante Rey junto

a una tropa de amigos. Thor entró al Salón del Rey llevando el gran martillo Miölnir en sus manos. El Rey dijo: «Nuestros jóvenes han estado bebiendo de este cuerno, y quieren saber si tú, Asa Thor aceptas beber un trago matutino. Pero debo advertirte, que ellos creen que ninguno de los Ases es capaz de vaciar el cuerno de un solo trago.»

Thor contestó: «Pásenmelo, ¡todavía no existe el cuerno que Thor no sea capaz de vaciar de un solo trago!»

Entonces le trajeron un gran cuerno rebosante y chorreante. Thor le pasó el martillo Miölnir a Loki ordenándole no sacarle la vista de encima. Luego se llevó el cuerno a la boca y bebió y bebió. Thor quiso cerciorarse de que no quedaba ni una sola gota en el cuerno luego lo dejó en el suelo y exclamó. «¡Allí tienen, el cuerno gigante está vacío!»

Los Gigantes miraron adentro del cuerno y se largaron a reír.

El Gigante Rey dijo: «¡Ja, ja! Así es que vacío, mira bien Asa Thor, apenas bebiste hasta abajo del borde.»

Thor miró hacia adentro del cuerno y vio que no se había vaciado ni siquiera hasta la mitad. Enfurecido agarró el cuerno y bebió, bebió y bebió. Después comprobó que lo había vaciado y se alejó hasta el otro extremo del Salón. Uno de los Gigantes dijo: «Thor cree que vació el cuerno pero vengan amigos y observen todo lo que falta.»

Thor regresó y volvió a mirar dentro del cuerno. No se había vaciado ni siquiera la mitad y, cuando

se dio la vuelta, vio que todos los Gigantes se reían de él.

El Gigante Rey dijo: «Asa Thor, Asa Thor, no sabemos cómo te irá en la próxima hazaña pero ciertamente no eres capaz de beber más que un Gigante.»

Thor dijo desafiante: «Puedo levantar y volver a bajar a cualquiera de los presentes en esta habitación.»

Mientras decía esto un gran gato color de hierro entró al Salón y se detuvo ante Thor con su espalda levantada y su pelaje erizado.

El Rey Gigante contestó: «¡Entonces levanta al gato!»

Thor se acercó al gato determinado a levantarlo y lanzárselo a los Gigantes. Le puso las manos encima pero fue incapaz de levantarlo. Trató y trató, logró levantar la espalda encorvada hasta el techo, pero fue incapaz de despegarle las patas del piso y mientras lo intentaba con todas sus fuerzas escuchó los ataques de risa de los Gigantes. Entonces Thor se dio media vuelta, tenía una mirada que ardía de rabia y dijo: «Yo no acostumbro a levantar gatos. ¡Tráiganme alguien contra quien luchar y juro que venceré!»

El Rey dijo: «Aquí viene alguien contra quien puedes luchar.»

Thor se dio la vuelta y vio a una anciana que se acercaba cojeando, tenía unos ojos lagañosos y le faltaban algunos dientes. El Gigante Rey dijo: «Te presento a Ellie, mi vieja enfermera. Ella es quien hemos escogido para que te enfrente.»

Pero Thor contestó: «Thor no lucha contra viejas mujeres. En cambio quisiera luchar contra uno de los más grandes Gigantes.»

El Gigante Rey le dijo: «Ellie se dirige hacia ti y ahora es ella quien quiere luchar en tu contra.»

La vieja mujer cojeaba en dirección a Thor, con sus ojos brillantes ocultos bajo el flequillo canoso. Thor se sintió incapaz de moverse, mientras la bruja se le acercaba, luego la anciana le puso las manos encima de los hombros y le hizo una zancadilla. Thor trató de zafarse de ella, pero descubrió que sus manos y sus pies eran tan fuertes como estacas de hierro.

Así, comenzó una ardua lucha entre Thor y la arrugada vieja Ellie. Ambos lucharon por todo el salón, pero Thor no pudo doblegar a la vieja, ni para adelante ni para atrás. Al contrario, por su fuerte apretón fue perdiendo la fuerza y ella logró forzarlo hasta casi bajarlo al suelo. Thor se resistía a doblegarse frente a la anciana y lo único que logró fue dejarse caer en una rodilla sin soltar a la bruja del hombro. La vieja trató de forzarlo hasta el suelo pero no pudo. Finalmente se soltó y cojeando se alejó de Thor y salió del Salón.

Thor se levantó, agarró el martillo de las manos de Loki y sin decir ni una palabra se alejó del Salón en dirección a las puertas de la Ciudad de los Gigantes. Thor no volvió a hablar a Loki, ni al joven Thialfi, quienes caminaron junto a él, durante siete semanas cruzando el Jötunheim.



CÓMO THOR Y LOKI ENGAÑARON AL GIGANTE THRYM

Loki contó otra anécdota acerca de Thor, se trataba de Thor y Thrym, un estúpido Gigante, que gozaba de una pizca de ingenio. Loki y Thor habían estado en la casa del Gigante porque había hecho una fiesta para ellos, sin embargo Thor se había comportado muy distraído.

Después se alejaron del Jötunheim y Thor se dio cuenta que no llevaba consigo el martillo Miölnir, el martillo que ayudaría a los Dioses a defender el Asgard. Thor no recordaba cómo, ni dónde lo había perdido. Entonces Loki se acordó de Thrym, ese estúpido Gigante, que gozaba de una pizca de ingenio. Thor no sabía qué hacer pues había perdido el martillo que juró nunca perdería de vista.

Loki pensó que valía la pena volver donde Thrym y averiguar si él sabía algo, cruzó el Puente del Arcoiris

lo más rápido que pudo y pasó tan veloz que ni siquiera saludó a Heimdall. Loki no se atrevió a contarle la noticia de la pérdida a ninguno de los Habitantes del Asgard que se topó en el camino. Finalmente, llegó al palacio de Frigga y le dijo: «Debes prestarme tu traje de halcón para que vaya hasta la casa de Thrym y averigüe si sabe dónde está el martillo Miölnir.»

Frigga contestó: «¡Ante tamaña diligencia, te lo prestaría aunque cada pluma del traje fuera de oro puro!»

De modo que Loki se puso el traje de halcón y se fue volando al Jötunheim hasta la casa de Thrym. El Gigante se encontraba en una ladera poniéndole unos collares de oro y plata en el cuello a sus sabuesos. Loki vestido con su traje de halcón, se posó sobre una roca encima de él y lo observó con sus ojos de halcón.

Así pudo escuchar al Gigante decir: «Mis sabuesos, ahora les pongo estos collares de oro y plata, pero muy pronto los Gigantes obtendremos el oro del Asgard para engalanar nuestros sabuesos. Sí, incluso obtendremos el collar de Freya para ponérselo al mejor de mis sabuesos. Así será, ahora que tengo en mi poder el martillo Miölnir, el defensor del Asgard.»

Entonces Loki le dijo: «¡Oh Thrym! Sabemos que tienes el martillo Miölnir, y ahora tú haz de saber que estás bajo la atenta mirada de los Dioses.»

Thrym dijo sorprendido: «Ja, ¡Ahí estás Loki! ¡Muchas son tus apariencias! Por mucho que me observes no descubrirás dónde está el martillo de Thor. Lo enterré en lo más profundo de la tierra, si quieres

puedes buscarlo, está enterrado por debajo de la cueva de los Duendes.»

Loki preguntó: «Eh Thrym. ¿Así que es inútil que lo busquemos?»

Thrym contestó malhumorado: «Esa búsqueda será totalmente inútil.»

A lo que Loki preguntó: «Pero ¿qué recompensa esperas si es que tú mismo devuelves el martillo a los Habitantes del Asgard?»

Thrym contestó: «¡Ah, no! Astuto Loki, nunca lo devolveré, no me importan las recompensas.»

Loki dijo: «Yo que tú lo reconsideraría. ¿Cómo no va a haber algún tesoro, alguna pertenencia del Asgard que te convenga más? Por ejemplo, ¿el anillo de Odín o Skidbladnir, el bote de Frey?»

Entonces Thrym contestó: «No, no... hay algo que me interesa más que el martillo, y sería lo único que estoy dispuesto a aceptar de los habitantes del Asgard, a cambio del martillo Miölnir.»

Loki voló hasta Thrym y preguntó: «¿Y qué sería eso tan único?»

Thrym contestó: «A ella, a la que muchos Gigantes quisieran poseer, a Freya, para que se convierta en mi esposa.»

Loki se quedó observando atentamente a Thrym con su mirada de halcón y quedó convencido de que el Gigante no estaba dispuesto a obtener otra recompensa. Finalmente, Loki se decidió a partir de ahí, pero antes dijo: «Les diré a los Dioses del Asgard cuál es tu demanda.»

Mientras Loki volaba de regreso, pensaba que los Dioses jamás permitirían que Freya se convirtiera en la esposa de Thrym, el más estúpido de los Gigantes.

A su vuelta, todos los Dioses del Asgard ya se habían enterado de la pérdida del martillo Miölnir, el defensor del Asgard. Cuando Loki cruzó el Puente del Arcoiris, Heimdall le preguntó qué noticias traía, pero Loki no se detuvo para conversar con el Guardián del Puente, sino que se fue directo al Salón donde se encontraban los Dioses reunidos.

Loki les dio a conocer la demanda de Thrym a los Ases y a los Vanes. Ninguno permitiría que Freya se fuera a vivir al Jötunheim convertida en la esposa del más estúpido de los Gigantes. Todos en el Concilio quedaron profundamente abatidos. Pensaban que los Dioses ya no podrían volver a ayudar a los mortales porque tendrían que dedicarse con toda sus fuerzas sólo a defender el Asgard, ahora que ya no poseían el martillo Miölnir.

Los Dioses se quedaron sentados con aspecto abatido, sin embargo, el astuto Loki dijo: «Se me ocurre un truco para recuperar el martillo del estúpido Thrym. Pretendamos que aceptamos cambiar el martillo por Freya y pretendamos enviar a Freya al Jötunheim vestida de novia, pero en vez de Freya enviemos a uno de los Dioses disfrazado con su vestido.»

Los Dioses preguntaron: «Pero ¿te imaginas cuál de los Dioses haría algo tan vergonzoso?»

Loki contestó: «Pues aquél que lo perdió. Thor tiene que estar dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarlo.»

Los Ases y los Vanes exclamaron: «Sí, Thor. Thor tiene que estar dispuesto a arrebatarle el martillo a Thrym con este truco de Loki.» Después se pararon y dejaron que Loki convenciera a Thor de ir al Jötunheim vestido de novia.

De modo que Loki se retiró del Concilio y se fue en busca de Thor.

Loki dijo: «Mira Thor existe un modo para que puedas recuperar el martillo, ya discutimos un plan en el Concilio y se ha decidido que tú deberás llevarlo a cabo.»

Thor preguntó: «¿Cuál es ese plan? A mí no me importa de qué se trate pero por supuesto que estoy dispuesto a llevarlo a cabo.»

Loki se largó a reír y entre risas dijo: «Te llevaré al Jötunheim como una novia para Thrym. Irás vestido de novia, con el traje y el velo de Freya.»

Entonces Thor exclamó indignado: «¿Qué? ¡Yo vestido con ropas de mujer!»

«Sí, y con un velo en tu cabeza, adornado con una guirnalda de flores.»

¿Que yo, que yo lleve una guirnalda de flores?

«Y anillos en tus dedos, y un manojo de llaves colgando por un costado del cinto de tu cintura, como si fueras una dueña de casa.»

Entonces Thor contestó furioso: «¡Mira Loki sino terminas con las tonterías te voy a dar un solo sacudón!»

«No me estoy burlando. Realmente tendrás que vestirme de novia para recuperar el martillo Miölnir, el defensor del Asgard. Thrym no está dispuesto a recibir nada más a cambio, que a Freya. De modo que se me ocurrió burlarlo llevándote a ti, vestido de novia y con un velo en la cara. Cuando estés frente a él y te pregunte si quieres ser su esposa, le dirás que primero quieres el martillo en tus manos, cuando tengas el martillo en tu poder podrás luchar contra él y contra todo lo que lo rodea. ¡Yo iré contigo como dama de honor! ¡Oh, dulce dama Thor!»

Thor contestó: «Loki, planeaste esto sólo para divertirme a mi costa. ¡Yo, vestido con un traje de novia! ¡Yo, llevando un velo en mi cara! Así los Habitantes del Asgard nunca pararán de reírse de mí.»

Loki dijo: «Es cierto, pero piensa que de otro modo, nunca más habrá risa en el Asgard. Tienes que recuperar el martillo que por tu distracción olvidaste».

Entonces, Thor muy apesadumbrado contestó: «Eso es cierto, ¿crees que éste es el único modo de recuperar el Miölnir?»

Y el astuto Loki contestó: «Es el único modo.»

Así es que Thor y Loki se dirigieron al Jötunheim, a la casa de Thrym, pero primero mandaron a un mensajero que fuera avisarle a Thrym que Freya venía en camino junto a su dama de honor para que preparara la fiesta de bodas, reuniera a los invitados y buscara el martillo Miölnir y así realizaran el intercambio con los Habitantes del Asgard. Thrym y su

madre Gigante se apresuraron para alcanzar a tener todo dispuesto.

Thor y Loki llegaron a la casa del Gigante vestidos como una novia y su dama de honor. Thor llevaba en la cabeza un velo que cubría su barba y una mirada furiosa. Llevaba un manojo de llaves colgando del cinto rojo de su cintura, como si fuera una dueña de casa. Loki también llevaba un velo. El salón de la casa de Thrym había sido barrido y adornado con largas mesas preparadas para la fiesta. La madre de Thrym, se paseaba entre los invitados jactándose de que su hijo se casaría con una de las más bellas entre las Diosas del Asgard, Freya, a quien tantos Gigantes habían tratado de conquistar.

Tan pronto Thor y Loki aparecieron en el umbral, Thrym se acercó a ellos para darles la bienvenida y quiso levantar el velo de su novia para darle un beso, pero Loki rápidamente puso su mano en el hombro del Gigante y le susurró: «Thrym abstente, no levantes el velo de tu novia. Los Dioses del Asgard somos reservados y tímidos. Freya se sentiría ofendida de ser besada ante tantas personas.»

La vieja madre de Thrym dijo: «Oh, por supuesto. Hijo no levantes el velo de la novia. Los habitantes del Asgard son más refinados en sus modales que nosotros los Gigantes.» Luego la mujer tomó de la mano a Thor y lo condujo a la mesa.

Los invitados Gigantes no se sorprendieron del tamaño, ni de la cintura de la novia pero miraban fijamente a Thor y a Loki pues no podían ver ni sus

rostros, ni sus formas a través de los velos. Thor se sentó entre Thrym y Loki y comenzó la fiesta. Thor, sin darse cuenta que sus modales no correspondían a los de una dama refinada, se engulló ocho pedazos de salmón. Loki le dio un codazo y le pisó el pie, pero Thor no le prestó atención y después del salmón se engulló un buey.

Los Gigantes comenzaron a murmurar: «¡Estas damas del Asgard! Puede que sean refinadas como dice la madre de Thrym, eso sí que de muy buen apetito.»

Loki le dijo a Thrym: «Claro que la pobrecita tiene apetito, hace ocho días que partimos del Asgard y Freya no comió nada en el camino por la ansiedad que sentía de encontrarse con Thrym, y de venir hasta su casa.»

El Gigante exclamó: «Pobrecita, pobrecita, después de todo no es tanto lo que ha comido.»

Thor movió su cabeza en dirección al barril de hidromiel y Thrym ordenó que le trajeran de beber a su novia. Los sirvientes comenzaron a traerle varios vasos, pero Thor no se cansaba de beber y los Gigantes lo observaban. Mientras Loki le daba codazos y hacía señas con la cabeza, Thor se bebió tres barriles de hidromiel.

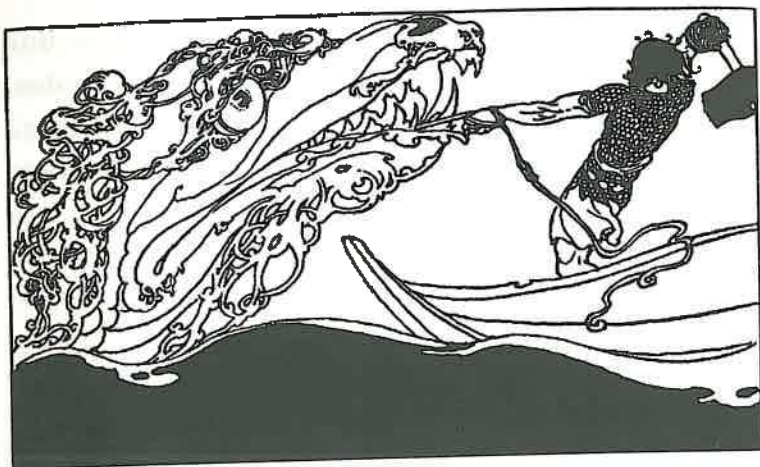
El Gigante le habló a su madre diciendo: «¡Ya no sentimos tanto el no haber ganado antes una novia del Asgard!»

A Thor se le movió un pedazo del velo y se le pudo ver los ojos por un instante, entonces Thrym preguntó: «¿Cómo puede ser que una novia eche fuego con la mirada?»

Loki contestó: «Claro que la pobrecita tiene una mirada de fuego, hace ocho noches que no puede dormir de la ansiedad que sentía de encontrarse contigo y de venir hasta tu casa. Pero ahora llega el momento de unirlos en matrimonio. Primero debes poner en su mano el martillo Miölnir para que ella se asegure del intercambio que significa su venida al Jötunheim.»

Entonces Thrym, el más estúpido de los Gigantes se levantó y fue en busca del martillo Miölnir, el defensor del Asgard. Cuando Thor vio el martillo casi no pudo permanecer sentado, quería saltar de su asiento para quitárselo al Gigante, pero Loki logró detenerlo. Thrym le trajo el martillo y se lo pasó a la que creía que era su novia. Thor agarró firme el mango de su martillo y se sacó el velo ante la sorpresa de todos. Luego dio un tremendo golpe en el muro del salón y el muro se derrumbó. Thor aprovechó el desastre para salir corriendo junto a Loki. El Salón quedó en ruinas entre las ruinas y los Gigantes bramaban adentro porque el techo y los muros les caían encima.

Así fue cómo el martillo Miölnir, el defensor del Asgard, fue perdido y más tarde recuperado.



LA FIESTA DE EGIR: CÓMO TRIUNFÓ THOR

Los Ases y los Vanes se encontraban reunidos en el salón de Egir, allí se entretuvieron toda la tarde escuchando las burlescas historias que Loki relataba acerca de Thor. Así llegó la noche y aún no se servía el banquete en honor a los Dioses, de modo que llamaron a los dos sirvientes de Egir: Fimaffenger y Elder, y les pidieron que trajeran la cena. La cena estuvo escuálida y los Dioses comentaban: «Seguro que esto se debe a los abundantes preparativos para la fiesta de mañana.»

Sin embargo, pasaron la mañana y el mediodía, y aún los Dioses no veían ningún preparativo para el banquete. Frey se levantó a buscar al Viejo Egir, el Gigante Rey del Mar. Lo encontró sentado cabizbajo en el salón interior y le dijo: «Hola Egir, ¿Qué

pasa con el banquete que has ofrecido en honor a los Habitantes del Asgard?»

El Viejo Egir murmuró mientras se acariciaba la barba, finalmente miró a su invitado a los ojos y le contó porqué el banquete aún no estaba listo. El Hidromiel no estaba aún preparado para la fiesta y no había cómo prepararlo ya que la bodega de Egir no contaba con suficiente Hidromiel para todos.

Cuando los Ases y los Vanes se enteraron, se sintieron penosamente decepcionados. ¿Quién podría celebrarles una fiesta afuera del Asgard? Egir era el único Gigante amistoso con ellos y ahora Egir no podía ofrecerles entretención.

Un joven Gigante que se encontraba en la fiesta habló diciendo: «Mi primo, el Gigante Hrymer, tiene un barril de Hidromiel que mide una milla. ¡Vaya que fiesta podríamos celebrar si lo pudiéramos traer hasta aquí!»

Frey dijo: «Uno de nosotros podría ir a buscarlo.»

El joven Gigante dijo: «Pero la casa de Hrymer se encuentra más allá del bosque profundo, detrás de la montaña más alta. Además Hrymer es muy violento y grosero.»

Frey insistió: «De todos modos debería ir uno de nosotros.»

Thor se levantó y exclamó decidido: «Yo iré a la casa de Hrymer y le quitaré el barril que mide una milla, ya sea por la fuerza o por la astucia.» Thor se sentía humillado con todas las historias que había contado Loki y ésta era una gran oportunidad para

lucir sus destrezas ante los Ases y los Vanes. Se abrochó el cinturón que aumentaba al doble su fuerza y se puso sus guantes de hierro para agarrar el martillo Miölnir con firmeza. Tomó el martillo entre sus manos y le hizo una señal al joven Gigante para que lo acompañara como un guía.

Mientras salía del Salón, los Ases y los Vanes se pusieron a aplaudir a Thor. En cambio Loki, el malvado, le lanzó una burla gritándole: «¡Novia de Thrym, cuidado con perder el Miölnir otra vez!»

El joven Gigante guió a Thor a través del bosque profundo y la montaña más alta, hasta que finalmente llegaron a la casa del Gigante Hrymer. Un poco antes de la casa de Hrymer, sobre una loma se hallaba un horrible guardián, era una bruja Gigante que tenía varias cabezas sobre sus hombros y se encontraba arrodillada, al mismo tiempo que sus cabezas, crecían como ramas y miraban en todas las direcciones. Al ver a Thor y al joven aproximarse, la bruja comenzó a emitir gritos y gemidos desde cada una de sus cabezas. Thor agarró su martillo dispuesto a mandarle un solo golpe a las cabezas, pero en ese momento salió de la casa una mujer Gigante haciendo señas de paz. El joven Gigante que se hallaba junto a Thor corrió a saludar a su madre.

Ella dijo: «Hijo, ven aquí, puedes traer a tu compañero de viaje.»

Mientras la bruja Gigante, madre de Hrymer, continuaba emitiendo gritos y latidos. Thor pasó por su lado y entró a la casa del Gigante.

La mujer se sintió muy atemorizada al darse cuenta que el compañero de viaje era de uno de los Habitantes del Asgard y exclamó: «¡Si Hrymer encuentra en su casa a uno de los Ases cuando vuelva, se pondrá furioso y luchará en su contra!»

A lo que Thor contestó: «¡Pero no tiene muchas posibilidades de vencer!» Luego agarró firme el martillo Miölnir con el que provocaba pavor a los Gigantes.

La mujer Gigante dijo: «De todos modos debes esconderte de él pues podría descargar su ira contra mi hijo.»

Thor contestó. «Yo no acostumbro a esconderme de los Gigantes.»

La mujer Gigante le rogó: «Por favor, escóndete un rato por lo menos hasta que Hrymer haya comido. Todos los días después de la caza vuelve muy enojado y es más llevadero una vez que ha devorado su cena, te lo ruego, escóndete hasta que haya comido.»

Finalmente Thor accedió, y se escondió junto al joven Gigante detrás de una columna en el salón. Tan pronto se escondieron, oyeron las estruendosas pisadas del Gigante, a medida que se aproximaba por el jardín. El Gigante Hrymer abrió la puerta, su barba parecía un bosque congelado alrededor de su boca. Traía arrastrando un toro salvaje que había cazado después de mucho perseguir y se sentía tan orgulloso de su presa que la arrastró hasta el Salón de su casa.

El Gigante exclamó orgulloso: «Lo he capturado vivo, el toro de cabeza y cachos poderosos. Este toro se lama «Rompe-cielo» y ningún otro Gigante es capaz de capturarlo. Luego Hrymer amarró el toro a

la perilla de la puerta y su mirada se dirigió a la columna detrás de la cual se escondían Thor y el joven Gigante. Pero la mirada del Gigante Hrymer a la columna fue tan intensa que provocó que la columna se partiera de arriba a abajo, y a medida que el Gigante se aproximó, la columna se desintegró, el travesaño que la sostenía se derrumbó y se cayeron las ollas y tinajas que se encontraban arriba de la viga, provocando un tremendo estruendo.

Thor salió de entre las ruinas y enfrentó al colérico Gigante. Agarró firme el martillo y dijo: «Amigo Hrymer, soy yo quien se encuentra aquí.»

El Gigante Hrymer, quien conocía a Thor y sabía de la fuerza de su martillo, retrocedió unos pasos y dijo: «Asa Thor, ahora que ya entraste a mi casa no voy a pelear contigo.» Luego se dirigió a la mujer Gigante y le dijo: «Mujer, prepara la cena para Asa Thor, para tu hijo y para mí.»

La mujer sirvió una cena abundante. Thor, el joven Gigante y Hrymer se sentaron frente a tres bueyes asados. Thor se comió un buey entero, Hrymer se comió casi dos y todas las sobras quedaron para la mujer y su hijo quienes refunfuñaban ante el apetito de Thor. El Gigante dijo: «Asa Thor si te quedas un tiempo junto a mí, me quedaré con los campos vacíos.»

Thor contestó: «No lloriquees Gigante Hrymer, mañana te prometo que iré de pesca y te traeré la misma medida de lo que hoy comí.»

Hrymer dijo: «Entonces mañana en vez de ir a cazar, yo también iré de pesca y no te asustes si te saco a pescar al mar embravecido.»

A la mañana Hrymer se levantó primero, tomó la caña y las cuerdas, y despertó a Thor diciéndole: «Asa Thor, ya es la hora de que comiences a ganarte tu comida.»

Thor se levantó de inmediato y, cuando ya se encontraban en el jardín, el Gigante le dijo: «Asa Thor, tendrás que buscarte una carnada y procura que sea suficientemente grande ya que te llevaré a un lugar donde no se puede hallar ningún pez pequeño. Te advierto por si nunca has visto monstruos que ahora los verás. No sabes cuánto me alegra que hayas propuesto salir de pesca.»

Entonces Thor preguntó: «¿Acaso estos cachos son suficientemente grandes?» Thor agarró los cachos del toro que Hrymer había traído a casa la noche anterior, el toro de cabeza y cachos poderosos llamado «Rompe-cielo» y preguntó. «¿Qué crees tú, es suficiente el tamaño de esta carnada?»

El Gigante contestó. «Sí, si es que eres capaz de levantarlos.»

Thor no contestó pero con el puño le dio un golpe al buey en el medio de la frente. El tremendo animal cayó al suelo. Thor le dio unas vueltas a la cabeza hasta que logró sacarla y exclamó: «¡Ya Hrymer! Tengo mi carnada y estoy listo para salir de pesca juntos.»

Hrymer se contuvo y disimuló la ira que le provocaba ver las proezas de las que Thor era capaz. En silencio bajó caminando hasta el bote y luego Hrymer dijo: «Si quieres puedes partir remando pero yo me haré cargo cuando entremos al mar bravo.»

Thor no dijo nada y comenzó a remar conduciendo el bote al medio del mar. Hrymer sentía mucha rabia de no poder lucirse más fuerte que Thor. Soltó su caña y se puso a pescar. Muy pronto sintió algo enorme en su anzuelo y el bote comenzó a mecerse hasta que Thor logró estabilizarlo. Hrymer recogió su hilo y había pescado la ballena más grande que habita en el mar.

Thor dijo: «Buena pesca,» y a continuación lanzó su carnada al mar.

Hrymer le contestó: «Esto es algo digno de ser narrado a los Ases ¿o no?, pensé que mientras estuvieras por aquí debía mostrarte algo más que salmones.»

Thor contestó: «Ahora me toca a mí probar suerte.»

Lanzó su carnada con la cabeza del poderoso buey y se hundió a lo más profundo del mar. Pasó entre las ballenas que nadaban y las ballenas sintieron temor de engullir los poderosos cachos. La carnada continuó hundiéndose hasta llegar cerca de la serpiente monstruosa que se enrolla alrededor del soporte del mundo. La carnada de Thor bajó hasta la serpiente que levantó la cabeza enrollada en su cuerpo y se la engulló con un sólo mordisco de sus fauces. Entonces la serpiente quedó desagradablemente sorprendida y en respuesta azotó el mar con su furia, por lo que el anzuelo se le quedó atascado. Con su fuerza hundía el bote de los que la habían pescado. Thor cruzó sus piernas sobre el bote y las apretó hasta sentir el mar por debajo, desde allí tiró y tiró de su caña, mientras la serpiente azotaba con tal fuerza el mar, que los

barcos del mundo fueron lanzados al aire, unos chocaban y otros naufragaban. La serpiente intentaba desenrollar su cuerpo enrollado en el mundo mientras Thor tiraba y tiraba. La serpiente logró levantar el bote en el que Hrymer iba sentado, mientras que Thor iba montado a horcajadas. Entonces, Thor dejó la caña, agarró el Miðlnir, su poderoso martillo, y lo levantó para golpear en la cabeza a la serpiente monstruosa que se enrolla alrededor del mundo. Pero Hrymer trató de impedirselo para que luego no hiciera alarde de sus proezas, de modo que cortó el hilo y la cabeza de la serpiente monstruosa se hundió en el mar. Thor levantó su martillo en el aire y lanzó el martillo que siempre volvía a sus manos. El martillo se hundió persiguiendo la cabeza hasta el fondo del mar y allí le asestó un buen golpe, pero no un golpe mortal como el que podría haberle dado sin el mar de por medio. Desde las profundidades del mar se escuchó un tremendo bramido, un bramido que aterrorizó a todo el mundo en el Jötunheim.

Thor dijo: «¡Esto sí que es algo para narrar a los Ases, algo que los hará olvidar las burlas de Loki!»

Sin decir una sola palabra, Hrymer dio una vuelta al bote y remó en dirección a la orilla, arrastrando la ballena por la estela. Estaba tan encolerizado de ver que uno de los Ases había logrado mayor proeza que él, que no quiso volver a hablar. Incluso se mantuvo en silencio durante la cena, en cambio Thor hablaba por dos, narrando los pormenores de su triunfo contra la serpiente monstruosa.

Finalmente, Hrymer dijo: «Asa Thor, te sientes muy poderoso, pero tengo duda de que seas tan poderoso, como para romper la copa que tienes al frente.»

Thor sostuvo la copa en el aire, se largó a reír y la lanzó hacia una de las columnas de piedra de la casa. La copa cayó al suelo sin quebrarse ni abollarse, en cambio la columna se hizo añicos con el golpe.

El Gigante se largó a reír y dijo: «¡Es que los Habitantes del Asgard son tan débiles!»

Thor volvió a sostener la copa y la arrojó con más fuerza contra otra de las columnas de piedra. Nuevamente la copa cayó al suelo sin quebrarse ni abollarse, en cambio la columna se desintegró.

Después Thor escuchó que la mujer, la madre del joven Gigante, cantaba suavemente mientras hacía rodar la rueca a su espalda:

*En lugar de la columna
Trata contra la dura,
Cabezota de Hrymer,
Cuando vuelvas a lanzar,
Apunta en la otra dirección.*

Thor volvió a sostener la copa, la lanzó pero no en dirección a la columna sino que esta vez, la dirigió contra la cabeza de Hrymer. La copa le pegó en la frente al Gigante, cayó al suelo y se hizo mil pedazos. En cambio la cabeza de Hrymer quedó intacta, sin quebrarse ni abollarse. Entonces el Gigante exclamó: «¡Ja, así que puedes romper la copa!, pero ¿acaso puedes levantar mi barril que mide una milla?»

Thor le contestó ansioso: «¡Muéstrame tu barril que mide una milla y yo intentaré levantarlo!»

Entonces el Gigante levantó el piso y le mostró el barril que mide una milla guardado en la bodega. Thor lo levantó lentamente como si hiciera un poderoso esfuerzo.

El Gigante dijo: «Puedes levantarlo pero ¿eres capaz de acarrearlo?»

Thor respondió: «Lo intentaré.» Luego levantó el barril y lo puso sobre su cabeza, después caminó hacia la puerta, y así salió de la casa sin que el Gigante lo alcanzara. Cuando estuvo afuera Thor se largó a correr sin parar hasta que había cruzado la montaña, allí recién miró hacia atrás, se escuchaban gritos y gruñidos y vio a la bruja Gigante con sus cabezas, lo seguía él. Thor siguió corriendo por la montaña y el valle con el barril de una milla sobre su cabeza, y la bruja Gigante persiguiéndolo. Corrió a través del bosque profundo pero aún lo perseguía la bruja de varias cabezas; hasta que finalmente, la bruja intentó saltar sobre un lago y terminó cayendo adentro, de modo que Thor se liberó de ella.

Thor volvió triunfante a reunirse con los Ases y los Vanes, cargando el barril que mide una milla con su cabeza. Todos los Dioses que se habían reído con las burlas de Loki, se pararon y vitorearon su nombre. Luego se sirvieron el Hidromiel y se armó la fiesta. Y así, se celebró el mejor y más alegre banquete que jamás hubo entre los Reyes Gigantes y los habitantes del Asgard.

En el banquete también se encontraba un ser desconocido y silencioso. Se trataba de un Gigante desconocido. Nadie conocía su nombre, ni su procedencia.

Cuando el banquete hubo finalizado, Odín el más Anciano entre los Dioses, se dirigió a este ser diciendo: «Oh, Skrymir, Rey Gigante del Utgard, ponte de pie para que Thor y Loki puedan escuchar lo que realmente sucedió cuando ellos fueron hasta tu Ciudad.»

El desconocido se puso de pie, de inmediato Thor y Loki lo reconocieron, se trataba del Rey Gigante del Salón en que se habían realizado los torneos en los que ambos habían sido vencidos. Skrymir se dirigió hacia ellos y dijo: «¡Oh Thor y Loki!, voy a revelarles cómo los engañé a ambos. El día antes de llegar al Utgard, me encontré con ustedes en el páramo, les dije que me llamaba Skrymir y traté de impedir por todos los medios, que pudieran entrar a nuestra Ciudad, porque los Gigantes estaban aterrorizados de enfrentarse con Asa Thor. Ahora escúchenme con atención. ¡Oh Thor! la alforja que te pasé con mis provisiones tenía atados unos nudos mágicos. Nadie puede desatarlo por mucho que ocupe su fuerza o su astucia. Mientras lo intentabas, puse una montaña de roca entre nosotros dos, por eso cuando me diste unos golpes con tu martillo no me golpeaste a mí realmente sino a la montaña, a la cual dejaste bien agrietada y con nuevos precipicios. Al ver la fuerza de tu martillo más temor sentí de tu entrada en la Ciudad.

De tal modo que para vencerte, tuve que burlarte con magia. Primero me burlé del joven Thialfi, ya

que no se trataba de un Gigante joven contra quien corría sino del Pensamiento mismo. Incluso me burlé de ti, ¡Oh Loki! ya que cuando trataste de comer más que nadie no te enfrentaste contra un Gigante sino contra el Fuego, que todo lo devora.

Y tú Thor, también fuiste burlado en todos los torneos. Después de beber del cuerno todos nos atemorizamos al ver cuánto podías tragar, ya que el cuerno terminaba en el mar. Incluso Egir que hoy se encuentra entre nosotros es testigo de cómo bajó el nivel del mar, después de que tú bebiste.

El gato que intentaste levantar se trataba del Nidhogg, el dragón que roe las raíces del Ygdrasil, el Árbol de los Árboles. Realmente nos aterrorizamos al ver que lograste mover al Nidhogg. Cuando lograste levantarlo hasta el techo de nuestro palacio nos dijimos: «¡Thor es el más poderoso de todos los seres que conocemos!»

Finalmente te enfrentaste a la bruja Ellie, su fuerza te puede haber parecido grandiosa y te sentiste desgraciado porque no podías contra ella. Pero haz de saber ¡Oh Thor!, que no se trataba de una vieja común, sino que de la fuerza de la Vejez misma y nos quedamos paralizados al ver que ella, quien puede superar a cualquiera, no fue capaz de dejarte postrado en el suelo.»

Así habló Skrymir y luego abandonó el Salón. Entonces otra vez los Ases y los Vanes se pusieron de pie y alabaron a Thor por ser el más fuerte de todos los que protegen el Asgard.



EL TESORO DE LOS DUENDES Y LA MALDICIÓN QUE LES ACARREÓ

Al finalizar la fiesta de Egir, todos los Ases y los Vanes se prepararon para volver al Asgard. Sólo dos de los Dioses se dirigieron en otra dirección, Odín el más Anciano entre los Dioses, y Loki el más malvado.

Loki y Odín dejaron de lado las fuerzas y los poderes espirituales que habían mantenido hasta entonces, ya que se dirigían al mundo de los Hombres, y querían ser iguales a ellos. Juntos atravesaron el Midgard mezclándose entre todo tipo de hombres: tanto granjeros como reyes, entre hombres perversos y correctos, guerreros y padres de familia, esclavos y cancilleres, hombres educados y otros de malos hábitos. Así llegaron un día a la ribera de un río correntoso, allí descansaron mientras escuchaban los golpes

de hierro contra hierro que provenían de algún lugar cercano.

En una roca en la mitad del río vieron que había una nutria, repentinamente la nutria se hundió en el agua y luego salió a la superficie con un salmón que había pescado y allí mismo se lo devoró. Entonces Odín vio que Loki hacía una maldad. Loki agarró una tremenda piedra y se la lanzó a la nutria. La piedra le golpeó el cráneo y la nutria cayó muerta por el golpe.

Odín preguntó angustiado: «Loki, Loki, ¿por qué has hecho algo tan malvado y absurdo?» Pero Loki sólo reía, después se tiró al agua y fue en busca del cadáver de la nutria. Odín volvió a preguntar: «Pero, ¿por qué has matado a esta criatura?»

Loki contestó: «Es la maldad en mí la que me hace actuar así.» Sacó su cuchillo y le hizo rasgaduras a la piel de la nutria hasta que logró despellejarla, luego le sacó la piel, la dobló y se la pegó a su cinturón. Más tarde Odín y Loki abandonaron este lugar a la orilla del río.

Odín y Loki continuaron su camino y llegaron hasta una casa, a su lado había un taller donde se hallaban dos herreros trabajando y desde allí provenían los golpes de hierro contra hierro. Odín y Loki entraron en la casa y pidieron comida y permiso para descansar.

Allí había un anciano cocinando pescado en el fuego. El anciano les señaló un escaño y dijo: «Aquí pueden descansar mientras tanto, y cuando el pescado

esté listo les daré algo rico para comer. Mi hijo es un buen pescador y acostumbra a traerme del mejor salmón.»

Odín y Loki se sentaron en el escaño mientras el anciano cocinero dijo: «Mi nombre es Hreidmar. Tengo dos hijos herreros que trabajan en el taller de afuera. También tengo otro hijo que se encarga de la pesca. ¿Y ustedes, viajeros? ¿Quiénes sois?»

Loki y Odín le inventaron unos nombres a Hreidmar pero no revelaron los nombres por los cuales se conocían en el Asgard y en el Midgard. Después Hreidmar les sirvió pescado y mientras ellos comían preguntó: «¿Qué aventuras habéis encontrado en vuestro viaje? Pasa tan poca gente por este camino que casi no me entero de aventuras.»

Mientras Loki aún se reía, contestó: «Yo maté una nutria de un solo piedrazo.»

Hreidmar exclamó: «¡Tú mataste una nutria! ¿Dónde sucedió?»

Loki contestó: «¿Y qué te importa a ti anciano adónde sucedió? De todos modos su piel es muy útil y la llevo en mi cinturón.»

Hreidmar le arrebató a Loki la piel de nutria de su cinturón y tan pronto tuvo la piel delante de sus ojos comenzó a gritar como un loco: «¡Fafnir, Regin, hijos míos! ¡Vengan aquí junto a sus ayudantes! ¡Vengan, vengan!»

Odín preguntó: «Anciano, ¿Por qué gritas angustiado?»

El anciano contestó: «¡Porque habéis asesinado a mi hijo Otter! ¡Esta piel en mis manos pertenece a mi hijo!»

Mientras Hreidmar decía esto entraron sus dos hijos llevando en sus manos los martillos de herreros, y más atrás venían sus ayudantes. El anciano dijo:

«¡Oh Fafnir y Regin tendrán que matar a estos hombres con los martillos! ¡Estos hombres asesinaron a Otter, quien acostumbraba a quedarse en el río! Otter a quién convertí con un hechizo, en una criatura de río y así pescaba para nosotros.»

Odín exclamó: «Paz. Al parecer nosotros hemos dado muerte a vuestro hijo pero no sabíamos de quien se trataba. Te daremos una recompensa por la muerte de vuestro hijo.»

Hreidmar miró a Odín con sus pequeños ojos punzantes y preguntó: «¿Qué clase de recompensa podrían darme?»

Entonces Odín, el Más Anciano entre los Dioses pronunció palabras indignas para su sabiduría y poder. Debió haber sido algo así: «Yo te traeré un sorbo del agua de la fuente de Mimir como recompensa por la muerte de tu hijo.» Pero en vez de pensar en sabiduría, Odín, el Padre de los Dioses pensó en oro y dijo: «Pon un precio por la vida de tu hijo y te pagaremos el precio con oro.»

Hreidmar contestó. «Tal vez vosotros sois nobles reyes que van de viaje por el mundo. Si es así tendrán que encontrar tanto oro, como pelos hay en esta piel de quien habéis asesinado.»

Odín pensó dónde podía encontrar tanto oro y recordó un tesoro escondido y protegido por un Duende. No existe otro tesoro en los nueve mundos que satisfaga la recompensa que demanda Hreidmar y mientras pensaba en este tesoro y en cómo podían obtenerlo se sintió profundamente avergonzado.

Odín le preguntó a Loki: «¿Conoces algo acerca del tesoro escondido de Andvari?»

Loki contestó seriamente: «Se de él y se donde está escondido. Odín ¿me das licencia para partir en la búsqueda del tesoro escondido de Andvari?»

Odín le habló a Hreidmar: «Me quedaré contigo como rehén, si le permites ir en búsqueda del tesoro que cubrirá la piel de Otter, pelo por pelo.»

El anciano Hreidmar contestó con sus astutos ojos punzantes: «Permitiré que así sea. Ve ahora.» Entonces Loki se alejó de la casa del anciano.

En los tiempos primigenios, Andvari el Duende, había conquistado para sí mismo los más grandes tesoros de los nueve mundos. Para protegerlos sin cansarse se transformó en un pez, en un sollo, que acostumbraba a nadar en el agua que rodeaba la cueva donde se escondía el tesoro.

Todos en el Asgard conocían acerca del Duende guardián de su tesoro escondido, y se decía que este tesoro contenía algún maleficio por lo que era mejor no vincularse con él. Pero ahora Odín había dado su palabra de que el tesoro le sería arrebatado al Duende. Loki se fue feliz en su búsqueda, así llegó hasta la poza que rodeaba la cueva y esperó para ver señas

del pez. De pronto divisó el sollo nadando cautelosamente delante de la cueva.

Loki tendría que pescar el sollo y sostenerlo hasta que entregara el tesoro como rescate. Mientras lo observaba, el sollo se dio cuenta de su presencia. De repente el sollo se sumergió en el agua y nadó fuertemente con la corriente.

Loki no logró pescar al pez ni con sus manos ni con ningún anzuelo.

¿Cómo podía agarrarlo? Sólo con una red tejida con magia y se le ocurrió adónde podía conseguir una Red Mágica.

Ran, la esposa del viejo Egir, el Rey Gigante del Mar, tenía una red tejida con magia. En ella arrastraba todo aquello que naufragaba en el mar. Loki se acordó de esta red, así que caminó en dirección al Salón de Egir para preguntarle a la Reina pero Ran no solía quedarse en el palacio y en ese momento se encontraba abajo entre las rocas del mar.

Encontró a Ran, la helada Reina, parada en la corriente del mar, sacando con su red, tesoros que habían sido lavados en las profundidades del mar. Había hecho un montón con todas las piezas que había extraído: corales, ámbares, pedacitos de oro y plata. En ese momento continuaba echando ávidamente su red al mar.

Loki le dijo: «Esposa de Egir, tú me conoces.»

La Reina Ran contestó: «Sí que te conozco Loki.»

Loki le pidió: «Préstame tu red.»

Y ella contestó: «Eso sí que no lo haré.»

Loki dijo: «Préstame tu red para que pueda pescar a Andvari el Duende, quien se vanagloria de tener el tesoro más espléndido, como tú jamás podrás sacar del mar.»

La helada Reina del mar dejó de echar su red al mar y se quedó mirando a Loki fijamente. Sí, si se trataba de pescar a Andvari, claro que ella podía prestarle su red.

Ran odiaba a todos los Duendes, pues solían decirle que eran dueños de muchos mejores tesoros que los que ella extraía del mar. Pero a Andvari, lo odiaba aún más ya que era el dueño del mejor tesoro de los nueve planetas.

La Reina Ran dijo: «Ya no hay nada más que pescar aquí. Loki, te presto mi red ahora, si prometes devolvérmela mañana.»

Loki exclamó: «¡Oh Reina de Egir! Te prometo en nombre de las chispas del Muspelheim, que mañana sin falta, tendrás devuelta tu red.» Entonces la Reina Ran le puso a Loki la red en las manos y él volvió hasta el lugar donde el Duende, transformado en pez, protegía su tesoro.

La poza donde nadaba el sollo era bastante oscura pero a él le parecía que brillaba por la luz de su poderoso tesoro. Sólo por cuidar su tesoro había dejado atrás la compañía de los demás Duendes y el goce de trabajar sus destrezas. Por su tesoro, el Duende Andvari había asumido el mudo y sordo mundo de un pez.

Mientras el pez nadaba delante de la cueva notó una sombra encima de él, así es que comenzó a nadar en dirección hacia la orilla del río y mientras daba la vuelta sintió la red que se hundía cerca, de modo que intentó nadar más profundo pero quedó envuelto entre la malla de la Red Mágica.

Repentinamente el pez se halló fuera del agua, abandonado al aire, jadeando en la orilla. El duende Andvari se hubiera muerto sino hubiera deshecho el hechizo. De pronto, Andvari apareció en la forma de un Duende y escuchó que su captor decía: «¡Ahora te tengo! ¡Uno de los Ases te acaba de atrapar!»

Entonces comprendió: «Loki.»

Loki le dijo: «¡Estás preso y así te quedarás! Es la voluntad de los Ases que me entregues el tesoro escondido.»

El Duende gritó: «¡Mi tesoro, mi tesoro! ¡Nunca te daré mi tesoro!»

Loki contestó: «Te retendré hasta que me lo entregues.»

Andvari gritó: «¡Injusticia, injusticia! Sólo tú Loki puedes ser tan injusto. Iré al trono de Odín y le contaré todo, para que te castigue por intentar el robo de mi tesoro.»

Loki contestó: «Pero si ha sido el mismo Odín quién me ha encomendado que lleve devuelta el tesoro.»

«¿Acaso son todos los Dioses injustos? ¡Ah sí! En un comienzo los Dioses también engañaron al Gigante que construyó el muro alrededor de su Ciudad. ¡Los Ases son injustos!»

Loki tenía en su poder a Andvari. Después que el Duende se hubo desquitado en su contra y lo hubo desafiado, incluso atormentado, finalmente temblando de rabia y con su rostro bañado de lágrimas, Andvari lo llevó hasta la cueva y moviendo a un lado una roca le mostró el tremendo montón de oro y joyas que era su tesoro.

De inmediato, Loki comenzó a reunir en la Red Mágica montones, lingotes y brazaletes de oro, con gemas de rubíes, zafiros y esmeraldas. Loki notó que Andvari arrebatava algo del montón pero disimuló haberlo visto. Finalmente, Loki había logrado reunir todo en la red y se levantó listo para llevarse lejos el tesoro del Duende.

Loki dijo: «Andvari hay algo que me falta. ¿Será el anillo que sacaste del montón?»

El Duende contestó: «¡No he sacado nada!» Se sacudió con rabia, hizo rechinar sus dientes y le salió espuma de su boca. «¡No he sacado nada del montón!»

Pero Loki levantó los brazos del Duende y, al suelo cayó el anillo que Andvari se había escondido en la axila.

Se trataba de la joya más hermosa de todo el montón. Si Andvari se la hubiera dejado, habría permanecido convencido de poseer un tesoro, ya que el anillo hacía oro por sí mismo. El anillo estaba hecho de oro refinado y llevaba tallada la Runa del Poder.

Loki tomó el precioso anillo y se lo puso en el dedo. Entonces el Duende le gritó maldiciones mientras lo apuntaba con sus pulgares:

*El anillo que lleva
La Runa del Poder
Te hará perder la fortuna
Te llenará de maldad
¡A ti, Oh Loki! y a todo aquél
Que el anillo que protegí
Ansía poseer.*

Mientras Andvari pronunciaba esta maldición, Loki vio un ser que se levantaba sobre la cueva y se movía hacia él y mientras este ser se le aproximaba la reconoció: era Gulveig, una mujer Gigante que había estado alguna vez en el Asgard.

En los tiempos primigenios, cuando los Dioses recién habían llegado a instalarse en la montaña sagrada, antes de la construcción del Asgard, llegaron tres Gigantas a visitar a los Ases. Después de su estadía entre los Ases, la vida de los Dioses cambió. Por primera vez los Dioses pensaron en la guerra. Odín arrojó su lanza hacia los mensajeros que venían de los Vanes, y así apareció la guerra en el mundo.

Las tres Gigantas fueron expulsadas del Asgard y se hizo la paz con los Vanes. En el Asgard comenzaron a cosecharse las manzanas de la juventud eterna. Y así se logró frenar la ambición por el oro. Sin embargo, nunca más los Ases fueron tan felices como antes de la llegada de estas tres Gigantas.

Gulveig era una de estas Gigantas que había estropeado la antigua felicidad de los Dioses. Ahora Loki la veía sobre la cueva en la que Andvari había escon-

dido su tesoro y mientras se le aproximaba con una sonrisa en el rostro, le dijo: «Vaya, vaya Loki, nos volvemos a encontrar. Ahora Odín que te mandó hasta esta cueva, también volverá a encontrarse conmigo. Tranquilo Loki, iré como tu mensajero para avisarle a Odín que llevarás el tesoro escondido de Andvari.»

Hablando de este modo, siempre con una sonrisa en el rostro, Gulveig salió de la cueva con pasos veloces y livianos. Loki anudó las puntas de la Red Mágica y también partió, llevándose consigo todos los tesoros.

Odín, el Más Anciano entre los Dioses, estaba de pie apoyado en su lanza, mientras contemplaba la piel de nutria extendida ante sus pies. Alguien se le aproximó sigilosamente. Odín levantó la vista y vio que Gulveig se acercaba con pasos veloces y festivos. Gulveig, quien junto a sus dos compañeras habían estropeado la felicidad de los Dioses.

Odín levantó su lanza para apuntarle.

Pero ella dijo: «¡Baja esa lanza Odín! Por largo tiempo he habitado en la cueva del Duende; hasta que finalmente has faltado a tu promesa y me has liberado. He venido hasta aquí por la maldición que ha recaído sobre el anillo de Andvari. ¡Baja esa lanza y mírame!, ¡Oh el Más Anciano de los Dioses! Me expulsaste del Asgard, pero faltaste a tu promesa, y ahora vuelvo a ti. Odín y Loki, los dos han faltado a la promesa y serán capaces de entrar al Asgard cargados de oro, entonces también yo Gulveig, soy libre de entrar cuando quiera.»

Odín bajó la lanza, dio un gran suspiro y dijo: «Estás en lo correcto Gulveig; ya no puedo prohibirte la entrada al Asgard. Debería haber pensado en entregar al hombre, el Hidromiel de Kvasir o el agua de la fuente de Mimir antes que este oro como recompensa.»

Mientras Odín y Gulveig hablaban, Loki entró a la casa de Hreidmar y dejó en el piso la Red Mágica. El viejo Hreidmar con sus ojos punzantes, su robusto hijo Fafnir y Regin el hermano enjuto y hambriento, se acercaron a mirar el oro y las gemas que brillaban a través de la malla. Los hombres comenzaron a empujarse para mirar mejor el oro. Entonces Hreidmar gritó: «Nadie más que estos dos reyes y yo podemos estar aquí. Debemos pesar el oro y las gemas para comprobar si es suficiente esta recompensa. ¡Salgan hijos míos, salgan de aquí!»

Tuvieron que sacar de la casa a la fuerza a Fafnir y a Regin. Los hermanos salieron lentamente junto a Gulveig quién salió susurrándoles algo al oído.

El viejo Hreidmar estiró con sus manos temblorosas la piel de nutria que cubría a su hijo, estiró las orejas, la cola y las garras para que pudieran ver cada pelo de la piel y aún arrodillado dijo: «¡Oh Reyes, empiecen a cubrir con las gemas y el oro, cada pelo en la piel que era de mi hijo!»

Odín, de pie apoyado en su lanza, miraba el oro y las gemas que iban saliendo. Loki tomó los montones de oro y joyas, los lingotes y brazaletes; tomó las gemas: los rubíes, las esmeraldas y los zafiros, y

comenzó a ubicarlos encima de cada pelo. Pronto quedó cubierta la mitad de la piel. Luego Odín ubicó las gemas y el oro encima de las garras y la cola. La piel de la nutria quedó tan brillante que parecía que podría haber iluminado el mundo, sin embargo, Loki continuó buscando otro pelo para ubicar una gema o un pedazo de oro.

Finalmente, Loki se puso de pie. Había sacado de la red cada una de las gemas y cada uno de los pedazos de oro, y había cubierto cada pelo de la piel de la nutria con una gema o un pedazo de oro.

El viejo Hreidmar continuaba agachado sobre la piel buscando cada pelo por si quedaba uno solo que no tuviera su tesoro encima.

Finalmente, Hreidmar también quiso levantarse, tenía la boca abierta pero no podía decir nada y tocó a Odín en las rodillas. Entonces Odín se agachó y Hreidmar le mostró un pelo sobre el labio que aún no estaba cubierto.

Loki se dio vuelta y le preguntó al hombre: «Pero ¿qué haces?»

«No he sido recompensado aún. Mira aquí todavía hay un pelo que no está cubierto. No se pueden ir hasta que cada uno de los pelos esté cubierto con oro o gemas.»

Loki contestó molesto: «Paz, viejo, te hemos entregado todo el tesoro escondido de Andvari.»

Hreidmar volvió a decir: «No se pueden ir hasta que cada uno de los pelos esté cubierto con oro o gemas.»

Loki contestó: «Pero no hay más oro ni gemas.»

Hreidmar se levantó y gritó: «¡Entonces no podéis partir!»

Era verdad. Odín y Loki habían prometido no abandonar la casa hasta dejar plenamente recompensado al viejo. ¿Dónde podían ir los Ases a buscar más oro?»

Entonces Odín vio el brillante anillo de oro en el dedo de Loki: era el anillo que había protegido Andvari. Odín dijo: «Tu anillo, pon el anillo sobre el pelo sin cubrir en la piel de la nutria.»

Loki se sacó el anillo tallado con la Runa del Poder y lo puso sobre el pelo en el labio de la piel de la nutria. Luego Hreidmar se puso a aplaudir y a gritar eufórico. El gran Fafnir y el enjuto Regin entraron junto a Gulveig, se pararon alrededor de la piel del hijo y hermano que brillaba en oro y gemas. Pero se miraban más entre ellos de lo que miraban la brillante piel y las miradas entre Fafnir, Regin y su padre se convirtieron en miradas asesinas.

Después de la fiesta de Egir, todos los Ases y los Vanes: Frey y Freya; Frigga, Iduna y Sif; Tyr con su espada y Thor con su carruaje conducido por cabras, se dirigieron al Bifröst, el Puente del Arcoiris. Detrás iba Loki, y más atrás iba Odín, el Padre de los Dioses. Caminaba despacio y cabizbajo porque sabía que más atrás lo seguía una visita inoportuna: Gulveig, quien en el pasado había sido expulsada del Asgard y ahora los Dioses ya no podían impedir su retorno.



TERCERA PARTE

EL CORAZÓN DE LA BRUJA



EL MAL PRESENTIMIENTO DEL ASGARD

Todo lo que sucedió después de los eventos ya narrados es una vergüenza para los Dioses, y los hombres casi no podemos hablar sobre ello. Gulveig, la bruja llegó hasta el Asgard ya que Heimdall no podía prohibirle la entrada. Gulveig entró al Salón de los Dioses y se sentó entre ellos, caminaba por el Asgard con una sonrisa en sus labios pero su sonrisa dejaba una estela de Inquietud y Mal Presentimiento.

Bragi, el Poeta y su esposa, la noble y generosa Iduna, quien cuidaba de las manzanas que mantenían jóvenes a los Habitantes del Asgard, eran los que más lamentaron esta Inquietud y el Mal Presentimiento. Bragi ya no continuó contando el cuento que nunca terminaba. Un día Iduna decidió alejarse al Ygdrassil, el Árbol del Mundo, porque se sentía sobrepasada por el temor y el Mal Presentimiento

que invadía el Asgard. De modo que Iduna abandonó las manzanas que mantenían jóvenes a los Ases y los Vanes.

Los Habitantes del Asgard quedaron consternados. La fuerza y la belleza se alejaron de ellos. Thor incluso tenía dificultad para levantar el gran martillo Miölnir, y la piel, bajo el collar de Freya, perdió su radiante blancura. Sin embargo, la bruja Gulveig continuaba caminado por el Asgard con una sonrisa en sus labios, sin importarle el odio que todos sentían por ella. Odín y Frey se fueron a buscar a Iduna, y podrían haberla traído devuelta sin dificultad, si es que Frey hubiese tenido con él, la espada mágica que dio en trueque por Gerda. En su búsqueda Frey se tuvo que enfrentar con el guardián del lago donde Iduna se había escondido. Beli se llamaba su oponente, quien lo enfrentó con un arma construida con cornamentas de ciervo. ¡Ah!, pero no fue hasta mucho después de esto, que Frey realmente lamentó la pérdida de su espada. Fue cuando los Jinetes del Muspelheim atacaron el Asgard, y los Vanes que podrían haber vencido, no pudieron porque faltaba la espada mágica de Frey.

Finalmente, Odín y Frey encontraron a Iduna y la trajeron devuelta, sin embargo en el Asgard aún se sentía la Inquietud y el Mal Presentimiento. Además se supo que la bruja Gulveig estaba transformando los pensamientos de los Dioses.

De modo que Odín tuvo que juzgar a Gulveig. Odín, el Padre de Todos, la juzgó y la sentenció a

morir. Sólo Gugnir, la lanza de Odín podía ocasionarle la muerte ya que Gulveig, no era de la raza de los mortales.

Odín le atravesó la lanza a Gulveig, pero ella continuó sonriendo a los Dioses. Odín volvió a atravesarle la lanza y la bruja no se desvaneció aunque estaba realmente pálida. Odín volvió a atravesarle la lanza una tercera vez y la bruja dio un grito que estremeció todo el Asgard, hasta que cayó al suelo muerta.

Odín dijo: «¡He cometido un asesinato aquí donde matar está prohibido! Recojan el cuerpo de Gulveig y quémelo en los terraplenes afuera del Asgard para que no quede rastro de la bruja que tanto daño nos causó.»

Los Dioses salieron hasta los terraplenes, encendieron la pila y lanzaron a la bruja adentro, después llamaron a Hraesvelgur para que encendiera el fuego:

*Hraesvelgur es el Gigante,
Sentado en los límites del cielo,
Bajo la apariencia de un águila.
El viento en la tierra,
Se dice que se forma,
Con el batir de la punta de sus alas.*

Loki se encontraba lejos cuando todo esto sucedía. A menudo solía alejarse del Asgard y en sus viajes cuidaba los maravillosos tesoros que le había arrebatado al Duende Andvari. Era Gulveig la que lo había hechizado y ahora no podía olvidar los tesoros. Al

volver al Asgard y enterarse de todo lo sucedido se encolerizó. Loki era un ser que se dejaba dominar por la presencia y los susurros de la bruja Gulveig. Ella transformaba los pensamientos de Loki, de tal modo que él comenzó a odiar a los Dioses. Loki fue hasta el lugar donde habían quemado a Gulveig y encontró su cuerpo hecho cenizas. Sin embargo, las llamas no habían devorado su corazón y el rabioso Loki tomó el corazón y se lo comió. ¡Oh!, negro y tenebroso se puso el Asgard, el día en que Loki se comió el corazón que las mismas llamas no se devoraron.



LOKI, EL TRAIADOR

Loki le robó el vestido de plumas de halcón a Freya y luego se alejó del Asgard volando como un halcón. Mientras volaba por los confines de los Gigantes, Loki fue despertando en su interior la rabia y la ferocidad de un halcón. Las cumbres y los abismos de esa tierra tenebrosa hicieron que su espíritu ardiera como el fuego. Loki experimentaba alegría al ver los remolinos y las montañas humeantes. Ascendió a las alturas hasta que logró ver las llamas del Muspelheim en dirección al Sur. Después se remontó tan alto que logró divisar con su vista de halcón, el resplandor de la espada flameante de Surtur. Algún día, todo el fuego del Muspelheim y la tenebrosidad del Jötunheim, se enfrentarían contra el Asgard y el Midgard. Loki ya no se sintió desanimado al pensar en las ruinas del bello Asgard ni en las ruinas del futuro del Midgard.

Loki revoloteó alrededor de una de las casas del Jötunheim. ¿Por qué había llegado a esta casa? Porque había divisado a dos mujeres que vivían allí y su rabia en contra de los Ases y los Vanes, era tal que le agradó la fealdad y la maldad de estas mujeres.

De modo que Loki planeó alrededor de la casa de las Gigantas. La puerta de entrada se encontraba abierta así es que pudo mirar hacia el interior. Allí se encontraba Gerriöd, el Gigante más salvaje de todos y agachadas a su lado estaban sus dos horribles y malvadas hijas: Gialp y Greip.

Estas Gigantas eran grandes y corpulentas, negras y rudas. Tenían dientes de caballo, además sus cabellos parecían crin de caballo. Gialp era la más horrible, (si es que se puede decir que una era más horrible que la otra), pero Gialp era realmente muy narigona y además turnia.

¿De qué hablaban mientras se sentaban rascándose una a otra? Hablaban del Asgard y de cómo odiaban a sus habitantes. Al que más odiaban era a Thor y hablaban de cómo les gustaría hacerlo sufrir.

Gerriöd, el Gigante dijo: «¡Yo mantendría a Thor encadenado y lo golpearía hasta matarlo con mi garrote de hierro!»

Greip por su parte añadió: «¡Yo le trituraría los huesos hasta convertirlos en polvo!»

Gialp agregó: «¡Y yo le sacaría la carne de sus huesos! Padre, ¿puedes atrapar a Thor y traerlo vivo para nosotras?»

«No, no podré atraparlo mientras Thor tenga en su poder el martillo Miölnir, los guantes con los que agarra el martillo y el cinturón que le dobla la fuerza.»

Gialp y Greip contestaron al unísono: «¡Si pudiéramos atraparlo sin su martillo, ni su cinturón, ni sus guantes!»

Entonces las Gigantas vieron al halcón revoloteando frente a la puerta y como tenían ganas de atormentar a alguien, no encontraron nada mejor que perseguirlo.

Desde el lugar donde se hallaban sentadas y sin siquiera moverse, llamaron al niño Glapp quien se estaba columpiando en el árbol-techo y le pidieron que saliera a cazar al halcón. Oculto entre las grandes hojas, el niño Glapp trepó la enredadera que rodeaba la puerta de entrada de la casa. El halcón se aproximó revoloteando y Glapp lo agarró del ala. El halcón intentó levantar vuelo pero volvió a caer por el peso de Glapp. El niño Glapp gritaba y se defendía de los golpes, rasguñones y roturas que le provocaba el aleteo, las garras y el pico del halcón.

Gerriöd, Greip y Gialp salieron corriendo detrás hasta que atraparon al halcón. El Gigante observaba la criatura atentamente mientras lo sostenía entre sus manos y supo que no se trataba de un ave. Por sus ojos, reconoció que se trataba de algún habitante del Alfheim o del Asgard, así es que el Gigante agarró al halcón y lo encerró dentro de una caja hasta que hablara.

Después Geirröd le dio unos golpecitos a la tapa y cuando abrió la caja, Loki ya estaba dispuesto a hablar. El Gigante y sus hijas se alegraron tanto de tener atrapado a un habitante del Asgard que durante días se sonreían entre ellas maliciosamente. Durante este tiempo dejaron a Loki encerrado en la caja sin darle nada de comer.

Cuando volvieron a abrir la caja, Loki les habló diciéndoles que estaba dispuesto a hacerle daño a cualquiera de los Habitantes del Asgard que ellos quisieran, a cambio de que lo dejaran partir.

Greip preguntó: «¿Serías capaz de traer a Thor ante nosotros?»

Gialp insistió: «¿Serías capaz de traer ante nosotros a Thor, sin su martillo, ni los guantes con que agarra su martillo, ni su cinturón?»

Loki contestó: «Si me dejan partir les traeré a Thor. Es muy fácil engañar a Thor y sin problema puedo traerlo sin su martillo, ni sus guantes, ni su cinturón.»

El Gigante contestó: «Loki te dejaremos partir si es que juras por la tenebrosidad del Jötunheim que traerás a Thor hasta aquí.»

Loki juró por la tenebrosidad del Jötunheim que así lo haría y añadió: «¡Sí, y también lo juro por el fuego del Muspelheim!»

El Gigante y sus hijas lo liberaron y Loki regresó volando al Asgard.

Loki le devolvió a Frigga su vestido de halcón. Todos los Dioses lo culpaban por haberlo robado, sin embargo, lo perdonaron después de que él contó

cómo había sido encerrado sin comida en la casa de Gerriöd. Loki disimulaba la rabia y el odio que sentía por los Dioses desde el momento en que se comió el corazón de Gulveig, y hablaba igual que siempre con los Habitantes del Asgard.

Loki habló con Thor acerca de las aventuras que vivieron juntos en el Jötunheim, ahora Thor estallaba de la risa al acordarse de la vez que se disfrazó de la novia del Gigante Thrym, para recuperar su martillo.

De este modo, Loki persuadió a Thor de hacer un nuevo viaje al Jötunheim y le dijo: «Quisiera contarte que es lo que vi cuando estuve en la casa de Gerriöd: ¡Vi el cabello de tu esposa Sif!»

Thor repitió sorprendido: «¡El cabello de mi esposa Sif!»

Loki dijo: «Sí, el cabello que hace un tiempo le corté a tu esposa Sif. Gerriöd descubrió donde lo tenía escondido y ahora usa el cabello de Sif para iluminar su Salón. ¡En realidad así ni siquiera necesitan antorchas!»

Thor respondió: «Eso me gustaría verlo.»

Loki replicó: «Entonces hazle una visita a Gerriöd. Claro que si quieres visitarlo, tendrás que ir hasta su casa sin el martillo Miölnir, ni tus guantes, ni tu cinturón.»

Thor preguntó: «¿Dónde podré guardar el martillo Miölnir, mis guantes y mi cinturón?»

El astuto Loki contestó: «Guárdalos en el Valaskjalf, la casa de Odín. Déjalos allí y vamos a la casa de Gerriöd, seguro que serás bien recibido.»

Thor habló con decisión: «Sí, dejaré mis cosas en el Valaskjalf e iré contigo a la casa de Gerriöd.»

Thor dejó su martillo, sus guantes y su cinturón en el Valaskjalf y juntos, se fueron en dirección al Jötunheim. Faltaba poco para terminar el viaje cuando llegaron ante un gran río y comenzaron a vadearlo junto a un joven Gigante que se encontraron en el camino. De repente, el río creció, Loki y el joven Gigante se hundían pero Thor alcanzó a agarrarlos. El río crecía y su caudal se hacía feroz. Thor se plantó con sus pies firmes en el fondo y así evitó que la corriente se lo llevara junto a sus dos compañeros. Thor tuvo que luchar mucho para cruzar mientras sostenía a Loki y al joven Gigante. En la orilla crecía un fresno y logró sostenerse en sus ramas mientras los dos compañeros se agarraban firmemente a Thor. La corriente creció más aún, pero Thor logró llevar a Loki y al joven Gigante hasta la orilla, y después se trepó al árbol.

Thor se enfureció al contemplar el panorama desde arriba. Había una Giganta que causaba la inundación. Así es que Thor tomó una roca de la orilla y se la lanzó, la roca le dio tal golpe que la Giganta se cayó al caudal, allí tuvo que luchar para salir del agua y luego se alejó refunfuñando. Esta Giganta era Gialp, la horrible y malvada hija de Gerriöd.

El joven Gigante, a quien Thor ayudó con la crecida del río, los invitó a visitar a su madre Grid quien vivía en una cueva en la ladera. Loki de ningún modo quiso ir y se enfureció al escuchar que Thor iría, pues

al ver que el joven Gigante era amistoso Thor quiso ir a visitar la casa de su madre Grid.

Loki dijo: «Está bien, anda, pero yo te estaré esperando en la casa de Gerriöd, así es que apresúrate.» Luego Loki se quedó mirando mientras Thor se alejaba hacia la cueva de Grid, esperó allí hasta que vio a Thor devuelta, caminando hacia la casa de Gerriöd. Loki vio que Thor entraba en la casa donde él pensaba que la muerte lo esperaba. Luego, como si se hubiera enloquecido por lo que había hecho, con un aspecto demacrado, Loki comenzó a correr como un avestruz por el campo.

Grid, la anciana Giganta, estaba sentada en el suelo de la cueva, moliendo maíz entre dos piedras. Su hijo entró junto a Thor y ella preguntó:

«¿Quién es? ¡Uno de los Ases! ¡Asa Thor! ¡Cuál de los Gigantes saldrá herido ahora?»

Thor contestó: «Anciana Grid, no voy a herir a ningún Gigante. Mirame, no ando con mi poderoso martillo Miölnir, ni mi cinturón, ni mis guantes de hierro.»

«¿Entonces qué estás haciendo en el Jötunheim?»

«Anciana Grid, voy a la casa de un Gigante amistoso, se trata de Gerriöd.»

«¡Gerriöd un Gigante amistoso! ¡Asa Thor, haz perdido el juicio! Hijo mío, éste que te salvó de la crecida del río, ha perdido el juicio.»

El joven Gigante dijo: «Oh madre, cuéntale acerca del Gigante Gerriöd.»

«¡Asa Thor no vayas a esa casa, no vayas a esa casa!»

«He dado mi palabra, ahora sería una cobardía no cumplirla sólo porque una vieja sentada en una piedra de molino me cuenta que se trata de una trampa.»

«Asa Thor yo te voy a dar algo que te ayudará. Tienes suerte de que sea una maestra en el arte de la magia. Toma este palo y llévatelo. Este es un palo del poder y te ayudará a cambio del Miölnir.»

«Está bien vieja dama, lo aceptaré porque me lo ofreces amablemente. Me llevaré este palo roñoso.»

«Además llévate estos mitones, te servirán a cambio de tus guantes de hierro.»

«Está bien vieja dama, los aceptaré porque me lo ofreces amablemente. Me llevaré estos mitones roñosos.»

«Además llévate esta cuerda. Te servirá a cambio de tu cinturón de fuerza.»

«Está bien vieja dama, lo aceptaré porque me lo ofreces amablemente. Me llevaré este hilito gastado.»

«¡Qué bien por ti Asa Thor, que yo sea una maestra en el arte de la magia!»

Thor se puso el hilito gastado alrededor de la cintura y mientras se lo ponía se dio cuenta que Grid, la anciana Giganta, era realmente una maestra en el arte de la magia, ya que, de inmediato, sintió que su fuerza aumentaba del mismo modo que cuando se ponía su propio cinturón, además se puso los mitones y se llevó en la mano el palo que ella le dio.

De modo que Thor se alejó de la cueva de Grid, la anciana Giganta y se dirigió a la casa de Geirröd pero Loki no estaba allí. Entonces Thor comenzó a

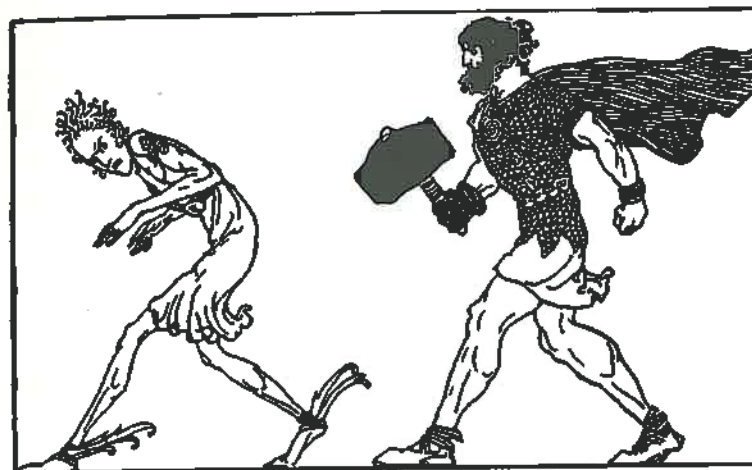
sospechar que tal vez era cierto lo que la anciana Grid le había anticipado y había caído en una trampa.

No había nadie en el Salón, así es que Thor se dirigió a una gran habitación de piedra donde había un gran sillón de piedra, como tampoco allí encontró a nadie decidió esperar sentado en el sillón.

Tan pronto Thor se sentó, el sillón salió volando y se hubiera incrustado en el techo de piedra, de no ser por el palo que sostenía en la mano. La fuerza del palo junto con la del hilito que llevaba amarrado en su cintura era tan grande, que logró empujar el sillón con fuerza hacia abajo y se golpeó contra el suelo. Entonces se escucharon horribles gritos que provenían por debajo del sillón, así es que Thor levantó el sillón y vio dos horribles cuerpos aplastados. Las hijas del Gigante, Gialp y Greip, se habían escondido debajo del sillón para observar la muerte de Thor, sin embargo, la piedra que debía aplastar a Thor en el techo finalmente las había aplastado a ellas en el suelo.

Thor se alejó de allí a paso rápido, mordiendo con fuerza sus dientes y regresó al Salón, allí ardía un tremendo fuego y a su lado se encontraba Geirröd, el Gigante de brazos largos. El Gigante sostenía unas tenazas que había puesto al fuego. Tan pronto vio a Thor entrar al Salón, el Gigante comenzó a lanzarle a la cara grandes pedazos de hierro candente pero Thor logró desviarlos gracias a los guantes que le había entregado la anciana Grid. Rápidamente Thor desvió el hierro contra el Gigante, los pedazos le dieron en la frente y lo quemaron.

Geirröd se quemó entero, además el hierro caliente comenzó a quemar todo a su alrededor. Finalmente Thor volvió a la cueva de Grid para devolverle el hilito, los guantes y el palo de fuerza que ella le había pasado. Desde allí, Thor pudo ver que la casa del Gigante se había incendiado completamente y eran tan altas las llamas que parecían rodeados del fuego del Muspelheim.



LOKI CONTRA LOS ASES

Los Ases eran los invitados de los Vanes. Los Habitantes del Asgard se habían reunido en el palacio de Frey para celebrar amistosamente. Allí se encontraban: Odín y Tyr, Vidar y Vali, Niörd, Frey, Heimdall y Bragi. También estaban reunidas las Diosas: Frigga, Freya, Iduna, Gerda, Skadi, Sif y Nanna. Thor y Loki no estaban presentes en la fiesta porque habían salido afuera del Asgard.

En el palacio de Frey los vasos eran de brillante oro, iluminaban la mesa y ofrendaban a los comensales llenándose espontáneamente a sí mismos. Había paz y amistad en la fiesta hasta que Loki apareció en ella.

Frey le dio una sonrisa de bienvenida y le mostró un escaño para que se sentara junto a Bragi y Freya.

Sin embargo, Loki no quiso sentarse sino que se puso a gritar a toda boca: «¡No me sentaré junto a Bragi! ¡No me sentaré junto a Bragi, el más cobarde de todos los Habitantes del Asgard!»

Bragi dio un salto al escuchar tal ofensa, pero su esposa, la bondadosa Iduna, lo aquietó. Freya se dio media vuelta y retó a Loki por ofender con su comportamiento.

Loki le contestó: «Ah Freya, ¿Por qué no fuiste tan bondadosa cuando Hödur aún estaba contigo? ¿No hubiera sido bueno haber sido mejor esposa en vez de haberlo perdido por ansiar el collar de una Giganta?»

Grande fue la sorpresa de todos los Dioses ante tan amargas palabras y miradas de Loki. Tyr y Niörd se pararon de sus asientos, entonces se escuchó la voz de Odín y todos se quedaron quietos para escuchar las palabras del Padre de Todos.

Odín dijo: «¡Oh, Loki! Siéntate junto a Vidar, mi hijo silencioso y deja callada esa lengua que derrama amargura.»

Loki respondió: «Todos los Ases y los Vanes escuchan tus palabras como si ellas siempre fuesen sabias y justas. Pero ¿por qué olvidamos que tú trajiste la guerra al mundo, al lanzar tu lanza a los enviados de los Vanes? ¿No me permitiste trabajar astutamente en contra de aquél que nos construyó el muro del Asgard? ¿Por qué no hablas Odín? ¡Qué ahora te oigan todos los Ases y los Vanes! ¿Y no fuiste tú, quién pensó en oro en vez de sabiduría, al entregar una recompensa, y de ese modo liberaste a la bruja Gulveig

de la cueva donde se encontraba junto a los Duen-des del tesoro? ¡Oh Odín, no siempre has actuado en forma sabia o justa! Y, sin embargo, nosotros te hemos escuchado, en esta mesa, como si así siempre lo hicieras.»

Luego, Skadi, la esposa de Niörd le lanzó una amenaza a Loki hablando con toda la fiereza de la que una Giganta es capaz: «¿Por qué no nos levantamos y expulsamos del Salón a este cuervo parlanchín?»

Loki contestó: «Skadi, recuerda que la recompensa por la muerte de tu padre aún no ha sido pagada y tú en cambio estás tan contenta de haberte arrebatado un marido. ¿Recuerdas quién mató a tu Gigante padre? Fui yo, Loki y no te he cobrado recompensa a pesar de que ahora puedes vivir con nosotros en el Asgard.»

Después, Loki miró fijamente a Frey, el dueño de casa y todos supieron que estaba dispuesto a enrostrarle algunas de sus amargas palabras. Pero Tyr, el valiente hombre de la espada, se levantó y dijo: «¡Oh Loki, no te atrevas a hablar en contra de Frey! Frey es generoso, es el único entre nosotros capaz de perdonar al vencido y liberar al cautivo.»

Loki dijo: «¡Oh Tyr, mejor te callas! Recuerda que perderás esa mano con la que tanto orgullo sostienes tu espada. Recuerda bien lo que digo, en los días venideros.»

Luego, Loki se dirigió a Frey diciéndole: «No de-sean escuchar la verdad acerca de ti, sólo porque tú eres el dueño de esta fiesta. Pero no seré sobornado

por una fiesta. ¿No fuiste tú quién envió a Skirnir a la casa de Gymer para engañar a su traviesa hija? ¿No sobornaste a Skirnir para que la asustara y de ese modo se casara contigo, aquél que los hombres llaman el asesino de su hermano? Sí, Frey, y él te pidió un precio por esto: la espada mágica, que deberías guardar para la batalla final. Tú has causado gran dolor al reunirte con Beli en el lago.»

Al escuchar esto, todos los Dioses se levantaron y miraron amenazantes a Loki.

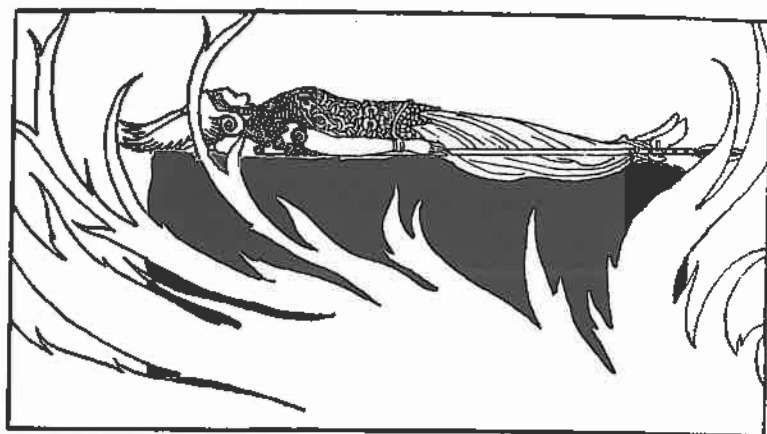
Loki espetó: «Sí. Los Ases defenderán el Asgard en la última batalla contra el Jötunheim y el Muspelheim y le tocaba a Frey ser el primero o el último en la llanura del Vigard. Pero la batalla para defender el Asgard ya está perdida, porque Frey dio en trueque el arma que se le entregó para que nos defendiera, a cambio de la Giganta Gerda. ¡Ahora Surtur triunfará sobre ustedes por culpa del encantamiento de Frey!»

Todos miraron horrorizados a Loki por ser capaz de alejarse con el triunfo de Surtur. Entonces Odín habló, justo cuando los Dioses se hallaban dispuestos a ponerle las manos encima. En ese momento alguien apareció en la entrada del Salón: era Thor, con su martillo en el hombro, con las manos enfundadas en sus guantes de hierro y su cinturón de fuerza alrededor de la cintura. Thor miró a Loki con rabia y gritó: «¡Loki, traidor! Planeaste dejarme muerto en la casa de Geirröd, pero ahora sí que conocerás la muerte por el golpe de mi martillo.»

Mientras levantaba con ambas manos el martillo Miölnir se escuchó la voz de Odín: «Hijo, Thor. Que no venga la muerte aquí a este Salón. Suelta el martillo.»

Loki salió del Salón de la fiesta temblando por la furia en la mirada de Thor. Loki se alejó del muro del Asgard y cruzó el Bifröst, el Puente del Arcoiris. Y Loki maldijo el Bifröst, y ansió el día en que el ejército del Muspelheim lo haría añicos en su paso contra el Asgard.

Al Este del Midgard, había un lugar de mucha maldad, mayor aún que cualquier región del Jötunheim. Se trataba de Jarnvid, el Bosque de Hierro. Allí habitaban las brujas más hediondas y pestilentes de todas las brujas. Una reina las gobernaba, una bruja con muchos hijos que tenían la forma de lobos. Dos de sus hijos eran Skoll y Hati, que perseguían al Sol y a Mani, la Luna. Tenía un tercer hijo llamado Managarm, el lobo que se llenaría con la sangre del hombre, el que se comería la Luna y desparramaría sangre en el cielo y en la tierra. Loki se hizo camino en dirección a Jarnvid, el Bosque de Hierro, allí se casó con Angerboda, una de las brujas y tuvieron varios hijos deformes. Los hijos de Loki se convertirían en los más acérrimos enemigos de los Ases y los Vanes en el Ocaso de los Dioses.



LA VALKIRIA

Odín preparaba un ejército para defender, en el futuro, el Asgard, y pelear contra los guerreros del Muspelheim, los Gigantes y los malvados poderes del sub-mundo. Su ejército no era de Dioses, sino que eran huestes conformadas por la raza de los mortales, héroes escogidos entre los hombres muertos en el campo de batalla del Midgard.

Para escoger a los héroes, y para dar victoria a aquellos que deseaba, Odín contaba con las doncellas guerreras que se enfrentaban en los campos de batalla. Estas guerreras eran hermosas y no le temían a nada; también eran sabias ya que Odín les había enseñado las Runas de la Sabiduría. Se llamaban Valkirias, las que escogen entre los hombres muertos. En el Asgard se les llamaba Einherjar, a aquellos que eran escogidos entre los hombres muertos en el

campo. Para ellos Odín preparó un gran Salón, se llamaba Valhalla, el Salón de los Muertos. El Valhalla tenía quinientas cuarenta puertas y por cada puerta podían pasar ochocientos Héroes. Todos los días los Héroes se ponían su armadura, descolgaban sus armas del muro y salían a pelear entre ellos. Tan pronto alguno se hería, sanaba rápidamente y así, en amistad y paz, se sentaban en la fiesta que Odín les preparaba en su honor. Odín también se sentaba junto a sus Héroes bebiendo vino pero no comía carne.

Los Héroes comían la carne del jabalí Saehrimnir: cada día lo volvían a matar para luego cocinarlo y cada mañana el jabalí revivía completamente. Para beber tenían la leche de la cabra Heidrun, la cabra que se alimentaba de las hojas del árbol Laeradir. Los acompañaban las Valkirias, las sabias y valientes doncellas guerreras, que se encargaban de mantener llenos sus cuernos con el fuerte brebaje.

La más joven de las doncellas guerreras se llamaba Brunilda. A pesar de su juventud, Odín, el Padre de Todos, le había enseñado a ella, mucho más que a sus demás hermanas acerca de las Runas de la Sabiduría. Cuando llegó el momento en que Brunilda se dispuso para descender al Midgard, Odín le regaló un vestido de plumas de cisnes tal como antes lo hizo con las tres hermanas Valkirias: Alvit; Olrun y Hladgrun.

La joven doncella voló, vestida con su deslumbrante traje de plumas de cisnes, y descendió del Asgard sin dirigirse aún al campo de batalla. Había agua a su

alrededor y mientras esperaba la voluntad de Odín, el Padre de Todos, buscó un lago que tenía arena do-
rada en la orilla y entró al agua como una doncella. Cerca de este lago vivía Agnar, un joven Héroe. Un día mientras Agnar se encontraba tendido en la orilla, vio a un cisne de deslumbrante plumaje descender en el agua, y entre los juncos, vio que se sacaba el vestido de plumas de cisne y se transformaba en una doncella. Tan resplandeciente era su cabello, tan fuertes y delicados sus movimientos, que supo que se trataba de una de las doncellas guerreras de Odín, una de las doncellas que dan la victoria y escogen entre los hombres muertos en el campo de batalla. Agnar era muy atrevido y se convenció de que debía capturar a la doncella a pesar de saber que Odín se enojaría.

Agnar escondió el vestido de plumas de cisne que ella había dejado entre los juncos para que cuando saliera del agua no pudiera alejarse volando.

Finalmente, Agnar le devolvió el vestido de plumas de cisne a la doncella, a cambio de que ella prometiera convertirse en su doncella guerrera.

Mientras hablaban, la doncella reconoció que se trataba de uno de los Héroes que lucharía a favor del Asgard. Agnar era valiente y noble. De modo que Brunilda aceptó ser su doncella guerrera; le enseñó mucho de lo que ella sabía acerca de las Runas de la Sabiduría, le enseñó que la última esperanza de Odín, el Padre de Todos, dependía del coraje de los Héroes de la tierra, le enseñó que Odín iba a defender

el Asgard con la ayuda de los muertos escogidos quienes serían sus Héroes.

Brunilda siempre estaba entre los guerreros de Agnar. En el campo de batalla se cernía contra los enemigos, con su resplandeciente cabello y su radiante vestido de guerrera eclipsando las flechas, espadas y escudos de los combatientes.

Pero el Rey de barba gris Helmgunnar le declaró la guerra a Agnar. Odín favoreció al Rey de barba gris, y a él le prometió la victoria. Brunilda conocía la voluntad del Anciano Padre y sin embargo, ella le dio la victoria a Agnar y no a Helmgunnar.

De este modo, Brunilda quedó condenada, en el instante en que actuó en contra de la voluntad de Odín. Nunca más podría volver al Asgard, se convirtió en una doncella mortal y las Nornas comenzaron a hilar el hilo de su destino mortal.

Odín, el Padre de Todos, sufría al ver que la más sabia de sus doncellas guerreras no podría volver al Asgard, ni caminar entre los escaños, en la fiesta de sus Héroes, en el Valhalla. Odín descendió montado en su corcel Sleipner hasta donde se hallaba Brunilda y cuando la encontró, fue él quien se presentó cabizbajo, y no ella.

Ahora Brunilda sabía que el Mundo de los Hombres tendría que pagar un alto precio para que el Asgard pudiera reunir los combatientes que necesitaba para la última batalla. Los hombres más valientes y nobles eran sacados del Midgard para completar las filas de los Héroes de Odín. Brunilda tenía su

corazón lleno de ira contra los Dioses del Asgard y ya no le importaba pertenecer a ellos.

Odín se quedó mirando a su resuelta doncella guerrera y le preguntó: «Brunilda ¿Hay alguna cosa que desees que te conceda en tu vida mortal?»

Brunilda contestó: «No tengo deseos, solo que en mi vida mortal no me interesa ningún hombre que sienta temor, solo seré la esposa del Héroe más valiente del mundo.»

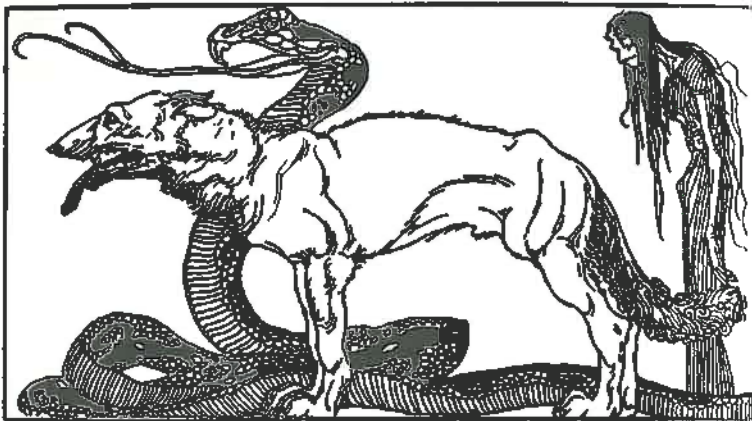
El Anciano Padre asintió con la cabeza y dijo: «Será como dices; sólo aquel que no conoce el miedo podrá acercarse a ti.»

En la cima de la montaña llamada Hindfell, Odín hizo construir un Salón que miraba hacia el Sur. Lo construyeron diez Duendes usando piedra negra. Cuando el Salón estuvo terminado lo rodeó con un muro de montañas y un círculo de fuego.

Odín, el Padre de Todos, hizo algo más, sacó una espina del Árbol del Sueño y con ella pinchó la piel de la doncella guerrera. Luego tomó en sus brazos a Brunilda, quien llevaba puesto su casco y su cota de malla, y se llevó a la Valkiria a través del muro de montañas y el círculo de fuego. La dejó tendida sobre la cama que había en el diván. Odín dejó a Brunilda adormecida, hasta el día en que el Héroe, que no conoce el miedo, atravesara las llamas para despertarla a la vida mortal.

Odín se despidió de ella y se alejó cabalgando en su corcel Sleipner en dirección al Asgard. Odín no podía predecir el destino mortal de Brunilda, sin

embargo, el fuego que había dejado rodeó las montañas y el Salón que los Duendes habían construido. Durante muchos años el fuego constituyó una cerca para Brunilda, la Valkiria que dormía tendida en su interior.



LOS NIÑOS DE LOKI

Los hijos de Loki y la bruja Angerboda no se parecían a los hijos de los hombres. Ellos carecían de una forma fija, eran como el agua, el aire o el fuego, y podían transformarse según su inclinación.

Los Habitantes del Asgard supieron del nacimiento de estos poderes del mal y pidieron que tomaran alguna de sus formas para conocerlos. Los hijos de Loki debían presentarse ante ellos en el Asgard y para esto mandaron un mensajero al Jarnvid, el Bosque de Hierro. El mensajero debía pedir a Loki que trajera ante los Dioses a los poderes nacidos de él y de la bruja Angerboda. De modo que Loki regresó una vez más al Asgard, y sus hijos se mostraron según su inclinación, para que los Dioses los conocieran. El primero de ellos, se inclinaba a la destrucción y se mostró en la forma de un temible Lobo que se

llamaba Fenrir. El segundo, se inclinaba por la lenta destrucción y se mostró en la forma de una Serpiente que se llamaba Jörmungand. El tercero, se inclinaba por marchitar la vida, también adquirió una forma definida y al verla los Dioses se asustaron mucho. Tenía la forma de una mujer, que a un lado estaba viva y en el otro era un cadáver. El miedo se apoderó del Asgard al revelarse esta forma y su nombre, se llamaba Hela.

Hela fue lanzada lejos de la vista de los Dioses. Odín la tomó y la lanzó lejos, hasta las profundidades del mundo. La mandó al Niflheim, allí se apoderó de las nueve regiones. Hela reinó en la región más baja. Su salón se llamaba Elvidnir, estaba rodeado de altos muros y lisas rejas. Precipicio se llamaba el umbral del salón, Hambre era la mesa que había en su interior, Lecho de Enfermo era su cama y Angustia Quemante era el colgante de la habitación.

Thor agarró con sus manos a Jörmungand y la arrojó al océano que envuelve a la tierra, sin embargo, en las profundidades del mar ella prosperó y creció y creció, hasta que logró rodear todo el mundo. Los hombres la conocían como la Serpiente Midgard.

El Lobo Fenrir no podía ser alcanzado por ninguno de los Ases. Temeroso se paseó por el Asgard, y los Ases finalmente lograron que se fuera, prometiéndole a cambio toda la comida que era capaz de comer.

Los Ases se encogieron, de tanto alimentar a Fenrir. Entonces Tyr, el valiente de la espada, se ofreció para llevarle comida hasta la guarida del lobo.

Todos los días Tyr le llevaba abundantes provisiones y lo alimentaba con la punta de su espada. El lobo crecía y crecía, hasta convertirse en un monstruo terrorífico para los habitantes del Asgard.

Finalmente los Dioses decidieron en un Concilio que Fenrir debía ser atado. Laeding se llamó la cadena con la que lo ataron. La fabricaron los Dioses en su propia herrería y pesaba más que el martillo de Thor.

Pero los Dioses no tuvieron la fuerza para amarrarle la cadena a Fenrir, así es que tuvieron que mandar a Skirnir, el sirviente de Frey, para que lo entretuviera mientras lograban encadenarlo. Skirnir llegó hasta su guarida, se quedó parado cerca y se sintió diminuto en comparación con el monstruoso tamaño del Lobo.

Skirnir preguntó: «¡Oye Todopoderoso! ¿Qué tan fuerte eres? Puedes romper esta cadena sin mucho esfuerzo? Los Dioses intentan probarte.»

Con desprecio Fenrir miró hacia abajo y vio la cadena que Skirnir arrastraba, incluso se dejó amarrar con la cadena Laeding y luego casi sin esfuerzo alguno, el Lobo se estiró y partió la cadena en dos.

Los Dioses miraban consternados, después fueron a buscar más hierro y con poderosos fuegos y grandes martillos volvieron a fraguar otra cadena, ésta se llamó Dormí y era el doble más fuerte de lo que era Laeding. Skirnir el audaz, arrastró la cadena Dormí hasta la guarida del Lobo y nuevamente con desprecio Fenrir permitió que lo amarraran.

Luego, Fenrir se sacudió, pero la cadena seguía intacta, entonces con ojos furiosos el Lobo se estiró gruñendo y refunfuñando hasta que Dormí se partió en dos pedazos y Fenrir se quedó mirando funestamente a Skirnir.

Los Dioses se dieron cuenta que no serían capaces de fabricar una cadena para amarrar a Fenrir y sintieron más miedo por él. Nuevamente se reunieron en un Concilio y recordaron los maravillosos trabajos que los Duendes les habían fabricado: la lanza Gugnir, el bote Skidbladnir, el martillo Miölnir. ¿Podrían los Duendes fabricar unas cadenas para amarrar a Fenrir? A cambio de este trabajo los Dioses regalaron más dominios a los Duendes.

Skirnir bajó hasta el Svartheim con un mensaje del Asgard. El Duende Jefe se llenó de orgullo al pensar que ellos debían fabricar la cadena para amarrar a Fenrir y exclamó: «¡Nosotros los Duendes podemos fabricar la cadena para amarrar al Lobo! La haremos de seis cosas.»

Skirnir preguntó: «¿Cuáles son estas seis cosas?»

«Las raíces de las piedras, el aliento de un pez, las barbas de una mujer, el ruido de las pisadas de un gato, los tendones de un oso, la saliva de un pájaro.»

«Yo nunca he escuchado que el gato haga ruido al pisar, ni he visto las raíces de una piedra, ni las barbas de una mujer. Pero ¡Oh Ayudantes de los Dioses! Usad lo que necesitéis.»

El Duende Jefe reunió las seis cosas y los Duendes trabajaron en la herrería durante días y noches,

hasta que finalmente forjaron una cadena que se llamó Gleipnir, era tan suave y lisa como una hebra de seda. Skirnir la llevó al Asgard y se la pasó en las manos a los Dioses.

Entonces llegó el día, en que los Dioses volvieron a intentar dejar a Fenrir amarrado con la cadena pero querían dejarlo amarrado lejos del Asgard así es que se dirigieron a Lyngvi, una isla donde los Dioses acostumbraban ir a hacer deportes.

Fenrir gruñó que iría con ellos y al llegar a la isla comenzó a hacer deportes en un modo terrible, entonces, como si fuera a continuar practicando otro deporte, uno de los Ases sacó la delgada cadena y se la mostró a Fenrir.

Los Dioses dijeron: «¡Oye Todopoderoso! Esta cadena es más resistente de lo que piensas. ¿Nos permites amarrarte con ella para ver como la partes?»

Fenrir los miró con ojos furiosos y con desprecio preguntó: «¿Qué prestigio ganaría yo al romper una cadena como esa?»

Los Dioses le demostraron que estaba tan apretada que ninguno de los presentes podía romperla y dijeron: «Oh Todopoderoso, tú eres el único capaz de partirla.»

Fenrir contestó: «La cadena está tan apretada que puede tener algún encantamiento.»

Los Dioses contestaron: «¡Fenrir no la puede romper! ¡Al Lobo no le debemos temer!»

Con esto, el Lobo se enfureció, ya que vivía haciendo temer a los Dioses y contestó: «Me resisto a

dejarme amarrar con esta cadena, sin embargo, aceptaré el desafío, si uno de los Ases está dispuesto a poner su mano adentro de mi hocico, como garantía de que seré capaz de liberarme.»

Los Dioses se miraron ansiosos unos a otros. Lo mejor para ellos era dejar al Lobo Fenrir amarrado, pero ¿quién estaría dispuesto a perder su mano en el intento?

De a uno, los Dioses fueron dando un paso atrás hasta que Tyr, el valiente de la espada, era el único que se mantenía firme. Tyr se acercó a Fenrir y puso su mano izquierda adentro de la enorme mandíbula.

Fenrir gruñó: «¡Oh Tyr, no tu mano izquierda sino la que lleva la espada!» de modo que Tyr puso la mano derecha, la mano en la que orgulloso llevaba su espada, adentro de ese horrible hocico.

Luego los Dioses amarraron a Fenrir con la cadena Gleipnir, mientras él los miraba con ojos furiosos. Cuando terminaron, el Lobo se estiró y se estiró hasta adquirir un tamaño monstruoso pero la cadena no cedió. Entonces, el Lobo se puso tan furioso que mordió la mano de Tyr, y la mano del valiente de la espada cayó al suelo.

Así fue como el Lobo Fenrir quedó amarrado. Los Dioses le pusieron unos grilletes y pasaron la cadena a través del hoyo de una tremenda roca. El monstruoso Lobo hizo terribles esfuerzos para liberarse, sin embargo, tanto la roca, como la cadena y el grillete se mantuvieron firmes.

Primero los Dioses comprobaron que el Lobo estaba firmemente amarrado para vengarse por la pérdida de la mano de Tyr. De modo que los Dioses tomaron la espada de Tyr y se la enterraron por el hocico hasta que sólo se veía la empuñadura. Los aullidos del Lobo eran terribles mientras le chorreaban caudales de baba por la mandíbula.

La baba que chorreó el Lobo Fenrir, formó un río que se llamó Von. La corriente del río, corrió con fuerza hasta que llegó el día del Ragnarök, el Ocaso de los Dioses.



LA MUERTE DE BALDUR

En el Asgard se podían encontrar dos lugares que representaban la fuerza y la alegría de los Dioses: uno era el jardín donde crecían las manzanas que Iduna reunía, el otro lugar era Breidablik, la casa de Baldur, el más hermoso y amado de los Dioses.

En la Región de Paz jamás se había cometido un crimen, jamás se había derramado sangre, jamás se habían pronunciado mentiras, de modo que los Habitantes del Asgard se alegraban al recordar esta región. ¡Ah! Si no fuera por La Región de Paz, donde alegre habitaba Baldur, los pensamientos de los Ases y los Vanes hubiesen sido sombríos y severos al recordar los terribles acontecimientos que los amenazaban.

Baldur era hermoso. Tan hermoso era, que su nombre bautizó el de todas las flores blancas de los árboles

frutales de la tierra. Tan alegre era, que todas las aves cantoras de la tierra cantaban su nombre. Baldur era tan justo y sabio que pronunciaba juicios inalterables. Nada impuro o sucio se había acercado a su alrededor.

*Se llamaba Breidablik
Donde Baldur, el Justo
Se construyó su morada.
En aquella Región, donde
La Mentira no se conoció.*

Muchos se habían sanado en la Región de Paz donde habitaba Baldur. Por ejemplo, Tyr se había sanado después que los colmillos de Fenrir le cortaron la mano. También Frey se había calmado después de escuchar los presagios de Loki cuando lo denunció por haber entregado su espada como trueque.

Después que Fenrir quedó amarrado a una roca en la lejana isla, los Ases y los Vanes recuperaron la alegría por un tiempo. Disfrutaron de unos días tranquilos en la Región de Paz donde habitaba Baldur escuchando el canto de los pajaritos. Allí, el Poeta Bragi, tejió en su historia que nunca acaba, la saga de las aventuras de Thor entre los Gigantes.

Sin embargo, los presagios también llegaron hasta la Región de Paz de Baldur. Un día la pequeña Hnossa, la hija de Freya y el perdido Hödur, llegó allí con tanta tristeza, que nadie afuera fue capaz de calmarla. Entonces Nanna, la amorosa esposa de Baldur, tomó a la niña en sus faldas y la logró tranquilizar.

Hnossa les contó a los Dioses un sueño que la llenaba de pavor.

Hnossa había soñado con Hela, la Reina que está mitad viva y mitad muerta. En su sueño, Hela llegaba al Asgard diciendo: «Uno de los Dioses tendrá que venir a vivir conmigo a mi Reino bajo tierra.» Hnossa se sentía tan atemorizada con este sueño que había caído en una profunda angustia.

Después de escuchar el sueño todos se quedaron en un profundo silencio. Nanna miró ansiosamente a Odín, el Padre de Todos. Odín miró a Frigga y vio que el terror se apoderaba de su pecho.

Odín se alejó de la Región de Paz y se dirigió a su torre Hlidskjalf. Allí esperó el retorno de Hugin y Munin. Todos los días sus cuervos viajaban por el mundo y al regresar le contaban a Odín todo lo que estaba sucediendo. Ahora esperaba que ellos pudieran contarle algún suceso que le permitiera adivinar si verdaderamente Hela pensaba dirigirse al Asgard o si es que tenía el poder para llevarse a uno de los Dioses con ella.

Al atardecer los cuervos regresaron, cada uno se posó en uno de los hombros y le contaron a Odín las cosas que se decían arriba y abajo del Ygdrasil, el árbol del Mundo. Ratatösk, la Ardilla lo anunciaba y lo había escuchado decir a las crías de la serpiente que junto a Nidhögg, el gran dragón, acostumbraban a roer la raíz del Ygdrasil. Nidhögg le contó al Águila que se posaba en la rama más alta, que en la habitación de Hela había una cama preparada y una silla vacía para recibir a uno de los Dioses.

Al enterarse Odín pensó que prefería que Fenrir el Lobo se paseara rabioso por el Asgard, a que Hela se llevara a uno de los Dioses para sentarse en esa silla y ocupar esa cama.

Odín montó a Sleipner, su corcel de ocho patas y bajó hasta las profundidades de los Muertos. Viajó durante tres días y tres silenciosas y oscuras noches. En una oportunidad uno de los sabuesos de Helheim se soltó y salió ladrando mientras perseguía a Sleipner. También el sabueso Garm lo persiguió durante un día y una noche, y Odín pudo oler la sangre que chorreaba de su monstruosa mandíbula.

Finalmente, Odín llegó al Campo de los Muertos envueltos en mortajas, desmontó de Sleipner y llamó para que alguno de los tendidos se levantara a hablar con él. Llamó a Volva, una profetiza muerta y junto con decir su nombre pronunció una Runa que tenía el poder de despertar al Muerto del sueño.

«¿Quién me llama por mi nombre Volva, la Profetiza? Durante más años de los de los que han vivido los vivos, las lluvias han empapado mi cuerpo y las tormentas han hecho temblar mis huesos. Ningún vivo tiene derecho a despertarme de mi sueño con los Muertos.»

«Es Vegtam, el Vagabundo, quien te llama. ¿Para quién es la cama preparada y la silla vacía en la habitación de Hela?»

La profetiza contestó: «La cama preparada y la silla vacía es para Baldur, el hijo de Odín. ¡Ahora déjame ir a dormir con los Muertos!»

Luego Odín pudo ver más, allá de la profecía de Volva y exclamó: «¿Quién es aquél que está parado con gesto irreverente y que no lamentará la muerte de Baldur? ¡Contesta, Profetiza Volva!»

Odín volvió a gritar: «¡Profetiza Volva!»

Pero la voz de los amortajados contestó: «Ya no volverás a despertarme hasta que las llamas del Muspelheim ardan por sobre mi cabeza.» Luego se produjo un gran silencio en el Campo de los Muertos. Odín montó a su corcel Sleipner y durante cuatro días, cruzó la oscuridad y el profundo silencio hasta regresar al Asgard.

Frigga había sentido el mismo temor que Odín, miró a Baldur, y la sombra de Hela se interpuso entre ella y su hijo. Pero después Frigga escuchó el canto de los pajaritos en la región de Paz y supo que no existía nada en el mundo que quisiera dañar a Baldur.

Sin embargo, Frigga quiso asegurarse de que así sería y para esto buscó todas las cosas capaces de dañarlo y les hizo jurar que no harían daño a Baldur, el Más Amado. Hizo jurar al fuego y al agua, al hierro y todos los metales, a la tierra, las piedras y los grandes árboles, a las aves y a las bestias, a todos los animales rastreros y a las plantas trepadoras, al veneno y la enfermedad. Todos sin excepción le hicieron un juramento de que no harían daño a Baldur.

Entonces, Frigga volvió a donde los Dioses y les contó acerca de la obtención de juramentos, lo que alegró mucho a todos en el Asgard. Baldur sería eximido del dolor y aunque Hela tuviera preparada una

habitación oscura, ni el fuego, ni el agua, ni el hierro, ni los metales, ni la tierra, ni las piedras, ni los árboles grandes, ni las aves, ni los animales rastreros, ni las plantas trepadoras, ni el veneno, ni la enfermedad, le harían daño a Baldur

Los Ases y los Vanes exclamaron: «¡Oh Baldur, Hela no tiene brazos para llevarte con ella!»

De modo que los Dioses volvieron a sentirse esperanzados y comenzaron a jugar en honor a Baldur. Le pidieron a Baldur que se parara en un círculo mientras ellos le arrojaban todas las cosas que habían jurado no hacerle daño alguno. Ni el hacha de guerra, ni la honda, ni el hierro caliente, ni siquiera el diluvio hicieron daño alguno a Baldur, el Más Amado. Los Ases y los Vanes se reían de buena gana, al comprobar que nada le hacía daño a Baldur, así se fue reuniendo una multitud de Duendes y amigos Gigantes que también quisieron jugar.

Pero el odioso Loki se mezcló entre la multitud y se quedó mirando el juego desde lejos. Vio como los proyectiles y las armas que le lanzaban, no herían a Baldur, quien sonreía mientras le caían encima los metales, las piedras y los grandes árboles. Loki se impresionó al ver lo que sucedía pero no quiso averiguar por temor a que lo reconocieran.

Loki decidió cambiar su forma por la de una anciana y se juntó con todos los que estaban arrojándole cosas a Baldur. Interrogó a los Duendes y a los amigos Gigantes pero la única respuesta que obtuvo fue: «¡Pregúntale a Frigga, pregúntale a Frigga!»

De modo que Loki se dirigió a Fensalir, la mansión de Frigga y allí se presentó con el nombre de Groa, la anciana hechicera que intentaba sacar el fragmento de una piedra, que un Gigante le lanzó a Thor en la cabeza. Frigga se había enterado de lo que Groa intentaba y le alabó su ayuda.

La impostora Groa dijo: «¡Oh, Gracias a mis hechizos, ya llevo varios fragmentos menos en la cabeza de Thor! En agradecimiento Thor trajo devuelta a mi esposo después que él mismo lo había relegado a los confines de la tierra y tanta fue mi alegría al volver a ver a mi marido, que olvidé el resto de los hechizos. Así es que no pude retirar completamente los fragmentos en la cabeza de Thor.»

Así habló Loki, repitiendo una historia que era cierta y luego dijo: «¡Ahora recuerdo el resto de los hechizos! Antes de marcharme para continuar retirando los fragmentos de la cabeza de Thor no me contarías, ¡Oh, mi Reina!, ¿Qué significan los extraordinarios actos que recién observé a los Ases y los Vanes?»

Frigga miró con amabilidad a la anciana y alegremente contestó: «Te contaré; la multitud le lanza toda clase de cosas a mi amado hijo Baldur y todo el Asgard se regocija al ver que ni los metales, ni las piedras, ni los grandes árboles le hacen daño.»

La hechicera impostora preguntó: «Pero ¿Por qué no le hacen daño?» Frigga contestó: «Porque todas las cosas peligrosas y amenazantes me juraron que no dañarían a Baldur.»

«¡Oh, mi Dama!, ¿Estás segura que todas las cosas te hicieron un juramento? ¿No habrá quedado algo por ahí que aún no ha jurado?»

«Bueno la verdad es que existe una sola cosa que aún no ha jurado, pero es tan pequeña y débil que la he pasado por alto.»

«¿Qué cosa podrá ser?» «Se trata del Muérdago, no tiene raíz y por lo mismo casi no tiene fuerza. El Muérdago crece al Este del Valhalla pero no me detuve a pedirle juramento.»

«Hiciste muy bien en no detenerte pues ¿qué daño podría causarle a Baldur, el Muérdago que ni siquiera tiene raíz?»

Y sin decir nada más, la anciana hechicera se alejó cojeando. Pero el impostor no se alcanzó a alejar mucho cuando ya había cambiado la marcha y rápidamente se dirigió al Este del Valhalla. Allí crecía un enorme roble y en una de sus ramas colgaba un arbustito de Muérdago. Loki cortó una rama y se la llevó hasta donde se encontraba la multitud jugando en honor a Baldur.

Todos se reían mientras los Ases y los Vanes, los Duendes y los amigos Gigantes le lanzaban proyectiles, los Gigantes los lanzaban demasiado lejos, en cambio los Duendes no alcanzaban a rozar a Baldur. Los Ases y los Vanes sobrepasaban la marca con creces. En el medio de esa alegría y festividad, extrañaba ver a uno que no compartía ese mismo ánimo. Se trataba de Hödur, el hermano ciego de Baldur.

Loki, cambiando de voz, le preguntó: «¿Por qué no te integras al juego?»

Hödur contestó: «Porque no tengo proyectil para lanzarle.»

Loki contestó: «Toma este y lánzalo, es una varilla de Muérdago.»

Hödur dijo: «Pero no sabría en que dirección lanzarlo.»

Loki contestó: «Yo te ayudo.» Loki puso la rama de Muérdago en la mano de Hödur y lo guió para lanzarla. La rama salió en dirección a Baldur y le quedó enterrada en el pecho.

Entonces Baldur dio un profundo gemido y cayó al suelo.

Los Ases, los Vanes, los Duendes y los amigos Gigantes se quedaron inmóviles, paralizados por el temor y la impresión. Loki se esfumó de ahí. Y el ciego Hödur, quien con su mano había lanzado el Muérdago, continuaba parado en silencio sin saber que su tiro había herido de muerte a Baldur.

Un tremendo lamento se apoderó de la Región de Paz. Eran los Ases y los Vanes quienes lamentaban la muerte de Baldur. Entonces regresó Odín, mientras todos lloraban la muerte del más amado.

Odín y Frigga se arrodillaron ante el cuerpo de su hijo amado. Odín dijo: «Hela ha vencido, Baldur nos ha sido arrebatado.»

Frigga exclamó: «¡No! Yo no lo puedo aceptar.» La madre de los Ases y los Vanes esperó que los Dioses se repusieran y luego se dirigió a ellos diciendo:

«¿Quién de todos ustedes quiere ganar mi amor y respeto? ¿Quién se atreve a cabalgar hasta la región oscura donde habita Hela para preguntarle a la Reina qué recompensa quiere a cambio de Baldur? Cualquiera cosa que ella pida a cambio de regresar a Baldur. ¿Quién de entre ustedes irá? El corcel de Odín está listo para realizar este viaje.»

Hermod, el Audaz, hermano de Baldur, dio un paso adelante, montó a Sleipner y en el corcel de ocho patas, se internó a hacia la oscura región en busca de Hela.

Hermod cabalgó durante nueve noches y nueve días. Atravesó escarpados valles, cada uno más oscuro y profundo que el otro. Así llegó hasta el río llamado Giöll. El puente que cruza el río Giöll que es de oro brillante. La pálida Dama Modgudor, guardiana del puente, le habló diciendo: «El color de los vivos aún está en ti, entonces ¿Por qué continuas viaje hacia el interior de la Muerta Región de Hela?»

Él contestó: «Soy Hermod, voy a hablar con Hela para cambiar a Baldur por lo que ella quiera.»

Modgudor, la pálida Dama contestó: «Tenebrosos son los dominios de Hela para aquél que venga de visita. Está rodeada por un muro defensivo que incluso para tu corcel será difícil de saltar. Precipicio se llama el umbral del Salón, Hambre es la mesa que hay en su interior, Lecho de Enfermo es su cama y Angustia Quemante es el colgante de la habitación.»

«Pueda ser que Hela acepte una recompensa a cambio de Baldur.»

Modgudor, la pálida Dama, guardiana del brillante puente contestó: «Si todas las cosas del mundo lloran la muerte de Baldur, entonces Hela deberá aceptar una recompensa y dejarlo partir.»

«Qué bien porque todas las cosas lamentan la muerte de Baldur. Iré dónde ella a rescatarlo y tendrá que aceptar una recompensa a cambio.»

«Escúchame, no podrás cruzar este puente hasta que no estés completamente seguro de que todos los seres aún lamentan la muerte de Baldur. Anda al mundo y comprueba que es así. Si vuelves al brillante puente con la certeza de que todas las cosas aún se lamentan por Baldur, entonces te dejaré cruzar y Hela tendrá que escucharte.»

«¡Oh, Modgudor!, la pálida Dama, ya verás que volveré y tendrás que dejarme cruzar el brillante puente.»

Hermod volvió a montar a Sleipner y alegremente volvió por los escarpados valles, cada uno más oscuro y profundo que el otro. Así llegó al mundo exterior y comprobó que aún los seres se lamentaban por Baldur. Hermod continuó cabalgando alegremente hasta reunirse con los Vanes, en la parte media del mundo, y les contó acerca de sus alegres aventuras.

De modo que Hermod junto a los Vanes continuaron viaje por el mundo, comprobando que todos los seres lloraban aún por Baldur. Pero un día Hermod llegó hasta un árbol donde había un cuervo posado en una de sus ramas muertas.

Mientras Hermod se acercaba, notó que el cuervo no se lamentaba. Luego el cuervo salió volando y Hermod se fue tras él. Lo siguió por un rato hasta que lo perdió de vista cerca de una cueva. En la entrada había una bruja de dientes negros quien tampoco lloraba. Hermod le dijo: «Si eres el cuervo que vengo siguiendo dime, ¿Por qué no lloras a Baldur?»

«Soy Thaukt y yo no lloraré por Baldur. ¡Dejad que Hela se quede con aquél que tiene bajo su poder!»

Hermod dijo: «Pero todas las cosas lloran lágrimas por Baldur.»

El cuervo contestó: «¡Entonces lloraré lágrimas secas por él!»

Luego la bruja se internó en la cueva y mientras Hermod lo perseguía, el cuervo salió volando fuera de la cueva. Hermod supo que se trataba de Thaukt, la malvada bruja, quien salió volando en dirección al mundo graznando: «¡Dejad que Hela se quede con aquél que tiene bajo su poder!»

Entonces Hermod supo que no podría cabalgar hacia la habitación de Hela. Ahora todos sabían que había un ser que no lamentaría la muerte de Baldur. Los Ases y los Vanes volvieron a reunirse con Hermod, quien cabizbajo retornó cabalgando al Asgard.

Ahora que los Ases y los Vanes sabían que no habría recompensa a cambio de Baldur que ya no volverían a sentirse contentos, se dispusieron a preparar su cuerpo para lanzarlo al fuego. Primero, cubrieron el cuerpo de Baldur con una túnica carmesí y cada uno fue depositando a su lado alguno de sus

más preciados tesoros. Después, cada uno le dio un beso en la frente de despedida. Pero Nanna, su amorosa esposa, se abalanzó sobre su pecho inerte. Entonces el corazón de Nanna no volvió a latir, muriendo de dolor ante el más profundo desconcierto y llanto de los Ases y los Vanes. Luego los Dioses tomaron el cuerpo de Nanna y lo pusieron junto al de Baldur.

Los Dioses subieron ambos cuerpos al Ringhorn, el hermoso barco de Baldur, luego intentaron empujar el barco al agua, para prenderle fuego y mirar mientras el barco se alejaría en llamas. Sin embargo, no pudieron mover el barco, por más que los Ases y los Vanes intentaron empujarlo. Así es que le pidieron ayuda a la Giganta Hyrroken, quien llegó cabalgando en un lobo salvaje con riendas de serpientes enroscadas.

Se necesitaron cuatro Gigantes para sostener el lobo mientras ella desmontaba. La Giganta Hyrroken se aproximó al barco, le dio un empujón a las ruedas y el barco se deslizó suavemente en el mar, mientras los Dioses le prendían fuego, finalmente el barco con los cuerpos, se incendió entre las olas.

Se produjo un gran fuego en el mar y entre las llamas se vio que uno de los Dioses se agachaba junto al cuerpo de Baldur. Era Odín, el Padre de Todos, quien le susurraba algo al oído. Tan pronto Odín se bajó del barco, las llamas se elevaron produciendo el más poderoso fuego. Los Ases y los Vanes observaban en silencio mientras las lágrimas caían de sus

rostros desconsolados y todos los seres se lamentaban llorando: «Baldur ha muerto. Baldur, el hermoso, ha muerto.»

¿Qué fue lo que Odín, el Padre de Todos, susurró al oído de Baldur, mientras las llamas rodeaban el barco? Le susurró acerca del Cielo sobre el Asgard, donde las llamas de Surtur no alcanzarían a llegar, de modo que volvería haber vida, después que las llamas se llevaran el Mundo de los Hombres y el Mundo de los Dioses.



EL CASTIGO DE LOKI

El cuervo se alejó volando hacia el Norte, mientras iba graznando: «¡Dejad que Hela se quede con aquél que tiene bajo su poder!» El cuervo era la bruja Thaukt transformada y la bruja Thaukt era Loki transformado.

Loki voló al Norte, llegó hasta los escombros del Jötunheim y allí se quedó a vivir para esconderse de la ira de los Dioses. Le dijo a los Gigantes que había llegado el momento de construir el barco Naglfar, el barco que construirían con las uñas de los hombres muertos y que saldría a navegar el Día del Ragnarök con el Gigante Hrymer al timón. Después de escuchar a Loki, los Gigantes comenzaron a construir el Naglfar, el barco que tanto los Dioses como los hombres no querían ver construido.

Loki se sintió cansado de sus viajes por el Jötunheim y voló al calor del Sur. Vivía allí como una lagartija entre las rocas del Muspelheim. Los Gigantes del Fuego se divertían escuchando a Loki contar que Frey había perdido su espada, y Tyr su mano derecha.

En el Asgard aún quedaba alguien que lloraba la pérdida de Loki, se trataba de Siguna, su esposa. A pesar de que la había abandonado, incluso maltratado, Siguna lloraba por su malvado esposo.

Y así, como Loki había dejado el Jötunheim, también ella un día abandonó el Muspelheim y se fue a vivir al Mundo de los Hombres.

Loki sabía que se encontraba en una región donde la ira de los Dioses podría alcanzarlo, así es que vivía preparado para escapar en cualquier momento. Había llegado hasta un río donde mucho tiempo atrás había asesinado a la nutria que era hijo de un hechicero y allí se construyó una casa, en la misma roca en la que la nutria comió su último salmón antes de morir. Loki construyó su casa con cuatro puertas para poder escapar hacia todas las direcciones, además tenía el poder de transformarse en cualquier momento en un salmón.

De modo que Loki acostumbraba a nadar en el río bajo la forma de un salmón, pero sentía odio incluso por los peces que nadaban con él. De modo que Loki tejió una red con hilo y estambre, y con esta red, los hombres que pasaban por ahí pescaban los peces hasta que Loki pudo nadar solo.

No disminuía la ira que los Dioses sentían hacia Loki, pues era él quien bajo la apariencia de la bruja Thaukt, le había dado el poder a Hela para mantener a Baldur cautivo. Era Loki quien había puesto el muérdago en las manos de Hödur y con esto provocó la muerte de Baldur.

Ahora que Baldur ya no habitaba en la Región de Paz, el Asgard se encontraba vacío mientras los Dioses se sentían desconsolados y angustiados al pensar en las pavorosas circunstancias a las que se verían enfrentados.

Odín en el Salón del Valhalla, pensaba solamente en el modo de convocar héroes que lo ayudaran a defender el Asgard. Los Dioses buscaron por todo el mundo, hasta encontrar la casa que Loki se había construido. Loki se hallaba tejiendo la red para pescar peces cuando vio a los Dioses aproximarse desde las cuatro direcciones. De inmediato lanzó la red al fuego para quemarla, después saltó al agua y se transformó en un salmón. Al entrar los Dioses a la casa sólo hallaron el fuego encendido.

Pero uno de ellos entendió de qué se trataba lo que veían. En las cenizas halló las huellas de la red quemada y se notaba que se trataba de algo que servía para pescar peces. De modo que tejieron una red similar a las huellas que veían entre las cenizas.

Luego, los Dioses bajaron con ella al río y la sumergieron en el agua. Loki se aterrorizó al ver que lo atacaban con la misma red que él usaba. Tuvo que

guarecerse entre dos piedras en lo más profundo del río mientras la red lo rozó por arriba.

Pero los Dioses se dieron cuenta que la red había tocado algo entre las rocas, así es que le pusieron pesos a la red y la volvieron a sumergir. Loki supuso que esta vez no lograría escapar, dio un salto por afuera del agua y se alejó nadando en busca del mar. Los Dioses pudieron ver a Loki cuando saltó por una cascada y lo siguieron con la red. Entonces Thor esperó por detrás que volviera a salir y lo capturó cuando Loki llegó a la boca del río. Había un gran águila cernida encima de las olas del mar, lista para lanzarse sobre uno de los peces. El águila dio un salto y se posó sobre la red que los Dioses arrastraban, pero Thor ubicado por detrás de la red agarró bien firme el salmón entre sus manos y lo sostuvo a pesar de los desesperados intentos de Loki por liberarse. Nunca un pescado había luchado tanto, incluso Loki logró liberarse por un momento, pero Thor lo sostuvo de la cola, lo llevó entre las rocas y lo obligó a tomar su forma verdadera.

Loki se encontraba expuesto a la ira de los Dioses ahora que estaba atrapado en las manos de uno de ellos. Los Dioses lo llevaron a una cueva y lo amarraron a una roca con tres filudas puntas. Para amarrarlo usaron una cuerda hecha de nervios de lobos la que luego transformaron en cuerda de hierro. Los Dioses querían dejar a Loki allí abandonado a su soledad pero la Giganta Skadi, de sangre feroz, prefirió otro tormento. Colgó una serpiente que tenía un

poderoso veneno arriba de la cabeza de Loki. Las gotas de veneno le caían encima y con cada gota que caía, crecía la angustia de Loki, así la tortura era interminable.

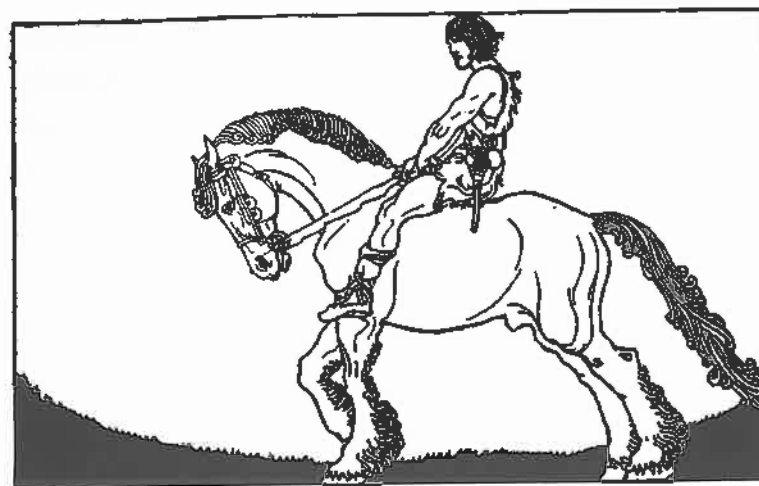
Después de un rato, el corazón piadoso de Siguna fue en su rescate. Con esto Siguna se exilió a sí misma del Asgard y soportó la oscuridad y el frío de la cueva para aliviar un poco el tormento de quien era su esposo. Siguna se paró al lado de Loki sosteniendo una taza en su cabeza donde caía el veneno de la serpiente, aliviando de este modo su angustia. Cada cierto rato, cuando la taza se llenaba, Siguna la vaciaba en un costado, en ese momento las gotas de veneno caían sobre Loki que gritaba de dolor hasta retorcerse en los huesos, mientras los hombres vivían esto en la forma de un terremoto.

Loki se quedó en la cueva, retorciéndose de dolor hasta que llegó el Ragnarök, el Ocaso de los Dioses.



CUARTA PARTE

**LA ESPADA DE LOS VOLSUNGS
Y EL OCASO DE LOS DIOSES**



LA JUVENTUD DE SIGURD

En el norte del Midgard, había un reino donde reinaba un Rey de nombre Alv, quien era sabio y bondadoso. Alv había recibido en su casa a un hijo adoptivo llamado Sigurd.

Sigurd no conocía el miedo y era de contextura robusta. Tan robusto y valiente era, que una vez en el bosque capturó un oso y lo llevó hasta el Salón del Rey. Su madre se llamaba Hiordis. Sucedió una vez, antes de que Sigurd naciera, que Alv y su padre, quien en ese entonces era Rey, salieron juntos a navegar y llegaron hasta otro país. Estando lejos de su patria escucharon gritos de luchas, así es que se dirigieron al campo de batalla, pero no encontraron ningún guerrero vivo sino que muchos muertos.

Alv y su padre se fijaron especialmente en uno de los guerreros ya que se trataba de un anciano con barba blanca, de tan noble apariencia, como nunca antes habían visto. Por sus brazos se podía saber que se trataba de un Rey entre sus guerreros.

Atravesaron el bosque en busca de sobrevivientes de la batalla y se toparon con dos doncellas que se escondían en un valle. Una era alta, de cabello rizado, ojos azules y mirada decidida, sin embargo iba vestida como una sirvienta. En cambio la otra vestía las finas ropas de una Reina, a pesar de ser más baja y de modales más bien tímidos.

Alv y su padre se acercaron a las doncellas, y la que llevaba atuendos de Reina exclamó: «¡Ayudadnos caballeros y nosotras os mostraremos un tesoro escondido! Los hombres del Rey Lygni se enfrentaron a los hombres del Rey Sigmund. Después de una ardua lucha venció el Rey Lygni y sus hombres ya se marcharon. En cambio el Rey Sigmund yace muerto en el campo de batalla, nosotras escondimos sus tesoros y os los podemos mostrar.

«¿Aquel noble guerrero de barba blanca, que yace tendido más allá, es el Rey Sigmund?»

La mujer contestó: «Sí caballero, y yo soy su Reina.»

El padre de Alv dijo: «Claro que sabemos del Rey Sigmund. Su fama y la fama de su raza, los Volsungs, es conocida en el mundo entero.»

Alv no dijo nada a las doncellas, sin embargo, se quedó mirando fijamente a la que llevaba ropa de

sirvienta. Se encontraba arrodillada envolviendo, en un paño de piel, dos pedazos de una espada rota.

La que vestía de Reina dijo: «Caballeros seguro que vosotros nos protegeréis.»

El padre de Alv contestó: «Esposa del Rey Sigmund, vos y vuestra criada podéis contar con nuestra protección.»

Las doncellas los condujeron hasta un lugar salvaje en la orilla del mar, y allí entre las rocas, les mostraron donde escondían los tesoros del Rey Sigmund. Entre otras cosas había copas de oro, hermosos brazaletes y collares de joyas preciosas. El Príncipe Alv y su padre guardaron los tesoros en el barco, subieron a las dos doncellas y se alejaron de aquel lugar.

Todo esto sucedió mucho antes que naciera Sigurd el hijo adoptivo del Rey Alv.

Pero sucedió que la madre de Alv era muy sabia y no se le escapaba detalle. Ella reconoció algo muy particular en las dos doncellas, que su marido y su hijo, habían traído a vivir al reino. La dama que vestía de sirvienta tenía una mirada decidida y era muy bella, en cambio la otra que vestía de Reina, era contraída y tímida. Una noche en que todas las damas que habitaban el palacio, se hallaban sentadas a su alrededor hilando lana a la luz de las antorchas del Salón, la Reina madre se dirigió a la doncella que vestía como Reina, y le dijo: «He notado que os levantáis muy temprano en las mañanas ¿Cómo reconocéis cuando va a amanecer en la oscuridad de la noche?

La que iba vestida con ropas de Reina contestó: «Cuando era niña mi padre acostumbraba a llevarme a ordeñar las vacas al amanecer y desde entonces que me levanto a la misma hora.»

La Reina madre pensó: «¡Qué país más extraño es ese donde las princesas se levantan a ordeñar las vacas!»

Luego se dirigió a la doncella que vestía como sirvienta y le formuló la misma pregunta: «¿Cómo reconocéis cuando va a amanecer en la oscuridad de la noche?»

La doncella contestó: «Mi padre me regaló este anillo de oro que llevo conmigo y siempre antes del amanecer, puedo sentir que mi dedo se pone más helado.»

Entonces la Reina madre pensó: «Un país donde las sirvientas llevan anillos de oro es realmente muy extraño.»

La Reina madre esperó que todas las damas se retiraran y se dirigió a las dos doncellas recién llegadas a su país. Luego le dijo a la que iba vestida como sirvienta: «Vos sois la Reina.»

La doncella que vestía como Reina contestó: «Así es mi dama, ella es la Reina. Yo ya no puedo continuar fingiendo ser otra a la que realmente soy.»

Entonces habló la otra doncella diciendo: «Es cierto yo soy la Reina, como habéis dicho. La esposa del Rey Sigmund quien yace muerto. He cambiado mi ropa con la sirvienta, debido a que un Rey me acosa y de este modo pretendía confundirlo.»

Mi nombre es Hiordis, soy la hija de un Rey. Muchos caballeros fueron donde mi padre para solicitarme en matrimonio. Entre todos los caballeros que llegaron hubo dos que se destacaron en proezas: uno era el Rey Lygni y el otro el Rey Sigmund, de la raza de los Volsungs. Mi padre, el Rey me permitió escoger entre ambos. El Rey Sigmund era ya viejo, sin embargo era el guerrero más famoso de todo el mundo, así es que lo escogí a cambio del Rey Lygni.

Nos casamos, pero el Rey Lygni no se conformó con haberme perdido. Una tarde llegó hasta el reino, seguido por un gran ejército de hombres para luchar contra el Rey Sigmund. Entonces escondimos nuestros tesoros en la orilla del mar y nos quedamos en el bosque observando la batalla. Con la ayuda de su maravillosa espada Gram junto con su fuerza de guerrero, Sigmund fue capaz de acosar a sus contrincantes. Pero repentinamente recibió un gran golpe y perdió la batalla. Sólo los hombres del Rey Lygni sobrevivieron, y quisieron apoderarse de mí y de los tesoros del Rey.

Después me acerqué a mi esposo que yacía en el campo de batalla, y, cuando él me vio venir, se levantó con su armadura y me dijo que la muerte no tardaría en llegar. Me contó que un desconocido había entrado en el campo de batalla cuando él se preparaba a triunfar, y con la lanza que llevaba en su mano, le asestó un tremendo golpe a su espada Gram y la partió en dos pedazos. Así fue que el Rey Sigmund recibió la herida de muerte exclamando: «Ahora he

de morir. La lanza Gugnir, la lanza de Odín, partió en dos mi espada. Sólo Gugnir puede destrozar la espada que Odín regaló a mis antepasados. Ahora he de partir al Valhalla, el Salón de los Héroes de Odín.»

Yo contesté: «Lloro porque aún no me ha nacido un hijo que pertenezca a la maravillosa raza de los Volsungs.»

A lo que Sigmund dijo: «No es motivo para llorar. Te nacerá un hijo, un hijo tuyo y mío. Lo llamarás Sigurd. Recoge las piezas rotas de mi maravillosa espada y entrégasela a mi hijo cuando tenga la edad para ser un guerrero.»

Luego, Sigmund apoyó la cabeza en el suelo y la muerte lo venció. La Valkiria de Odín se llevó su espíritu del campo de batalla. Yo tomé los pedazos rotos de la espada, y junto a mi criada, me escondí en lo más profundo del bosque. Oh mi Reina, más tarde vuestro esposo y vuestro hijo nos encontraron y nos trajeron a vuestro reino donde hemos sido muy bien tratadas.»

Esta fue la historia que Hiordis, la esposa del Rey Sigmund, narró a la madre del Príncipe Alv.

Al poco tiempo nació el hijo de Hiordis y el Rey Sigmund, y llevó el nombre de Sigurd. Después del nacimiento de Sigurd, el anciano Rey murió, el Príncipe Alv heredó la corona de Rey y se casó con Hiordis, la de cabello rojo, de modales decididos, de gran belleza y se llevó a Sigurd, su hijo adoptivo, a vivir al palacio.

Sigurd, el hijo de Sigmund se destacaba por su fuerza, rapidez y coraje incluso antes de cumplir la

edad para ser un guerrero. Los hombres comentaban: «Pertenece a una raza poderosa, la raza de los Volsungs, seguro Sigurd llegará a ser tan poderoso como cualquiera de sus antepasados.»

Sigurd se construyó una guarida en el bosque y aprendió a cazar bestias salvajes mientras vivía cerca de su maestro en varios oficios.

Su maestro se llamaba Regin, y se dedicaba a la fabricación de espadas. Sin duda, se trataba de un hombre muy astuto. Se decía que era un Hechicero y que había vivido en la tierra por mucho tiempo. Nadie, ni siquiera los más ancianos, recordaban cuándo había llegado Regin a vivir al bosque. Regin le enseñó a Sigurd a trabajar con los metales y también le habló acerca de la antigua sabiduría. Pero a medida que Sigurd iba aprendiendo, su maestro comenzó a mirarlo no como a un discípulo, sino más bien como un lince mira a un animal más poderoso.

Un día, Regin le dijo a Sigurd: «Se dice que el Rey Alv tiene guardadas las armas de tu padre y entonces ¿por qué te trata como un esclavo?»

Sigurd se dio cuenta que Regin intentaba indisponerlo contra el Rey con el fin de usarlo para sus propios propósitos. De modo que le contestó: «El Rey Alv es sabio y un buen Rey, de seguro me dejaría llenarme de riquezas si es que yo las necesitara.»

«Sin embargo vas por el mundo como un niño descalzo y no como el hijo de un Rey.»

Sigurd le contestó: «El día que yo quiera montaré a caballo.»

Regin se dio media vuelta y se dirigió a encender el fuego de la forja diciendo: «Si tú lo dices.»

Sigurd se enfureció, tiró al suelo el hierro con el que estaba trabajando y se dirigió a un lugar cerca del gran Río, donde pastaban los caballos. Ahí encontró una manada de caballos, grises, negros, ruanos y castaños. Eran los mejores caballos del Rey Alv. Al acercarse Sigurd notó que también se aproximaba a un desconocido. Se trataba de un robusto anciano que iba envuelto en una extraña capa azul y se apoyaba en un bastón para mirar a los caballos. Cuando niño, Sigurd había visto varios Reyes en sus castillos pero este hombre tenía una presencia aún más excelsa que todos los reyes que él había conocido.

El desconocido le dijo: «Escoge un caballo para ti.»

Sigurd contestó: «Sí, padre.»

El desconocido dijo: «Primero lleva los caballos al Río.»

Sigurd llevó los caballos al gran Río, algunos fueron llevados por la corriente, en cambio un grupo logró luchar contra la corriente y subir hasta los pastizales. Sin embargo, hubo uno que logró cruzar nadando el Río, relinchando en señal de triunfo. Este fue el caballo que Sigurd escogió, era de crines relucientes, color ceniza, un caballo joven y orgulloso. Sigurd se internó en el Río y agarró su caballo, lo montó y salió del agua cabalgando.

El desconocido le dijo: «Lo has hecho muy bien, escogiste a Grani, de la raza de Sleipner, el caballo de Odín.»

Con sus ojos brillantes, bajo la luz radiante del sol, Sigurd exclamó: «¡Y yo soy de la raza de Odín! Yo soy de la raza de los hijos de Odín. Mi padre fue Sigmund, quien era hijo de Volsung, quien a su vez era hijo de Rerir, quien era hijo de Sigi, quien fue hijo de Odín.»

El desconocido que se apoyaba en su bastón se quedó mirándolo fijamente. Sólo se le podía ver un ojo, sin embargo, Sigurd pensó que con esa mirada podía ver a través de las piedras. Luego el desconocido dijo: «Todos esos hombres fueron como espadas de Odín, hombres que entraron al Valhalla, el Salón de los Héroes de Odín, y todos ellos fueron escogidos por las Valkirias para luchar por el Asgard.»

Sigurd exclamó: «Demasiados hombres nobles y valientes fueron tomados por Odín en sus luchas por el Asgard.»

El desconocido se apoyó en su bastón cabizbajo y preguntó: «¿Y qué esperabas?»

A Sigurd le pareció que hablaba con otra persona.

«¿Qué esperabas? Las hojas del Ygdrassil se marchitan y caen. El día del Ragnarök se aproxima.»

Luego el desconocido levantó su cabeza y le habló a Sigurd: «Se aproxima el momento en que debes reunir los pedazos de la espada de tu padre.»

Luego el desconocido de la capa azul subió la montaña mientras Sigurd lo observaba desaparecer en el horizonte. Ahora Sigurd tenía a Grani, su orgulloso caballo. Montado en Grani se alejó de allí, cabalgando por la orilla del Río en una carrera tan rápida como el viento.



LA ESPADA GRAM Y EL DRAGÓN FAFNIR

Montado en Grani, su orgulloso caballo, Sigurd se dirigió al Salón y se presentó ante el Rey Alv y su madre Hiordis. Antes de entrar gritó el nombre de los Volsungs. Mientras lo observaba el Rey Alv, sintió que la juventud de Sigurd era una chispa para encender a los valientes, su madre Hiordis, observó la llama azul en su mirada y pensó que su camino en la vida sería como el vuelo de un águila en el cielo.

Después de alejarse cabalgando, Sigurd desmontó de su caballo Grani, le dio unos golpecitos cariñosos con sus manos y le dijo que podía regresar a pastar con su manada. El orgulloso caballo dio un profundo suspiro sobre Sigurd y se alejó.

Sigurd siguió su camino a paso rápido, hasta llegar a la cabaña en el bosque donde trabajaba con Regin,

el astuto herrero. No encontró a nadie en la cabaña. Sigurd encontró un trabajo, hecho por las manos de Regin, encima del yunque, entre el humo de la fragua. Sigurd lo observó un momento y luego sintió gran odio por eso que observaba.

Se trataba de un escudo, un gran escudo de hierro. Su cubierta estaba tallada con la imagen de un Dragón pintada de rojo y café, un Dragón que salía de una cueva. Sigurd pensó que se trataba de la imagen más horripilante del mundo. La luz del humo de la fragua, que envolvía el escudo, hacía parecer al Dragón, viviendo en sus propios elementos: fuego y humo.

Regin, el astuto herrero entró en la herrería mientras Sigurd aún observaba la detestable imagen. Regin se quedó parado en la entrada observando a Sigurd. Su espalda estaba encorvada, le caía el cabello sobre sus feroces ojos y parecía una bestia que corre entre los arbustos.

Luego le dijo a Sigurd: «Ahí estás hijo de los Volsungs, observando al Dragón Fafnir. Tal vez serás tú el que lo mate.»

Sigurd contestó: «¡Yo no estoy dispuesto a luchar contra una bestia tan horrible!»

Regin le susurró: «Podrías vencerlo con una buena espada y de ese modo tu nombre cobraría más fama que la de tus antepasados.»

Sigurd exclamó: «¡Yo ganaré fama del mismo modo que mis antepasados, luchando contra otros hombres por la conquista de otros reinos!»

Regin dijo: «No eres un verdadero Volsung o irías allí dónde acecha el mayor terror y peligro. Has escuchado sobre el Dragón Fafnir, cuya imagen he tallado en este escudo. Si ahora cabalgas hasta la cima de la montaña podrás observar la región desolada donde se encuentra la guarida de Fafnir. Has de saber, que antes se trataba de una región donde los hombres hallaban paz y prosperidad, sin embargo, Fafnir llegó para construir su guarida cerca y a medida que iba y venía del Río, con su aliento marchitó la tierra y la convirtió en un terreno estéril que los hombres llaman Matorral Gnita. Si realmente eres un Volsung, te corresponde matar la Dragón y permitir que esa región vuelva a ser noble para que la gente regrese allí y así se sume al territorio del Rey Alv.»

Sigurd contestó: «Yo no tengo nada que ver con matar Dragones. Mi deber es luchar contra el Rey Lygni y vengar la muerte de mi padre Sigmund.»

Regin le gritó enfurecido: «¿Cómo puedes comparar la muerte del Rey Lygni y la conquista de sus territorios con vencer al Dragón Fafnir? Te contaré lo que nadie más conoce acerca de Fafnir. El Dragón protege un tesoro de oro y joyas como nunca se ha visto en el mundo. Todo este tesoro puede ser tuyo si lo vences.»

Sigurd contestó: «Yo no codicio riquezas.»

«Es que no existen riquezas comparables al tesoro que protege Fafnir. Su tesoro es el tesoro que el Duende Andvari protegía en los tiempos primigenios del mundo. Una vez los mismos Dioses lo dieron en

recompensa. Si te apropiaras de este tesoro serías como uno de los Dioses.»

Sigurd le preguntó: «¿Cómo sabes tú de todo esto?»
«Lo sé y algún día te diré cómo.»

«Entonces algún día te escucharé. Pero no me sigas hablando del Dragón. Te he venido a pedir que me forjes la espada más poderosa y afilada del mundo. Tú puedes hacerlo pues se estima que eres el mejor forjador de espadas del mundo.»

Regin miró con sus pequeños y astutos ojos a Sigurd y pensó que era mejor ponerse en marcha. Buscó las piezas de hierro más pesadas y las puso dentro de su horno, sacó las herramientas secretas que sólo usaba cuando se le pedía realizar, con sus manos, un trabajo supremo.

Todo el día Sigurd se quedó a su lado manteniendo el fuego preciso y trayendo agua para enfriar la hoja de la espada mientras se iba moldeando. Mientras trabajaba solamente pensaba en la hoja de la espada y cómo lucharía contra el Rey Lygni para vengar la muerte de su padre, muerto antes de que él naciera.

Sigurd se quedó todo el día pensando en este enfrentamiento y la forma de su espada, sin embargo en la noche sus sueños no se trataban de luchas ni formas de espadas, sólo se le aparecía el Dragón Fafnir. Veía la región desolada que había provocado su aliento y veía la cueva que usaba de guarida, veía al Dragón arrastrándose fuera de su cueva, con sus escamas brillando como cotas de malla y del mismo largo que un ejército de hombres.

Al día siguiente trabajó con Regin para darle forma a su espada. Regin ocupó toda su astucia para hacer una espada poderosa. Regin la afiló y Sigurd le sacó brillo hasta que finalmente Sigurd sostuvo la espada por la empuñadura de hierro.

Entonces Sigurd tomó el escudo con la imagen del Dragón Fafnir y lo apoyó sobre el yunque en la fragua, luego tomó con ambas manos su espada y arremetió con toda su fuerza contra el escudo de hierro.

El golpe de la espada destruyó un poco el escudo, en cambio la espada de Sigurd se le partió en las manos. Sigurd se dio media vuelta y le gritó enfurecido a Regin: «¡Me has hecho una espada de cera! No volveré a trabajar contigo, a no ser que me hagas la espada de un Volsung.»

Luego salió del taller, llamó a su caballo Grani y se alejó cabalgando, rápido como el viento, en dirección a la ribera del río.

Regin fue en busca de más piezas de hierro y comenzó a forjar una nueva espada pronunciando algunas runas con relación al tesoro que protegía el Dragón Fafnir. Esa noche Sigurd soñó con el brillo del tesoro que no codiciaba: montones de oro y joyas preciosas.

Al día siguiente volvió para ayudar a Regin y ambos trabajaron pacientemente para forjar una espada más poderosa que la primera. Estuvieron así trabajando durante tres días hasta que Regin puso en las manos de Sigurd una espada, filuda y brillante, más poderosa y espléndida que la primera. Nuevamente

Sigurd tomó el escudo de hierro con la imagen del Dragón Fafnir y lo apoyó sobre el yunque. Con sus dos manos levantó la espada y con toda su fuerza, arremetió contra el escudo. La espada partió el escudo pero se hizo pedazos al golpear contra el yunque.

Sigurd se enfureció con Regin. Luego llamó a Grani, su orgulloso caballo, y se alejó cabalgando tan rápido como el viento.

Sigurd llegó cabalgando hasta la glorieta de su madre, se detuvo delante de Hiordis y le dijo: «Necesito la espada más poderosa del mundo. Aquella que está hecha con el metal extraído desde lo más profundo de la tierra. Madre, ha llegado el momento que me entregues los pedazos rotos de la espada Gram, la espada de Sigmund y de los Volsungs.»

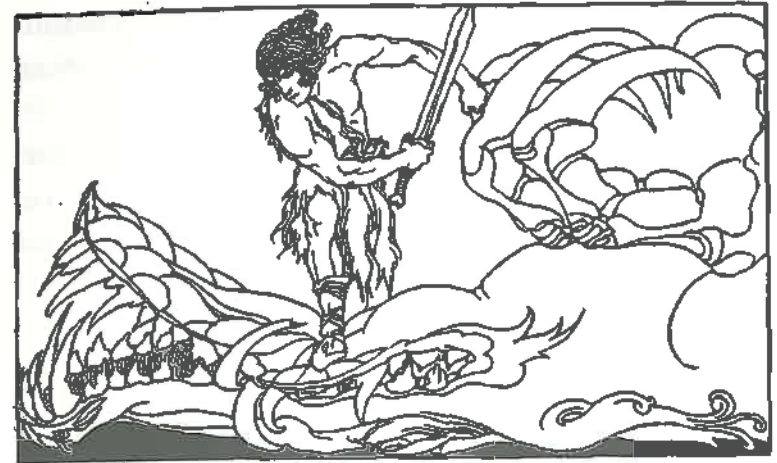
Hiordis lo miró fijamente y observó que su hijo era un joven poderoso, un joven capaz de usar la espada de Sigmund y de los Volsungs. Le pidió que la acompañara hasta el Salón del Rey. Allí abrió un cofre de piedra, sacó una piel de animal, la desenvolvió y le pasó los pedazos rotos de la espada diciéndole: «Toma los pedazos de Gram, la poderosa espada que en días lejanos Odín dejó en el Branstock, la casa en el árbol de los Volsungs. Hijo mío deseo ver la nueva forma que tus manos le darán a Gram.»

Luego Hiordis lo abrazó como nunca antes lo había hecho y ahí parada delante de Sigurd con su cabello colorín que le caía sobre sus hombros, le contó de la gloria de Gram y los triunfos de su padre en cuyas manos había brillado la espada.

Después Sigurd regresó a la herrería, despertó a Regin, le mostró los brillantes pedazos de metal de la espada de Sigmund y le pidió que le fabricara con esos pedazos una espada para él.

Cuando la espada estuvo lista, Sigurd tomó nuevamente el escudo de hierro con la imagen del Dragón Fafnir y la apoyó sobre el yunque. Sigurd sostuvo nuevamente la espada por la empuñadura de hierro y le asestó un tremendo golpe que partió el escudo, además el yunque y hasta el cuerno de hierro. Entonces Sigurd supo que en sus manos tenía la espada de los Volsungs. De inmediato salió a llamar a Grani y, tan rápido como el viento, se alejó cabalgando por la ribera del Río. Vio que en el agua flotaban pedazos de lana. Sigurd le asestó a los trozos con su espada y logró cortarlos. Dureza y finura, Gram podía cortar ambos.

Esa noche Sigurd durmió con la espada Gram bajo su almohada, y continuó soñando con imágenes, que no había pensado, durante el día: el brillo de un tesoro que no codiciaba y el brillo de las escamas de un Dragón, que era demasiado repugnante para luchar en su contra.



LA SANGRE DEL DRAGÓN

Sigurd se fue a la guerra junto a los hombres del Rey Alv. Se alejó junto a un ejército de hombres valerosos, marchando a la región que gobernaba el asesino de su padre. La lucha fue corta y las batallas en las que Sigurd venció no fueron peligrosas. El Rey Lygni estaba viejo y era débil para convocar a su gente. Finalmente Sigurd lo mató y se llevó sus tesoros, sumando sus tierras a las del Rey Alv.

Sin embargo, Sigurd no se sentía satisfecho con la victoria. Había soñado con arduas batallas y con una fama inigualable, ¿cómo podía comparar la batalla que había peleado con las de su padre Sigmund y las de sus antepasados los Volsungs? No, Sigurd no se sentía contento. Guío a sus hombres a través de las montañas para mirar por la guarida del Dragón y al

llegar a la cima ordenó a sus hombres seguir camino hasta el Salón del Rey Alv con el botín que habían conquistado.

Mientras tanto, Sigurd se quedó observando desde la altura hacia el Matorral Gnita donde el Dragón Fafnir tenía su guarida. El paisaje era desolador a causa del aliento del Dragón. Sigurd vio la cueva donde habitaba Fafnir y vio las huellas de sus idas y venidas en el piso. Todos los días el Dragón se alejaba de su cueva, pasaba por el Matorral y se dirigía al río para beber agua.

Sigurd se quedó observando la rutina del Dragón durante todo el día. En la tarde lo vio salir de la cueva y seguir por el camino a los Matorrales, parecía un barco que navegaba rápido gracias a sus muchos remos.

Después Sigurd se dirigió a la herrería de Regin y le dijo al astuto herrero: «Cuéntame todo lo que sepas del dragón Fafnir.»

Regin comenzó a contarle todo lo que sabía pero usaba un lenguaje antiguo, difícil de entender pues pronunciaba varias runas. Al finalizar Sigurd dijo: «Tendrás que repetir todo lo que has hablado pero en la forma en que los hombres hablan hoy en día.»

Regin contestó: «Te conté acerca de un tesoro protegido por el Duende Andvari en los primeros tiempos de la tierra, uno de los Ases forzó a Andvari para que le entregara el tesoro: montones de oro y joyas, que le fueron entregados a Hreidmar, quien fue mi padre.

Todo esto sucedió a raíz de la muerte de mi hermano Otter. Uno de los Ases le entregó el tesoro a Hreidmar, el tesoro más grande que se haya visto en la tierra. Pero tan pronto Hreidmar lo recibió, su propio hijo le dio muerte para quedarse con el tesoro. Ese hijo era Fafnir, mi propio hermano.

Entonces, para que nadie lo molestara por haberse apropiado del tesoro, Fafnir se transformó en un Dragón. Un Dragón tan abominable que nadie se atreve a acercársele. También yo, Regin, he sido atacado con la codicia por el tesoro. No me he transformado en otro ser, sin embargo he utilizado toda la magia que mi padre me enseñó para vivir una vida larga, más larga que cualquier generación de hombres, con la esperanza de ver la muerte de Fafnir y poder apropiarme del tesoro.

Ahora, hijo de los Volsungs, ya conoces todo acerca del Dragón Fafnir y el maravilloso tesoro que él protege.»

Sigurd contestó: «No me interesa el tesoro que el Dragón protege, solamente me importa sanar las nobles tierras del Rey, que hoy se encuentran convertidas en desperdicio y la amenaza constante que significa para los hombres. Lo que a mí me importa es vencer al Dragón Fafnir.»

Regin exclamó ansioso de poseer el tesoro: «¡Con la espada Gram en tu poder puedes vencer al dragón Fafnir! Escucha con atención, te voy a revelar cómo puedes matarlo atravesando la malla de cota que protege su lomo. Escucha, porque lo tengo todo pensado.

El sendero que el Dragón camina hacia el río es siempre el mismo. Cava una trampa en el medio del sendero, cuando Fafnir se caiga deberás propinarle un golpe por encima con tu espada. Gram es la única espada capaz de atravesar la cota. Entonces Fafnir caerá muerto y el tesoro quedará libre.»

Sigurd contestó: «Es muy sabio lo que dices. Lo haremos así y le daré un golpe mortal a Fafnir.»

Sigurd se alejó cabalgando a Grani, su orgulloso caballo, y se presentó ante el Rey Alv y su madre Hiordis. Después junto a Regin, se dirigió al Matorral, en dirección a la guarida del Dragón y allí cavaron juntos una trampa en el sendero hacia el río.

Sigurd le pidió a Regin que se llevara a Grani a una cueva en las montañas para que no fuera a relinchar ante la presencia del Dragón. Luego Regin dijo: «Tengo mucho temor y no puedo ayudarte hijo de los Volsungs. También yo me iré lejos a esperar la muerte de Fafnir.»

Regin se alejó y Sigurd se escondió dentro de la trampa que habían cavado y se puso a practicar la embestida con su espada. Después se recostó mirando hacia arriba y con su poderosa espada levantada.

Pero mientras Sigurd yacía tendido ahí, se le ocurrió algo terrible, ¿qué pasaría si en esa posición lograba enterrarle la espada al Dragón? ¡La sangre y el veneno le caerían encima de su piel y de sus huesos! Entonces Sigurd salió de un salto de la trampa y comenzó a cavar otros hoyos alrededor del primero, después cavó

un túnel para poder pasar de un hoyo al otro y poder escapar de ese modo de la sangre envenenada.

Luego Sigurd volvió a tenderse en la trampa. De pronto escuchó las pisadas del Dragón junto con su extraño y lúgubre grito, repentinamente el Dragón se acercó al hoyo y pudo escuchar su respiración. Luego el Dragón vio la figura de Sigurd por encima de la trampa y bajó la cabeza para observar a Sigurd de cerca.

Era el momento para asestarle un golpe con la espada Gram y Sigurd no dejó que la oportunidad pasara. Le dio un poderoso golpe bajo los hombros cerca del corazón de la bestia. La espada atravesó las duras y brillantes escamas, que eran como una malla de cota para el Dragón. Sigurd sacó la espada, se escabulló en el túnel, rápidamente se cambió a otro hoyo y así evitó contacto con la sangre envenenada que empapó la primera trampa.

Sigurd se asomó por la segunda trampa y vio que la tremenda figura de Fafnir se levantaba y se agitaba. Luego, Sigurd se abalanzó sobre el Dragón y le enterró la espada en el cuello. Fafnir se paró en dos patas como para caer sobre Sigurd con su tronco aplastante, sus pavorosas garras, su feroz aliento y su sangre envenenada. Pero rápidamente Sigurd se cambió a otro hoyo. Entonces Fafnir lanzó su grito de muerte. Después de partir rocas con sus garras, cayó postrado al suelo y su cabeza cayó en la trampa llena con su propia sangre envenenada.

Regin escuchó el grito y supo que el Dragón había muerto, de modo que bajó de su escondite al lugar donde se había librado la batalla. Al ver que Sigurd seguía vivo dio un grito de rabia porque esperaba encontrarlo muerto, envenenado con la sangre del dragón.

Entonces Regin logró dominar su furia y con su semblante tranquilo le dijo: «Ahora serás reconocido en todo el mundo. Por todos los tiempos serás recordado como aquel que venció al Dragón Fafnir. Tu hazaña es mayor a cualquiera de tus antepasados. ¡Oh, Príncipe de los Volsungs!»

Así le hablaba Regin y no paraba de alabarlo. Ahora que Sigurd había sobrevivido se le había ocurrido otro plan.

Sigurd dijo: «Fafnir está muerto y vencerlo no fue tarea fácil. Ahora me presentaré ante el Rey Alv y mi madre, y haré un gran botín con el oro de su tesoro.»

Pero Regin le dijo astutamente: «Espera, espera, aún debes hacer algo por mí. Con tu espada corta al Dragón en dos y pásame su corazón. Cuando lo hayas sacado, ponlo a dorar al fuego para que yo pueda comerlo y ser aún más sabio. Hazme este favor ya que yo te mostré como vencer al Dragón.»

Sigurd hizo todo lo que Regin le pedía. Sacó el corazón del Dragón, lo enterró en un palo y lo puso a dorar al fuego. Regin se alejó y lo dejó solo. Mientras Sigurd se quedó alimentando el fuego hubo un gran silencio en el bosque.

Sigurd estiró su mano para alcanzar una rama de fresno para tirar al fuego y mientras lo hacía le cayó

encima una gota del corazón humeante del dragón. De inmediato sintió que se quemaba y se puso la mano en la boca para aliviar el escozor y su lengua gustó la sangre envenenada del Dragón.

Entonces fue al bosque a juntar más leña para el fuego y llegó a un claro, donde había varios pajaritos. Vio cuatro pajaritos reunidos en una rama que hablaban entre ellos con su canto y Sigurd pudo entender lo que decían.

El primer pajarito dijo: «¡Qué ingenuo es éste que ha llegado hasta aquí! No se imagina enemigo alguno, incluso aunque lo tenga tan cerca. Ese que lo acompañaba fue a buscar una lanza para matarlo.»

El segundo pajarito dijo: «Lo va a matar para quedarse con el tesoro que se esconde en la cueva del dragón.»

El tercer pajarito dijo: «En cambio si él se comiera el corazón del Dragón sería aún más sabio.»

Pero el cuarto pajarito exclamó: «¡Ya probó una gota del corazón y puede entender lo que decimos!»

Los cuatro pajaritos se quedaron en la rama y continuaron conversando entre ellos. Hablaban sobre una maravillosa morada que ellos conocían.

Y decían: «en lo más profundo del Bosque hay un Salón llamado la Casa en Llamas. Tiene diez muros: Uni, Iri, Barri, Ori, Varns, Vegdrasil, Derri, Uri, Dellinger, Atvarder. Cada muro lleva el nombre del Duende que lo construyó. Alrededor de todo el Salón hay un círculo de fuego por donde nadie puede pasar. Adentro del salón duerme una doncella, era

la más sabia, la más bella, la doncella más valiente del mundo.»

Sigurd se quedó parado oyendo lo que decían como si estuviera hechizado.

Uno de ellos exclamó: «¡Miren, miren ahí viene el malvado en busca del joven!»

El otro dijo: «Viene con una lanza en busca del joven.»

El tercero dijo: «El joven morirá si no se aleja rápidamente de ahí.»

Sigurd se dio media vuelta y vio que Regin caminaba silencioso y velozmente hacia él. Llevaba una lanza en su mano, y hubiese sido atravesado por la lanza, de no ser porque Sigurd se alejó del lugar donde oía a los pajaritos. Luego sacó su espada Gram y le asestó un golpe mortal en el pecho.

Regin gritó: «¡Me muero, me muero! Me muero sin haber puesto mis manos en el tesoro que Fafnir protegía. ¡Ah! Es la maldición del tesoro, primero Hreidmar, luego Fafnir, y ahora yo muero por su causa. ¡Pues que ahora recaiga la maldición sobre mi asesino!» Luego Regin dio el último respiro y Sigurd enterró el cuerpo en uno de los hoyos al lado de la trampa donde Fafnir yacía.

Después Sigurd se dirigió al fuego donde se doraba el corazón del Dragón para comérselo de modo de convertirse en el hombre más sabio. Pensó que después iría a la cueva para apropiarse del tesoro del Dragón y llevárselo, como botín de guerra, al rey Alv y a su madre.

Después iría al bosque a buscar la Casa en Llamas donde dormía la doncella más sabia, hermosa y valiente del mundo.

Sin embargo, Sigurd no pudo comerse el corazón del Dragón Fafnir pues cuando regresó al fuego encontró que el corazón ya estaba carbonizado.



LA HISTORIA DE SIGMUND Y SIGNY

Sigurd quiso llamar a Grani, su orgulloso caballo, de modo que se paró en un montículo en el Matorral y dio un gran grito. Grani lo escuchó dentro de la cueva, donde Regin lo había dejado y salió galopando con su melena al viento y su mirada de fuego.

Sigurd montó a Grani y cabalgó hasta la cueva de Fafnir. Entró al lugar donde el Dragón acostumbraba a tenderse y vio que había una puerta de hierro. Sacó su espada Gram y tajeó el hierro, luego con su fuerza poderosa empujó la puerta. Ante él se encontraba el tesoro del Dragón: montones de oro y joyas preciosas.

Pero al contemplar el tesoro, Sigurd sintió la sombra de maldad que envolvía al tesoro. Este era el tesoro que en tiempos antiguos las Doncellas del Río

solían mirar debajo del agua. El Duende Andvari las había forzado a entregarle el tesoro. Luego Loki había forzado a Andvari y de paso había liberado a la bruja Gulveig, quien tenía oscuras intenciones en contra de los Dioses. A causa del tesoro, Fafnir había asesinado a su padre Hreidmar, y Regin había planeado la muerte de su hermano Fafnir.

Sigurd no conocía la historia completa del tesoro, sin embargo, mientras observaba el brillante y destellante montón, la sombra de maldad que lo envolvía logró llegar a su espíritu. Quería llevárselo todo pero no era el momento. Todavía tenía presente la historia que había escuchado contar a los pajaritos, y el bosque verde significaba más para él que el destello del montón de oro y joyas. Decidió que después regresaría con cofres para llenarlos y llevárselos al Salón del Rey Alv. De modo que sólo se llevó algunas joyas puestas.

Sigurd encontró un casco de oro y se lo puso en la cabeza. Un precioso brazalete que se puso en su brazo. Encima del brazalete encontró un pequeño anillo con runas grabadas y Sigurd se lo puso en el dedo. Este era el anillo que el Duende Andvari había maldecido cuando Loki le arrebató el tesoro.

Sigurd sabía que nadie se atrevería a cruzar por el Matorral y llegar hasta la cueva de Fafnir, de modo que dejó el tesoro desprotegido. Montó a Grani, su orgulloso caballo y se fue cabalgando en dirección al bosque. Buscaba la Casa en Llamas donde ella yacía durmiendo, la doncella que era la más sabia, hermosa y valiente del mundo. Sigurd cabalgó y cabalgó

con su casco de oro resplandeciendo sobre su dorado cabello.

Mientras cabalgaba por el bosque, Sigurd pensó en su padre Sigmund, cuya muerte había vengado, pensó en el padre de Sigmund, un Volsung, y en las sombrías hazañas que habían sufrido y causado los Volsungs.

Reri, el hijo de Sigi, hijo de Odín, era el padre de Volsung. Cuando Volsung era joven, construyó su Salón alrededor de un poderoso árbol. Sus ramas llegaban hasta el techo, de modo que se convirtieron en las vigas de la casa y su gran tronco se convirtió en el centro del Salón. El Árbol se llamó Branstock y el Salón de Volsung se llamó el Salón del Branstock.

Volsung tuvo muchos hijos, once hijos y una hija. Todos sus hijos fueron hombres fuertes y excelentes guerreros. Volsung del Salón del Branstock fue un líder poderoso.

Fue a causa de Signy, la hija de la casa, que se produjo una gran disputa familiar y una lucha sangrienta. Ella era sabia, una doncella noble y su fama se extendió por todas partes. Un día Volsung recibió un mensaje de un Rey pidiendo la mano de Signy en matrimonio. Volsung conocía a este Rey por lo que se contaba acerca de sus batallas, de modo que respondió diciendo que sería bienvenido al Salón en el Branstock.

Así fue que el Rey Siggeir junto a sus hombres, se presentó por primera vez ante los Volsungs, pero a

ellos no les gustó su rostro. Signy se apartó de él diciendo: «Este Rey es malvado y mentiroso.»

Volsung y sus once hijos se reunieron para decidir como proceder. Siggeir estaba acompañado por un gran ejército de hombres, si se rehusaban a entregar a Signy podía asesinarlos a todos y saquear el reino. Además, habían prometido entregarla con la señal de ser bienvenidos en el Salón. Los Volsungs se reunieron durante mucho tiempo. Diez de los hermanos respondieron: «Será mejor que Signy se case con este Rey, seguro que no es tan malo como ella cree.» Diez hermanos pensaban así, sin embargo uno de ellos dijo: «No entregaremos nuestra hermana a un Rey malvado. Tendremos que salir todos a luchar mientras el Salón del Branstock arde sobre nuestras cabezas.»

El que habló así fue Sigmund, el más joven de los Volsungs.

Finalmente, el padre de Signy decidió: «No conocemos maldad en el Rey Siggeir. Además le hemos dado nuestra palabra. Que celebre con nosotros esta noche en el Salón del Branstock y dejaremos partir a Signy para que se convierta en su esposa.» Todos miraron a Signy y vieron su rostro serio y pálido.

Entonces ella contestó: «Que sea como mi padre y mis hermanos desean. Contraeré matrimonio con el Rey Siggeir y me iré junto a él a vivir en el extranjero.» Así habló Signy, sin embargo Sigmund escuchó que pensaba: «Es una desgracia para los Volsungs.»

Se celebró una gran fiesta. El Rey Siggeir y sus hombres llegaron al Salón del Branstock. Se encendieron las antorchas, se acomodaron las mesas y se sirvieron cuernos con hidromiel para los invitados. En la mitad de la fiesta un desconocido entró en el Salón. Era más alto que cualquiera de los presentes y sus modos eran los más nobles. Todos lo saludaron con una reverencia y le ofrecieron un cuerno con hidromiel que el desconocido bebió. Luego se desabotonó la capa azul que llevaba puesta y sacó una espada que hizo brillar aún más el salón.

El desconocido se acercó al árbol en el centro del Salón, el Branstock y enterró la espada en el tronco. Todos los presentes enmudecieron. Luego el desconocido habló con una voz que parecía el llamado de las trompetas: «La espada será para aquél que la pueda sacar del Branstock.»

Después el desconocido se retiró del Salón.

Todos se quedaron mirando la espada y vieron la enorme empuñadura con un brillo maravilloso. Todos quisieron abalanzarse para intentarlo, sin embargo Volsung habló diciendo: «Lo más conveniente es que primero nuestro invitado y yerno, el Rey Siggeir, intente sacar la espada que el desconocido ha enterrado en el Branstock.»

El Rey Siggeir se dirigió al árbol y puso sus manos en la gran empuñadura. Con toda su fuerza intentó sacar la espada, pero ni siquiera logró moverla. Lo intentó hasta el cansancio pero fracasó. Una oscura mirada de ira apareció en su rostro.

Siguió el turno del resto. Los capitanes que acompañaban al Rey Siggeir tampoco lograron mover la espada. Lo intentó Volsung pero tampoco logró moverla. Uno tras otro sus hijos lo intentaron hasta que finalmente le tocó al último, al más joven, a Sigmund. Tan pronto Sigmund apoyó sus manos en la empuñadura, la espada salió suavemente y el salón se iluminó con su brillo maravilloso.

Era una espada misteriosa, una espada forjada del mejor metal y por los herreros más astutos del mundo. Todos sentían envidia de Sigmund por haberse ganado la maravillosa espada.

El Rey Siggeir lo miró con ojos envidiosos y le dijo: «Buen hermano, te daré todo el oro que pesa esa espada a cambio de ella.»

Pero Sigmund contestó orgulloso: «Si la espada hubiese sido vuestra la hubieseis ganado. La espada no era vuestra sino de un Volsung.»

Signy miró al Rey Siggeir y vio que su rostro se llenaba aún más de odio. Ella sabía que en su corazón se anidaba un tremendo odio por la raza de los Volsungs.

Sin embargo, al finalizar la fiesta, Signy contrajo matrimonio con el Rey Siggeir y a la mañana siguiente partió del Salón del Branstock y se dirigió hasta la playa donde se encontraba su gran barco pintado, aguardando para zarpar. Mientras Signy se despedía de su padre y sus hermanos, el Rey Siggeir los invitó con tono fraternal, a visitar sus tierras para que pudieran ver a Signy. El Rey insistió hasta que cada uno

de los hermanos prometió que iría a visitar al Rey y a Signy en su país. Llegó el turno de Sigmund y el Rey le dijo: «Cuando nos visites recuerda traer contigo la poderosa espada.»

Todo esto era lo que Sigurd el hijo de Sigmund recordaba mientras cabalgaba en dirección al bosque.

Llegó el momento en que Volsung y sus hijos tuvieron que cumplir la promesa hecha al Rey Siggeir. Prepararon los barcos y zarparon lejos de las tierras del Branstock. Navegaron hasta divisar las costas del país del Rey Siggeir, luego anclaron cerca de la playa donde levantaron un campamento para presentarse a la mañana siguiente en el Salón del Rey.

Antes que aclarara el día, alguien se acercó al campamento vestida con una capa y una capucha. Sigmund, quien hacía la guardia, la reconoció y dijo: «¡Signy!» Ella le pidió que reuniera a su padre y a sus hermanos para advertirles de una traición en contra de ellos.

«El Rey Siggeir ha preparado un gran ejército para atacarlos. Él odia a los Volsungs, tanto el tronco como las ramas. Su plan es atacar con su gran ejército tanto a mi padre como a mis hermanos para asesinarlos. De ese modo pretende apoderarse de Gram, la espada maravillosa de Sigmund. De modo que les vengo advertir, ¡Oh Volsungs ¡Huid! ¡Zarpad cuánto antes y alejaos de esta trágica región!»

Pero su padre Volsung, no quiso escuchar y dijo: «Los Volsungs no salen huyendo de una región que prometieron visitar. Cada uno de nosotros dio su

palabra de visitar al Rey Siggeir y eso es lo que haremos. Y si él fuera tan cobarde como para atacarnos, nosotros los Volsungs jamás hemos sido derrotados, y nos defenderemos contra su ejército, los mataremos y te llevaremos devuelta al Salón del Branstock. Ahora, ya transcurre el día, debemos presentarnos en el Salón.»

Signy quería advertirles del gran ejército que había reunido el Rey Siggeir pero sabía que sería inútil, nada detendría a los Volsungs, así es que no volvió a pronunciar palabra, y cabizbaja regresó al Salón del Rey Siggeir.

Siggeir sabía que Signy había ido a advertir a su padre y a sus hermanos, de modo que aprovechó para reunir a sus hombres, que se apostaron astutamente en el camino que los Volsungs tomarían en dirección al Salón. Después envió a un mensajero al barco para que les diera la bienvenida.

Pero tan pronto los Volsungs y sus hombres salieron del barco, el gran ejército del Rey Siggeir se abalanzó sobre ellos. Se desencadenó una feroz lucha en la playa, y antes cayeron muchos de los hombres del Rey Siggeir que de los Volsungs. Pero Volsung fue asesinado, sus once hijos fueron tomados prisioneros y a Sigmund le arrebataron de sus manos la maravillosa espada Gram.

Los hermanos fueron conducidos ante el Rey Siggeir en su Salón, los once príncipes Volsungs. Al verlos el Rey se largó a reír y dijo: «Ya no están en

el Salón del Bránstock y no podrán deshonrarme con sus oscuras miradas y sus palabras de desprecio. Ahora tendrán que enfrentar una prueba mucho más dura que sacar una espada de un tronco. Antes de la puesta del sol os veré hecho pedazos junto a vuestra espada.»

Signy, quien se encontraba presente, con su rostro pálido y sus ojos grandes, se puso de pie y dijo: «No pido por la vida de mis hermanos, pues sé que nada serviría. Sólo os pregunto Rey Siggeir si acaso conocéis el proverbio: «Dulce la vista mientras el ojo pueda ver.»

Después de oírla, Siggeir se largó a reír con su risa malvada y le contestó: «¡Ah! Mi Reina, Dulce la vista mientras el ojo pueda ver su sufrimiento. No morirán todos al mismo tiempo. Permitiré que sean espectadores de sus propias muertes.»

Sigurd les dio una nueva orden a sus cobardes tropas. La orden consistía en llevar a los once hermanos a lo más profundo del bosque, encadenarlos a las grandes vigas y abandonarlos allí. Y esto fue lo que les sucedió a los once hijos Volsungs.

Al día siguiente uno de los más fieles sirvientes de Signy fue a espiar qué sucedía con ellos y luego Signy le preguntó: «¿Qué ha sucedido con mis hermanos?»

El sirviente contestó: «Una poderosa loba apareció en el lugar donde vuestros hermanos están encadenados y se devoró al mayor de ellos.»

Al enterarse de lo sucedido Signy no dejó caer ni una lágrima de sus ojos, sin embargo su corazón se

endureció un poco más. Después le dijo: «Ve nuevamente para espiar lo que suceda.»

El sirviente regresó por segunda vez y dijo: «La loba se devoró al segundo de vuestros hermanos.» Tampoco esta vez Signy derramó ni una lágrima y nuevamente su corazón se endureció.

Todos los días el sirviente regresaba a contarle lo que sucedía a sus hermanos, hasta que llegó un día en que sólo quedaba vivo Sigmund, el menor de los hermanos.

Signy dijo: «Pues bien tengo un plan para enfrentar este momento. Lleva un recipiente con miel y embetuna con la miel la cara de Sigmund, mi encadenado hermano.»

El sirviente siguió las órdenes de Signy.

La loba regresó al lugar donde Sigmund se hallaba encadenado, sin embargo al olfatearlo, encontró la miel en su cara y comenzó a lengüetearlo. Con sus poderosos dientes, Sigmund le agarró la lengua a la loba y comenzó una fuerte lucha entre ambos. Sigmund no le soltaba la lengua y tanto fue el forcejeo que se partió la viga a la que Sigmund estaba encadenado. Entonces, Sigmund se defendió con sus dos manos y le partió la mandíbula a la loba en dos.

El sirviente estaba espiando todo lo que sucedía así es que se lo contó a Signy quien se puso muy contenta y dijo: «Uno de los Volsungs aún está con vida y seguro que buscara vengarse del Rey Siggeir y de sus hombres.»

De todos modos el sirviente se mantuvo atento en el bosque y dejó una seña en el lugar donde Sigmund se construyó una cabaña para habitar. De este modo solía traer y llevar mensajes entre Signy y Sigmund. Sigmund no vivía mejor que un cazador o un fugitivo pero jamás abandonó el bosque. De modo que el rey Siggeir desconocía que uno de los Volsungs se hallaba con vida y que además vivía en sus alrededores.



LA HISTORIA DE SIGMUND Y SINFIOTLI

Mientras Sigurd cabalgaba en dirección al bosque pensaba en su padre Sigmund, pensaba en su vida y su muerte de acuerdo a lo que le había relatado su madre Hiordis.

Sigmund vivió mucho tiempo la vida de un cazador o de un fugitivo, sin embargo jamás se alejó del bosque en los dominios del Rey Siggeir. A menudo recibía mensajes de Signy, ellos dos eran los últimos Volsungs y sabían que el Rey Siggeir y sus hombres debían morir por la alta traición que habían cometido contra sus hermanos y su padre.

Sigmund sabía que su hermana enviaría a su hijo para ayudarlo. Un día, llegó hasta su cabaña un niño que había cumplido los diez años. De inmediato reconoció a uno de los hijos de Signy. Ella deseaba que

lo entrenara para convertirse en un guerrero digno de la estirpe de los Volsungs.

Sigmund casi ni miró ni le habló al muchacho, como iba de caza, sacó una lanza del muro y le dijo: «Allí hay un bolso para la comida, prepara la cena y el pan con lo que encuentres y cenaremos a mi regreso.»

Al regresar encontró todo igual, la cena no estaba preparada y el niño todavía observaba el bolso de comida con sus ojos bien abiertos.

Sigmund preguntó: «¿Cómo es que aún no has preparado la cena?»

El niño respondió: «Es que siento temor del bolso porque algo se mueve allí dentro.»

Sigmund exclamó: «Tienes más temor que un ratón. Anda, regresa donde tu madre y dile que no tienes la sustancia de un guerrero Volsung.»

De modo que el niño se alejó llorando.

Pasó un año y llegó otro hijo de Signy. Nuevamente Sigmund casi ni lo miró, ni le habló al niño, sólo le dijo: «Allí está el bolso de comida. Prepara la cena y el pan mientras regreso.»

Al regresar, Sigmund encontró todo igual, la cena no estaba preparada y el niño se había alejado del bolso.

Sigmund preguntó: ¿Cómo es que aún no has preparado la cena?»

El niño respondió: «Es que algo se mueve dentro del bolso y sentí miedo.»

Sigmund exclamó: «Tienes más temor que un ratón. Anda, regresa donde tu madre y dile que no tienes la sustancia de un guerrero Volsung.»

Y este niño, al igual que su hermano, se alejó llorando.

En ese tiempo Signy no tenía otro hijo pero finalmente le nació uno, un hijo del pensamiento desesperado. También cuando este hijo fue mayor lo envió donde Sigmund.

Cuando este niño se presentó en la cabaña, Sigmund le preguntó: «¿Qué te ha dicho tu madre?»

«Nada. Ella me cosió mis guantes y luego me pidió que me los sacara.»

«¿Y lo hiciste?»

«Sí, y cuando me los saqué se me salió la piel.»

«¿Y lloraste?»

«Un Volsung no llora por ese tipo de cosas.»

Sigmund se quedó mirando atentamente al muchacho. Era alto, noble y fuerte, y no tenía miedo en su mirada.

El muchacho preguntó: «¿Qué necesitáis de mí?»

Sigmund dijo: «Allí está el bolso de comida. Prepara la cena y el pan mientras regreso.»

Cuando Sigmund regresó encontró el pan horneándose en el fuego.

Sigmund preguntó: «¿Cómo preparaste la masa?»

«Mezclé todos los ingredientes. Me pareció que había una serpiente en el bolso pero también la amasé, ahora la serpiente y el pan se están horneando en el fuego.»

Sigmund se rió, abrazó al muchacho y dijo: «No comerás de ese pan pues amasaste con una serpiente venenosa.»

El niño se llamaba Sinfiotli. Sigmund lo entrenó para que desarrollara las habilidades de un cazador y de un fugitivo. Fueron a todas partes juntos tomando venganza de los hombres del Rey Siggeir. El niño era fiero pero jamás hablaba una palabra que no fuera verdad.

Un día en que Sigmund y Sinfiotli se encontraban cazando llegaron hasta una extraña casa en el oscuro bosque. Entraron en ella y encontraron a dos hombres que yacían durmiendo un sueño muy profundo. En sus brazos llevaban grandes brazaletes de oro puro y Sigmund supo que se trataba de los dos hijos del Rey.

Junto a los hombres dormidos, había unas pieles de lobo, dejadas allí como si hubieran sido recién sacadas. De modo que Sigmund supo que estos hombres sabían transformarse en otras formas, podían transformarse en lobos y recorrer así el bosque.

Sigmund y Sinfiotli se pusieron las pieles que se habían sacado los hombres y así se transformaron en lobos. Convertidos en lobos acostumbraban a recorrer el bosque y luego volvían a transformarse en hombres. Como lobos se abalanzaban sobre los hombres del Rey Siggeir asesinando a muchos de ellos.

Un día, Sigmund le dijo a Sinfiotli: «Aún eres joven y no quiero que seas imprudente. Si te encuentras a un grupo de siete hombres enfréntalos, pero si te topas con más de siete hombres, recuerda aullar como lo hacen los lobos y vendré en tu ayuda.»

Sinfiotli prometió que así lo haría.

Un día, mientras iba por el bosque transformado en lobo, Sigmund escuchó el ruido de una lucha y se detuvo para oír el aullido de Sinfiotli. Pero no hubo ninguno. Entonces Sigmund salió galopando en esa dirección. En el camino contó once hombres muertos hasta que llegó donde Sinfiotli. Allí estaba tendido en la maleza, transformado en lobo y aún jadeante por la lucha que había sostenido.

Sigmund exclamó: «Te enfrentaste a once hombres. ¿Por qué no me has llamado?»

«¿Por qué debería llamarte? No soy tan débil como para no enfrentar a once hombres por mí mismo.»

Sigmund se enojó mucho con esta respuesta. Se quedó mirando fijamente a Sinfiotli, mientras éste yacía tendido y observó la naturaleza débil en la piel del lobo. Entonces dio un salto encima y le enterró los dientes en la garganta a Sinfiotli.

Sinfiotli se quedó tendido quejándose del dolor. Sigmund sabía que le había propinado un mordisco mortal con sus fauces y aullaba angustiado.

Entonces, mientras lengüeteaba a su compañero vio a dos comadreas que comenzaban a pelear entre ellas. La primera atacó a la segunda con un mordisco en la garganta y la dejó tendida como muerta. Sigmund había visto el enfrentamiento y el final. Pero luego la primera comadreja salió corriendo en busca de ciertos hierbajos y se los puso encima de la herida de su compañera. El hierbajo curó la herida, la comadreja se levantó como si nada hubiera sucedido y rápidamente salió corriendo de ahí.

De inmediato, Sigmund salió en busca del hierbajo que había visto a la comadreja traer a su compañera, y mientras lo buscaba, vio que un cuervo volaba con una hoja en su pico. Sigmund reconoció el mismo hierbajo que había usado la comadreja, de modo que se lo arrebató y se lo puso en la herida de la garganta a Sinfiotli. La herida curó y Sinfiotli se recuperó. Entonces regresaron juntos a la cabaña en el bosque. Al día siguiente Sigmund y Sinfiotli hicieron una fogata y quemaron las pieles de lobo. Luego les pidieron a los Dioses para que nunca volvieran a caer en las pasiones de la naturaleza lupina. Sigmund y Sinfiotli nunca más volvieron cambiar de forma.



LA HISTORIA DE LA VENGANZA DE LOS VOLSUNGS Y DE LA MUERTE DE SINFIOTLI

Pasó el tiempo y Sinfiotli desarrolló la fuerza de un hombre poderoso. Había llegado el momento de vengarse del Rey Siggeir por el asesinato de los Volsungs y la pavorosa muerte a la que había sometido a sus diez hijos. Sigmund y Sinfiotli se pusieron cascos para proteger sus cabezas y con espadas en la mano, salieron en dirección al Salón del Rey Siggeir. Se escondieron detrás de los barriles de hidromiel que había a la entrada y allí esperaron hasta que los hombres armados abandonaran el Salón para atacar al Rey.

En ese momento los pequeños hijos del Rey Siggeir jugaban en el Salón. A uno se le cayó su pelota y salió rodando detrás del barril. El niño salió en busca de su pelota y vio a los dos hombres, con espadas y cascos en sus cabezas, en cuclillas detrás del barril.

El niño se lo contó a uno de los sirvientes y éste le advirtió al Rey. Siggeir se puso de pie y se rodeó de sus hombres con armas para enfrentar a los dos que se escondían detrás del barril. Sigmund y Sinfiotli, de un salto, se abalanzaron contra ellos y aunque se defendieron con valor, finalmente fueron tomados prisioneros.

Sigmund y Sinfiotli no podían ser asesinados en ese momento, ya que era contra la ley dar muerte a los prisioneros después del atardecer. Sin embargo, el Rey Siggeir no quiso dejarlos sobre tierra y mandó a que se cavara un hoyo profundo donde meterlos y luego rellenar con un cerro de tierra, para que así quedaran enterrados vivos bajo tierra.

La sentencia se cumplió tal cual. Se puso una tremenda baldosa divisoria en la mitad del hoyo para que Sigmund y Sinfiotli pudieran escuchar sus intentos por liberarse y al mismo tiempo no pudieran ayudarse entre ellos. Todo se hizo tal como el Rey lo ordenó.

Pero mientras sus esclavos lanzaban terrones encima del hoyo, alguien se acercó a ellos, vestida con una capa azul y enfundada con una capucha. La figura lanzó algo envuelto en paja, dentro del hoyo donde se hallaba Sinfiotli. Cuando ya no pudieron ver el cielo por la capa de tierra y pasto que les lanzaron encima, Sinfiotli le gritó a Sigmund: «No moriré porque la Reina me ha lanzado un pedazo de carne envuelto en paja.»

Después de un rato Sinfiotli volvió a gritarle a Sigmund: La Reina dejó una espada dentro de la carne que me lanzó. Es una espada poderosa. Hasta me

parece que se trata de la espada que me contaste. ¡La espada Gram!»

Sigmund dijo: «Si se trata de Gram, es una espada que puede cortar la baldosa. Apoya el filo contra la piedra e inténtalo.»

Sinfiotli apoyó el filo sobre la baldosa y la espada atravesó la piedra. Uno a cada lado tomó la espada hasta partir la piedra en dos. Después entre ambos fue fácil remover la tierra y el pasto hasta salir bajo el cielo nuevamente.

Delante de ellos se hallaba el salón del Rey Siggeir. Se acercaron al Salón y lo rodearon de leña seca, luego le prendieron fuego y el Salón comenzó a incendiarse. Mientras el Salón se quemaba el Rey Siggeir salió a la puerta y gritó: «¿Quién se atrevió a prender fuego a la casa del Rey?»

Y Sigmund contestó: «Yo, Sigmund, el hijo de Volsung, para vengar la muerte de los Volsungs.»

Al ver a Sigmund sosteniendo a Gram, la poderosa espada en su mano, Siggeir retrocedió y entró al Salón. Allí estaba Signy, con su rostro pálido y su mirada severa. Sigmund la llamó: «Ven hermana, ven. Sigmund os llama. Sal del Salón de Siggeir que se quema y juntos regresaremos al Salón del Branstock.»

Pero Signy contestó: «Para mí se ha terminado todo. La venganza se ha consumado y ya nada me retiene en la tierra. ¡Oh! hermano, ahora la raza de los Volsungs sólo vive en ti y esa es mi alegría. No contraí un matrimonio feliz con el Rey Siggeir, ni viví feliz junto a él pero ahora sí muero feliz a su lado.»

Después Signy volvió a entrar en el Salón. Las llamas se apoderaron de todo y de todos los que allí se encontraban. La venganza de los Volsungs estaba consumada.

Mientras continuaba cabalgando por el bosque Sigurd pensaba en la hazaña realizada por su padre y Sinfiotli, el muchacho que lo había acompañado, y en todas las aventuras que siguieron.

Sigmund y Sinfiotli abandonaron las tierras del Rey Siggeir y regresaron a la región del salón del Branstock. Sigmund se convirtió en un gran Rey y Sinfiotli en el Capitán de sus huestes.

La historia de Sigmund y Sinfiotli continúa relatando como Sigmund se enamoró de una doncella llamada Borghild y por su parte Sinfiotli se enamoró de una doncella que era amada también por el hermano de Borghild. Entonces los jóvenes se enfrentaron en una batalla y Sinfiotli mató al hermano de Borghild en un combate justo.

Sinfiotli regresó a casa para hacer las paces con la Reina. Sigmund le regaló a Borghild grandes cantidades de oro como compensación por la muerte de su hermano. La Reina recibió el oro y dijo: «¡Oh! la muerte de mi hermano está más que compensada con este gesto. No se vuelva a hablar del tema.» Luego le dio la bienvenida a Sinfiotli en el salón del Branstock.

Pero, a pesar de que se mostró amistosa frente a él, su corazón se empecinó en su destrucción.

Esa noche se celebró una fiesta en el Salón del Branstock y la Reina Borghild se paseó entre los

invitados ofreciendo un cuerno de hidromiel. Llegó donde Sinfiotli y le ofreció el cuerno diciendo: «Oh, amigo de Sigmund, tomad este cuerno que os ofrezco.»

Pero Sinfiotli vio lo que había en su mirada y contestó: «No beberé de este cuerno pues hay veneno en ese brebaje.»

Para terminar la burla que la Reina hacía a Sinfiotli, Sigmund, quien se encontraba cerca, tomó el cuerno y bebió. Ningún veneno podía hacerle daño. Alzó el cuerno y se bebió el contenido de un solo sorbo.

La Reina le preguntó a Sinfiotli: «¿Acaso deben otros hombres beber por ti?»

Más tarde en la noche se acercó a él nuevamente con el cuerno de hidromiel en su mano. Se lo ofreció a Sinfiotli, pero él vio su mirada de odio y contestó: «No beberé de este cuerno pues hay veneno en ese brebaje.»

Nuevamente Sigmund se bebió el contenido de un solo sorbo. Y nuevamente la Reina se burló de Sinfiotli.

Después lo intentó por tercera vez, pero antes de ofrecerle el cuerno dijo: «Éste es el que teme beber como un hombre ¡Y dice que tiene el corazón de un Volsung!» Sinfiotli vio el odio en su mirada pero sus burlas no lograrían que bebiera del cuerno. Nuevamente a su lado se hallaba Sigmund pero ahora se hallaba cansado de levantar el cuerno y le dijo a Sinfiotli: «Si no quieres beber por lo menos derrama el líquido en tu barba.»

Sinfiotli pensó que le decía que probara el hidromiel con sus labios barbudos y no continuara ofuscando a la Reina. Pero ésa no era la intención de Sigmund, sino que esperaba que Sinfiotli pretendiera beber, mientras dejaba caer el hidromiel al piso. Sin comprender las intenciones de su compañero, Sinfiotli levantó el cuerno que le ofreció la Reina, lo apoyó en sus labios y bebió el contenido. Tan pronto tragó el líquido, el veneno que contenía hizo efecto en su corazón y cayó muerto en el Salón del Branstock.

Sigmund quedó muy afligido con la muerte de su compañero y no dejaba que nadie tocara su cuerpo. Él mismo levantó el cuerpo y salió del Salón. Lo llevó por el bosque y luego bajó a la orilla del mar. Allí divisó que se acercaba un hombre en un bote. Sigmund se acercó a la orilla y vio que el desconocido era un anciano muy alto. El desconocido dijo: «Me llevaré ese cuerpo conmigo.»

Sigmund dejó el cuerpo de Sinfiotli dentro del bote y creyó que podría sentarse a su lado, sin embargo, tan pronto lo apoyó allí, el bote comenzó a alejarse de la orilla, sin tener velas ni remos. Sigmund, miró al anciano que estaba sentado en la popa, y supo que no se trataba de un mortal, sino que era Odín, el Padre de Todos, el que le había entregado la espada Gram.



BRUNILDA EN LA CASA EN LLAMAS

Al principio Sigurd cabalgó a través de los caminos del bosque hasta que llegó a la orilla de una montaña, luego trepó hasta su cumbre. Finalmente llegó a un claro, sin árboles, a Hindfell, un lugar abierto al cielo y al viento: allí se encontraba la Casa en Llamas. Sigurd se detuvo ante los altos muros negros y observó el anillo de fuego que lo rodeaba.

Mientras intentaba acercarse oyó el ruido que provenía de la montaña y del círculo de fuego. Montado en Grani, su orgulloso caballo, se quedó mirando fijamente los negros muros y el círculo de llamas a su alrededor.

Luego intentó cruzar el fuego cabalgando pero Grani no respondió y se quedó detenido. Sigurd volvió a intentarlo, se aproximó hasta el muro de fuego y esta vez lo cruzó de un salto.

Así llegó a la entrada del Salón. No había nada ni nadie. Sigurd desmontó y le pidió a Grani que se quedara tranquilo. Abrió la puerta y vio una habitación decorada con unas largas cortinas donde había bordado un gran árbol, un árbol con tres raíces y el bordado continuaba en las cortinas que rodeaban toda la habitación. Había una cama en el centro y en ella alguien yacía tendido durmiendo. Llevaba un casco en la cabeza y en el pecho una malla de cota. Sigurd le sacó el casco y vio el maravilloso y brillante cabello de una mujer. Sin duda se trataba de la doncella de la que hablaban los pajaritos del bosque.

Sigurd, con su espada, cortó la malla de cota que la doncella llevaba en el pecho y se quedó observándola por mucho tiempo. Su rostro era hermoso pero serio: como de alguien firme que no se deja dominar. Sus brazos y sus manos eran muy bellos y fuertes. Su boca orgullosa y sobre sus ojos cerrados tenía unas hermosas cejas.

De pronto la doncella se despertó, abrió sus ojos, se quedó mirando a Sigurd y dijo: «¿Quién sois que os atrevéis a despertarme?»

Él contestó: «Soy Sigurd, el hijo de Sigmund, de la raza de los Volsungs.»

«¿Habéis atravesado el anillo de fuego?»

«Sí»

Entonces la doncella se arrodilló, levantó los brazos en dirección a la luz que entraba en la habitación y exclamó: «¡Salve!, ¡Oh! Día Salve los Rayos de Luz que son los hijos del Día. ¡Oh! Noche, e hija

de la Noche. Bendecidnos con vuestra mirada. ¡Oh! Ases y Vanes, Salve los Anchos Campos del Midgard. Dadnos Sabiduría, Sabias Palabras y Poderes Sanadores. Protegednos y Ahuyentad la mentira y la cobardía.»

Todo esto exclamaba la doncella, con sus ojos bien abiertos, con ojos tan azules como Sigurd nunca había visto, y sus ojos contenían el azul de las flores, el azul del cielo y el azul de los trajes de combate. Mirándolo fijamente con sus ojos azules la doncella le dijo: «Yo soy Brunilda. Hace mucho tiempo era una Valkiria pero ahora soy una doncella mortal, conozco la muerte y los sufrimientos de las doncellas mortales. Sin embargo, hay cosas que no podré conocer: la mentira, ni la cobardía.»

Era la doncella más valiente y hermosa del mundo. Sigurd supo que así era. Sacó su espada Gram, la apoyó sobre sus pies repitiendo su nombre: Brunilda. Sigurd le contó cómo había derrotado al Dragón y cómo había entendido el lenguaje de los pajaritos cuando hablaban de ella. Brunilda se levantó, se amarró el cabello mientras Sigurd la miraba asombrado pues le pareció que Brunilda no pisaba la tierra.

Se sentaron juntos a conversar y Brunilda le contó muchos secretos y cosas maravillosas. También le relató cómo Odín la envió a escoger entre los muertos a los Héroes del Valhalla. Le contó cómo Odín entregaba la victoria a los que él escogía y le contó cómo ella había desobedecido la voluntad de Odín, por lo que había sido expulsada del Asgard. Odín la

había pinchado con la espina del Árbol del Sueño, para que durmiera hasta que la despertara el mortal más valiente del mundo. Él que había de cortar la malla de cota, pues de ese modo se saldría la Espina del Sueño. Ella dijo: «Odín me prometió que como mortal contraería matrimonio sólo con el mortal más valiente del mundo. Para asegurarse de que sólo aquél lograría despertarme, Odín rodeó la casa con un anillo de fuego. Vos, Sigurd, el hijo de Sigmund habéis venido hasta mí.» Debéis de ser el más valiente y sin duda el más guapo, como Tyr, el Dios que siempre esgrime la espada.»

Además Brunilda le contó que debía contraer matrimonio con aquél que lograra pasar a través del fuego y quisiera convertirla en su esposa.

Hablaron de muchas cosas mientras transcurría el día. Luego Sigurd oyó a Grani, que relinchaba y relinchaba. Sigurd le dijo a Brunilda: «Permitidme alejarme de vos. Yo no soy quien para reclamaros. Aún no he superado en valentía a mis antepasados. Di muerte al Rey Lygni para vengar el asesinato de mi padre y vencí al dragón Fafnir, pero aún es muy poco. Mi nombre ha de ser digno de fama. Haré todo lo necesario para lograrlo y entonces volveré a buscaros a la Casa en Llamas.»

Brunilda contestó: «Habéis hablado sabiamente. Vuestro nombre deberá ser digno de fama. Y haced todo lo necesario para lograrlo. Yo os esperaré, sabiendo que nadie más que Sigmund será capaz de pasar a través del fuego que rodea la casa que habito.»

Largo tiempo se quedaron contemplando, sin embargo poco más hablaron. Luego se tomaron las manos en señal de despedida e hicieron un pacto prometiéndose no contraer matrimonio con ningún otro hombre ni mujer. Y como prueba de fidelidad Sigurd se sacó el anillo de su dedo y se lo puso a Brunilda. Era el anillo del Duende Andvari.



SIGURD EN LA CASA DE LOS NIBELUNGOS

Sigurd se alejó de Hindfell y llegó a un reino que era gobernado por un pueblo llamado los Nibelungos, así como el pueblo de Sigurd se llamaba los Volsungs. El Rey de este pueblo se llamaba Giuki.

Al presentarse en el Salón, Sigurd fue recibido amistosamente por el Rey Giuki, su Reina y todos sus hijos, pues no era frecuente recibir a un héroe de tal envergadura. Sigurd, junto a los hijos del Rey: Gunnar y Högni, partió a la guerra y los tres fueron valientes guerreros pero Sigurd, fue el que más sobresalió.

Al regresar de la guerra, grandes celebraciones los esperaban en el Salón de los Nibelungos. Sigurd sentía gran amistad por la raza de los Nibelungos y especialmente por los dos hijos del Rey: Gunnar y Högni y con ellos hizo un juramento de hermandad.

Tras la guerra en la que habían salido vencedores, Sigurd se quedó todo el invierno en el Salón de los Nibelungos. Los recuerdos de Brunilda llenaban su corazón y deseaba regresar a la Casa en Llamas para llevar a Brunilda a vivir a las tierras que el Rey Giuki le había regalado. Sin embargo, había prometido brindar aún más apoyo a sus hermanos.

Un día, mientras cabalgaba, Sigurd volvió a escuchar la conversación que sostenían unos pajaritos. Uno decía: «Allí está Sigurd portando su casco maravilloso.» El otro pajarito dijo: «Todavía no sabe que ese casco tiene el don para transformarlo en lo que desee, así como Fafnir deseó ser un Dragón.» El tercer pajarito dijo: «No sabe que el casco lo puede convertir a su antojo.»

Sigurd cabalgó devuelta al Salón de los Nibelungos y mientras cenaba les contó a todos, lo que había oído hablar a los pajaritos y luego les mostró el casco maravilloso. También relató cómo había vencido al Dragón Fafnir y cómo se había apropiado de todo el tesoro. Los dos hermanos que habían hecho el juramento de hermandad se maravillaron con sus posesiones. Pero para Sigurd su más valioso tesoro era Brunilda, y sobre ella no habló ni una sola palabra.

La Reina se llamaba Grimhild, era la madre de Gunnar y Högni y de su medio hermano Guttorm, además, ella y el Rey, tenían una hija que se llamaba Gudrun. Grimhild era una de las mujeres más sabias y supo reconocer a Sigurd como uno de los

guerreros más valientes de la tierra. Ella deseaba que perteneciera a los Nibelungos, no sólo por el juramento de hermandad que tenía con Gunnar y Högni, sino que por otros lazos. Y más lo deseó al enterarse del maravilloso tesoro de Sigurd. Grimhild se quedó contemplando el casco de oro y el precioso brazalete que llevaba en su brazo y se empecinó con su deseo pensando que Sigurd debía contraer matrimonio con su hija Gudrun. Sin embargo, ni Sigurd ni Gudrun sabían de este empecinamiento de Grimhild.

La Reina observaba atentamente a Sigurd y así descubrió que su corazón guardaba un recuerdo que le impedía fijarse en Gudrun. La Reina conocía de hechizos (era descendiente de Borghild cuyo hechizo había acabado con la vida de Sinfiotli) y estaba segura de saber preparar una pócima para destruir la memoria de Sigurd.

De modo que la Reina se dedicó a preparar la poción. Una noche de fiesta en el Salón de los Nibelungos, le pasó la copa que contenía la pócima a Gudrun y le pidió que se la llevara a Sigurd.

Sigurd recibió la copa que le ofrecía la noble doncella Nibelunga y se la bebió. Luego bajó la copa y se quedó en la fiesta pero parecía que estuviera soñando, se quedó despierto pero en sueños, y así se retiró a su habitación. Al día siguiente y el subsiguiente Sigurd se mantuvo callado, con su mente ida. Una tarde salió a cabalgar junto a Gunnar y Högni quienes le preguntaron: «¿Qué es lo que os sucede hermano? Parece como si algo hubieseis perdido.» Sigurd no

podía responder. Había perdido el recuerdo de Brunilda, la Valkiria en la Casa en Llamas.

Ahora al mirar a Gudrun, le pareció que era la primera vez que la veía. Sus largas trenzas le parecieron tan suaves como sus manos. Sus ojos eran como las flores del bosque, sus gestos y sus palabras eran tan gentiles. Ella se veía noble como una princesa que algún día se convertiría en la Reina. En cambio, Gudrun se había enamorado de Sigurd desde el primer momento en que lo vio montado en Grani, su orgulloso caballo, llevando su casco maravilloso en la cabeza.

Cuando llegó la estación del año en que los cisnes salvajes retornaban al lago, Gudrun se dirigió a observar cómo hacían sus nidos. En ese momento Sigurd cabalgaba entre los pinos y, al verla, le pareció que todo el panorama se transformaba. Sigurd detuvo su caballo y se quedó oyendo su voz mientras Gudrun cantaba la canción que Völund le había escrito a Alvit, su novia-cisne.

Su corazón ya no se sentía vacío de recuerdo, sino que ahora se llenaba con los recuerdos de Gudrun. Sigurd se quedó observándola en el lago junto a los nidos de los cisnes. La contempló en el Salón sentada junto a su madre bordando. La contemplaba mientras atendía a su padre y a sus hermanos. Gran ternura sentía por ella.

Un día, Sigurd se acercó a sus hermanos de juramento: Gunnar y Högni, para pedir la mano de Gudrun. Ellos se alegraron mucho y pensaron que era

lo mejor que podía suceder, de inmediato se fueron donde el Rey Giuki y la Reina Grimhild. A todos les pareció que ahora estaban libres de preocupaciones y que una gran alegría se cernía sobre ellos y dieron a Sigurd una gran bienvenida a la familia de los Nibelungos.

Gudrun se enteró de lo que sucedía y le dijo a su madre: «¡Oh! Madre, vuestra sabiduría debería haberme enseñado a sobrellevar tanta alegría. ¿Cómo puedo demostrarle a Sigurd que me es tan, tan querido? Tal vez deba intentar no demostrárselo, de modo que no sospeche que en mí no hay otro sentimiento, que el amor que siento por él. A un guerrero como él no le importa este tipo de amor. Debo comportarme como una doncella guerrera.»

Sigurd y Gudrun contrajeron matrimonio y todo el Reino de los Nibelungos estaba feliz. La Reina Grimhild pensó que a pesar de que los efectos de la poción desaparecerían con el tiempo, ya no habría nada de que preocuparse, porque ahora el corazón de Sigurd guardaría los recuerdos de Gudrun para siempre.



CÓMO SIGURD GANÓ A BRUNILDA PARA GUNNAR

Ahora que Sigurd había contraído matrimonio con Gudrun era uno más de los Nibelungos. Fue en busca del tesoro de la cueva de Fafnir y lo llevó a la casa de los tesoros. Regresó al Reino de su padre adoptivo y visitó al Rey Alv y a su madre Hiordis. Pero no tenía ningún recuerdo de Brunilda ni de la Casa en Llamas donde ella aún lo esperaba.

El Rey Giuki murió y Gunnar, uno de los hermanos de juramento de Sigurd, fue coronado Rey. Su madre deseaba que su hijo contrajera matrimonio pero él le respondió que aún no encontraba una doncella con la que se quisiera casar.

Sin embargo, cuando Sigurd y Gunnar se encontraban solos, Gunnar le hablaba de una doncella que se encontraba muy lejos pero en la cual él a menudo

pensaba. Hasta que un día Sigurd lo presionó para que le contara más sobre esta doncella. Entonces Gunnar le contó que había oído relatar a los poetas, acerca de una doncella que vivía en un Salón rodeada de fuego, una doncella de nombre Brunilda, que se encontraba protegida por un anillo de fuego.

Sigurd se rió al pensar que su astuto hermano estaba ilusionado con una doncella que sólo conocía a través de los poetas. Sin embargo, Sigurd le dijo: «Si realmente os encontráis interesado, ¿por qué no vais en su búsqueda?» Entonces Gunnar le preguntó si lo ayudaría a conquistarla y Sigurd le dio la mano y le prometió que así lo haría.

De modo que Sigurd, Gunnar y Högni se alejaron en dirección a Hindfell. Cabalgaron hasta divisar los negros muros rodeados de anillos de fuego. Sigurd no recordaba el lugar. Gunnar intentó pasar a través del fuego montado en su caballo Goti pero no hubo modo que el caballo saltara. Gunnar pensó que tal vez lo lograría montando a Grani, el caballo de Sigurd. Sin embargo, Grani sentía el temor del jinete hacia el fuego y también se encabritó. Grani cruzaría el fuego sólo montado por Sigurd.

Los tres hermanos de juramento se hallaban desconcertados. Después de mucho pensarlo Högni, el Sabio, dijo: «Hay un modo de llegar hasta Brunilda si Sigurd se transforma en Gunnar con su casco maravilloso. De este modo Sigurd podrá montar a Grani a través del fuego y llegar hasta Brunilda con el cuerpo de Gunnar.»

Así habló Högni, el Sabio, y al sentir las miradas de sus hermanos de juramento Sigurd no pudo negarse y aceptó cruzar el fuego cabalgando y presentarse ante Brunilda con el cuerpo de Gunnar. Así es que con el poder mágico de su casco transformó su cuerpo como el de Gunnar, luego montó a Grani, quien cruzó el fuego sabiendo que su jinete nada temía. Sigurd llegó a la entrada del Salón, desmontó de su caballo y le pidió a Grani que se quedara quieto.

Sigurd entró al salón y vio que alguien practicaba tiros de flecha con su arco. Ella se dio vuelta y él vio su rostro hermoso pero serio, su cabello ondulado y brillante y sus ojos que parecían estrellas en un mar tranquilo. Pensó que la flecha en su mano iba a ser para él pero no fue así, Brunilda bajó el arco, se le acercó con ese caminar que parecía no tocar la tierra. Y cuando estuvo cerca lo miró fijamente y exclamó: «¿Quién sois? ¿Cómo habéis cruzado el anillo de fuego?»

Sigurd contestó: «Soy Gunnar, el hijo de Giuki, de la raza de los Nibelungos.»

Ella preguntó: «¿Sois acaso el guerrero más valiente del mundo?»

Sigurd respondió: «He cruzado a través del anillo de fuego para llegar hasta vos.»

Brunilda contestó: «Aquél que logra cruzar el muro de fuego puede reclamarme como esposa. Así está escrito en las Runas, y así ha de ser. Pero pensé que sólo uno lo lograría.» Luego se quedó mirándolo fijamente, en sus ojos divisó rayos de ira y luego

exclamó: «¡Oh! Puedo combatirlos con mis armas.» Sigurd sintió sus poderosas manos sobre sus hombros y supo que intentaba derribarlo.

Comenzaron una lucha y eran ambos tan fuertes, que ninguno lograba mover al otro. Ambos luchaban, Sigurd el más grande de los Héroes contra Brunilda, la Valkiria. Sigurd logró agarrarle las manos a Brunilda, así vio el anillo y se lo sacó del dedo.

Era el anillo de Andvari, el anillo que él le había puesto en el dedo. Cuando le sacó el anillo, Brunilda se arrodilló ante él como si hubiese sido vencida.

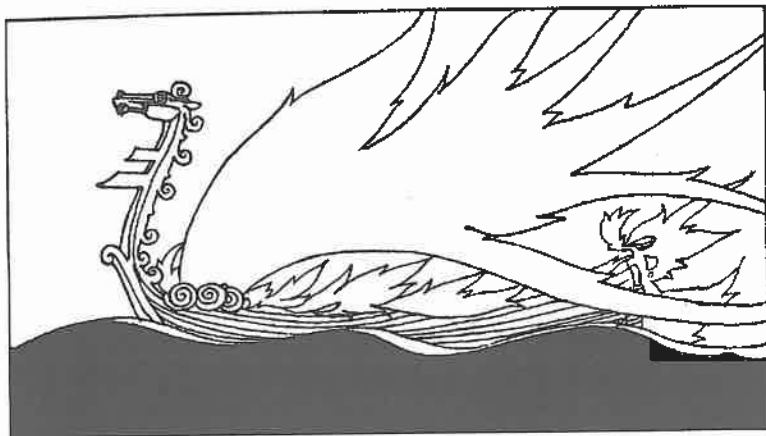
Sigurd la levantó en sus brazos, la subió a Grani y montó detrás de ella y luego volvió a cruzar el fuego. Högni y Gunnar estaban esperando, Gunnar con el cuerpo de Sigurd. Brunilda no los miró sino que se cubrió la cara con las manos. Luego, Sigurd volvió a tomar su forma y se fue delante de Gunnar y Högni cabalgando en dirección al Salón de los Nibelungos.

Sigurd entró en el Salón y encontró a su esposa Gudrun jugando con Sigmund, su pequeño hijo, se sentó junto a ella y le relató todo lo que había sucedido. Cómo debido al juramento de hermandad había ganado a Brunilda para Gunnar, cómo había luchado contra ella hasta vencerla y cómo le había sacado el anillo que ahora él llevaba puesto en su dedo.

Y mientras todo esto le relataba a su esposa, el efecto de la poción que le había preparado la madre de Gudrun desapareció. Ahora comenzaron a aparecer los recuerdos de la Casa en Llamas, en un día que no era éste y cómo él había estado allí con su

propio cuerpo. Entonces, al igual que aquella noche en que bebió la poción que le ofreció su mujer, ahora Sigurd volvió a caer en el ensueño. De este modo, se quedó observando a su hijo mientras jugaba y a su esposa mientras ella bordaba, estaba despierto pero en sueños.

Mientras así estaba entraron al Salón de los Nibelungos, Gunnar y Högni trayendo consigo a Brunilda. Gudrun se puso de pie para dar la bienvenida a quien sería su cuñada. Entonces Sigurd la fue a saludar y recordó todo. En ese momento en que todo lo recordó, dio un suspiro tan profundo en su corazón, que la malla de cota que llevaba en su pecho se partió en dos.



LA MUERTE DE SIGURD

Sucedió que un día Brunilda, quien había contraído matrimonio con Gunnar y ahora era la Reina, se encontraba con la esposa de Sigurd bañándose en un río. Brunilda se había convertido en una mujer muy arrogante, y mientras Gudrun secaba su cabello, algunas gotas le saltaron encima a Brunilda. De inmediato se alejó de allí. Gudrun sin saber del odio que sentía Brunilda por ella, salió corriendo hasta la orilla y le dijo: «Brunilda ¿Por qué os alejáis de mí?»

Brunilda contestó: «Para que no me caigan encima gotas de vuestros cabellos.»

Gudrun se quedó perpleja mientras Brunilda continuó río arriba como una criatura que disfrutaba la soledad.

Pero Gudrun exclamó: «Hermana, ¿Por qué me habláis de ese modo?»

Gudrun recordó que desde el primer día Brunilda había sido muy arrogante con ella y a menudo le hablaba en forma ruda y amarga. No sabía por qué razón Brunilda le hablaba así.

Brunilda había reconocido a Sigurd, sabía que era él quien había cruzado a través del fuego la primera vez, quien la había despertado cortando la malla de su pecho y de ese modo había soltado la espina del Árbol del Sueño. Al despertar ella le había prometido su amor y ahora pensaba que él fácilmente la había olvidado entregándole su amor a esta otra doncella. Brunilda con su orgullo de Valkiria había quedado con mucha rabia en su corazón.

Gudrun le preguntó. «Brunilda, ¿Por qué me habláis de este modo?»

Brunilda contestó: «Sería lamentable que gotas de vuestro cabello cayeran encima de alguien tan superior pues yo soy la esposa del Rey Gunnar.»

Gudrun le respondió. «Es cierto que sois la esposa de un Rey, pero no es más valiente que mi esposo amado.»

Brunilda dijo: «Gunnar es más valiente, ¿Por qué os atrevéis a comparar a Sigurd con mi Rey?»

Gudrun contestó: «Porque Sigurd venció al Dragón Fafnir y de ese modo se apropió de su tesoro.»

Brunilda dijo: «Pero Gunnar cruzó el anillo de fuego cabalgando. ¿Acaso vais a responderme que Sigurd también?»

Gudrun indignada contestó: «Sí. Fue Sigurd y no Gunnar quien cruzó en su caballo a través del anillo

de fuego. Sigurd cambió su cuerpo con el de Gunnar y fue él quien sacó vuestro anillo, mirad ahora soy yo quien lo lleva puesto.»

Gudrun le mostró su mano en la que llevaba puesto el anillo de Andvari. Así Brunilda reconoció que Gudrun decía la verdad. Era Sigurd el que cruzó cabalgando a través del fuego no solamente la primera sino que también la segunda vez. Era Sigurd quien había luchado contra ella, vencéndola, sacándole el anillo y demandando que fuera novia, no de él, sino de otro.

Ella había sido vencida con falsedad. De modo que ella, una de las Valkirias de Odín, no había contraído matrimonio con el guerrero más valiente del mundo. Ella, quien no conocía la mentira, había sido engañada. Brunilda se quedó en silencio y todo su orgullo se transformó en odio por Sigurd.

Entonces Brunilda fue a buscar a Gunnar y le dijo que sentía tanta vergüenza que nunca más podría ser feliz en su Reino, que nunca más la vería beber hidromiel, ni bordar con hilos de oro, que nunca más escucharía palabras de afecto de su boca. Mientras decía todo esto rompió el telar que hacía y lloró tan fuerte, que todos la escucharon en el Salón y todos se asombraron de oír llorar a la orgullosa Reina.

Entonces, se le acercó Sigurd y le ofreció, como compensación, todo el tesoro del Dragón Fafnir. Le relató cómo la había olvidado y le rogó que le perdonara haberla ganado con falsedad. Pero ella le contestó: «Sigurd venís a mí demasiado tarde. Ahora sólo guardo rencor en mi corazón.»

Luego Brunilda fue donde Gunnar y le dijo que lo perdonaría y lo amaría mucho más que antes, si es que él daba muerte a Sigurd. A pesar de su amor por Brunilda, Gunnar no estaba dispuesto a dar muerte su propio hermano de juramento.

Entonces ella fue donde Högni y le pidió que diera muerte a Sigurd y así todo el tesoro de Fafnir solamente pertenecería a los Nibelungos. Pero Högni no estaba dispuesto a dar muerte a su propio hermano de juramento.

Sin embargo, había uno que no era hermano de juramento. Se trataba de Guttorm, el medio hermano de Gunnar y Högni. Entonces Brunilda fue donde Guttorm pero no estaba dispuesto a dar muerte a Sigurd, sin embargo Brunilda se dio cuenta que su voluntad era débil y su pensamiento inconstante. Entonces Brunilda hizo un plan para que ni Guttorm, ni ella siguieran por mucho tiempo más en el mundo de los hombres.

Brunilda preparó una comida para enloquecer a Guttorm —veneno de serpiente mezclada con carne cruda de lobo— y al terminar de comer, Guttorm se había vuelto loco. Entonces Guttorm aceptó ponerse bajo las órdenes de Brunilda. Ella le ordenó entrar en la habitación donde Sigurd dormía y enterrarle una espada en el pecho.

Así lo hizo Guttorm aunque antes de que le quitara la vida, Sigurd sacó a Gram, su poderosa espada, y le dio tal estocada a Guttorm, que lo partió en dos.

Brunilda salió corriendo en busca de Grani, el orgulloso caballo de Sigurd, sabiendo que él nunca volvería a montarlo. Allí se quedó la Valkiria abrazada a Grani, el hijo del caballo de Odín. Grani todo lo percibía y al escuchar el llanto de Gudrun por la muerte de Sigurd, su corazón estalló de tristeza y también murió.

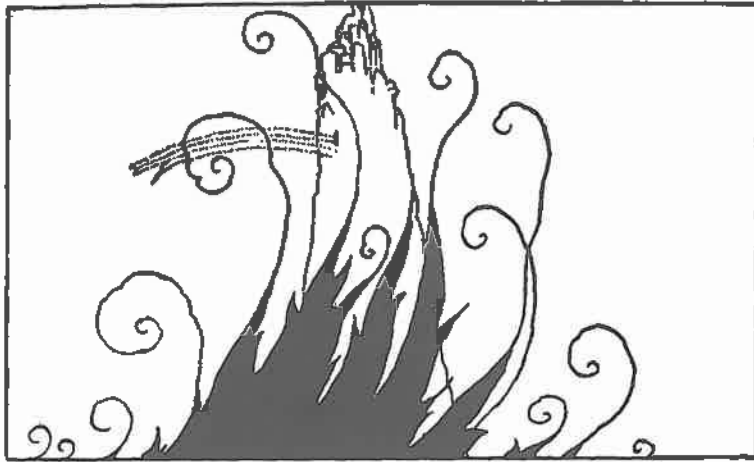
Sacaron el cuerpo de Sigurd del Salón, Brunilda se paró a su lado. Luego Brunilda sacó la espada de Sigurd y se la enterró en su propio corazón. De modo que Brunilda murió, tal como un mortal, por haber desobedecido la voluntad de Odín.

Luego tomaron el cuerpo de Sigurd, su caballo Grani, su casco y su armadura de guerra y los dejaron dentro de un bote recién pintado. También pusieron a Brunilda a su lado. Brunilda con su maravilloso cabello y su rostro hermoso pero serio. Después empujaron el bote al mar y cuando ya se había alejado le prendieron fuego, de modo que Brunilda, una vez más, se encontró entre las llamas.

Así fue como Sigurd y Brunilda se fueron juntos para encontrarse con Nanna en la habitación de Hela.

Gunnar y Högni sintieron tanto temor de la malicia que envolvía al tesoro, que llevaron los brillantes montones de oro y joyas al río, donde mucho tiempo antes Hreidmar vivía en una cueva con sus herreros y el Duende Andvari. Entonces, lanzaron desde la roca más alta, todo el oro y las joyas al agua. El tesoro de Andvari se hundió para siempre en lo más profundo de las olas. De modo que nuevamente las ondinias del

Río, recuperaron su tesoro, pero lamentablemente no pudieron protegerlo con sus cantos por mucho tiempo. La estación del Invierno Fimbul (Fimbulwinter es tres inviernos donde la nieve llega desde todas las direcciones) vendría sobre la tierra, y el Ragnarök, el Ocaso de los Dioses, llegaría sobre los Habitantes del Asgard.



EL OCASO DE LOS DIOSES

La nieve cayó sobre los cuatro cuartos de la tierra, el viento congelado sopló en todas las direcciones, el sol y la luna se escondieron detrás de las tormentas. Había llegado el Invierno Fimbul, no llegó la primavera, ni el verano. No llegó el otoño con sus cosechas ni frutas, el invierno dio paso a otro invierno.

Durante tres años sólo hubo invierno. El primero se llamó el Invierno de los Vientos: soplaron tormentas y la nieve llegó hasta todos los rincones congelando la tierra. Los niños en la tierra, se morían del terror de enfrentar otro invierno.

El segundo invierno se llamó el Invierno de la Espada: los pocos hombres que quedaban vivos robaban y asesinaban a cambio de algo para comer. El

hermano asesinaba a su hermano y en todo el mundo luchaban unos contra otros.

El tercer invierno se llamó el Invierno del lobo. La anciana bruja que habitaba en Jarnvid, el Bosque de Hierro, alimentó al Lobo Managarm con los cadáveres de los hombres que encontraba en el camino. El Lobo se hizo poderoso y robusto, el lobo que habría de devorarse a Mani, la Luna. Los Héroes del Valhalla hallaron sus asientos chorreados con la sangre que salpicaba el hocico de Managarm y para los Dioses esta era la señal de que se acercaba la última batalla.

Un gallo cantó desde las entrañas de la tierra cerca de la habitación de Hela. El gallo rojo y mohoso del infierno. Sus cantos produjeron gran revuelo en los mundos inferiores. En el Jötunheim cantó otro gallo, Fialar, el gallo carmesí y los Gigantes se levantaron al oírlo. En lo más alto del Asgard también cantó un gallo, el gallo de oro Gullinkambir, y los Héroes del Valhalla se prepararon al oírlo.

También ladró un perro, en lo más profundo de la tierra. Era Garm, el sabueso de hocico sangriento, ladró desde la cueva de Gnipa. Los Duendes que lo oyeron se quejaban ante sus puertas de piedra. El árbol Ygdrassil hacía gemir todas sus ramas. Un tremendo estruendo se escuchó mientras los Gigantes movían sus barcos y después se oyó un pisoteo arrollador, eran los jinetes del Muspelheim que reunían a sus caballos.

El Jötunheim, el Muspelheim y el Infierno aguardaban temblando. Aún podía ser que el Lobo Fenrir

no lograra soltar las amarras que le habían hecho los Dioses. Si el Lobo se soltaba, los Dioses serían vencidos. Pero entonces se escuchó el rompimiento de la roca porque Fenrir logró liberarse. Y por segunda vez el Sabueso Garm ladró en la cueva de Gnipa.

Luego se oyó a los jinetes del Muspelheim galopando en sus caballos y se escuchó la risa de Loki, el soplido del cuerno de Heimdall, el estruendo mientras se abrían las quinientas cuarenta puertas del Valhalla y los ochocientos Héroes se alistaban para cruzar cada puerta.

Odín fue a pedir consejo a la cabeza de Mimir. La sacó de adentro del Pozo de la Sabiduría y logró hablar con ella gracias al poder de las Runas que conocía. ¿Dónde era mejor entablar la lucha entre los Ases, los Vanes y los Einherjer, los héroes del Midgard, contra las fuerzas del Muspelheim, del Jötunheim y del Infierno? La cabeza de Mimir aconsejó a Odín luchar en la Planicie del Vigard. Luchar allí para destruir para siempre los poderes del mal, aunque su propio mundo pereciera en el intento.

Los jinetes del Muspelheim llegaron hasta el Bifröst, el Puente del Arcoiris. Ahora destruirían la Ciudad de los Dioses y la envolverían en llamas. Sin embargo el Puente del Arcoiris se partió con el peso de los jinetes del Muspelheim y no lograron llegar a la Ciudad de los Dioses.

Jörmungand, la serpiente que rodea el mundo se levantó desde las profundidades del mar. Las aguas inundaron las tierras barriendo con los pocos sobre-

vivientes del mundo. Se inundó el Naglfar, el Barco construido con las uñas que tanto tiempo les tomó a los Gigantes. También se inundó el barco del Infierno. El Naglfar iba comandado por el Gigante Hrymer y llevaba todos los poderes del Jötunheim para combatir a los Dioses. El Barco del Infierno iba comandado por Loki y el Lobo Fenrir para luchar la última batalla.

Debido a que el Bifröst se partió, los Ases y los Vanes, los Einherjer y las Valkirias tuvieron que cruzar las aguas del Thund cabalgando para llegar hasta la Planicie del Vigard. Odín iba a la cabeza de los Héroes. En su cabeza llevaba su casco de oro y en su mano alzaba la lanza Gugnir. Lo acompañaban Thor y Tyr.

En el Mirkvid, el Bosque Oscuro los Vanes se enfrentaron a los jinetes del Muspelheim. Los jinetes aparecieron por una de las puntas rotas del Puente del Arcoiris rodeados de llamas de fuego incandescentes por delante y por detrás. Allí estaban Niörd y Skadi, su Gigante esposa, vestida con su traje de guerra, también se encontraba allí Frey, y Gerda a su lado vestida como una doncella guerrera. La espada de Surtur brillaba encandilando todo a su paso. Ninguna espada brillaba con tanta fuerza, a excepción de la que Frey había dado a Skirnir. Frey enfrentó a Surtur y murió en esa batalla, pero no hubiese muerto si es que hubiera contado con su espada mágica.

Y ahora por tercera vez ladró Garm, el sabueso con su hocico chorreado de sangre. Se había soltado

de su cadena y ahora corría por el mundo en dirección a la Planicie del Vigard, donde los Dioses habían reunido sus poderes. Garm ladraba fuerte y el águila Hraesvelgur gritaba en el borde del Cielo. Entonces el cielo se enrojeció y se movieron las raíces del Árbol Ygdrasil.

El barco del Jötunheim y el barco del Infierno llegaron hasta el lugar donde se hallaban las filas de los Dioses. También los jinetes del Muspelheim y Garm, el sabueso con el hocico chorreando de sangre los alcanzaron. Y por último, la serpiente Jörmungand salió de las profundidades del mar que ahora rodeaba la Planicie del Vigard.

¿Qué les dijo Odín a los Dioses y a los Héroes que lo acompañaban?

«Ahora entregaremos nuestras vidas y permitiremos que nuestro mundo sea destruido pero lucharemos hasta vencer los poderes del mal para siempre.» El Lobo Fenrir saltó fuera del barco, con su hocico caliente, su mandíbula inferior rozando la tierra y la superior tocando el cielo y sin embargo, Odín enfrentó al Lobo sin la ayuda de Thor porque Thor debió enfrentar a la monstruosa serpiente Jörmungand.

Finalmente Fenrir venció a Odín, mientras los Dioses más jóvenes avanzaban en la batalla hasta que Vidar se encontró cara a cara con Fenrir. Puso su pie en la mandíbula inferior del Lobo, el pie que llevaba una sandalia hecha con todos los retazos de cuero que habían botado los zapateros, y con sus manos le levantó la mandíbula superior hasta partirle la

garganta en dos pedazos. Y así Fenrir, el más feroz enemigo de los Dioses, murió.

Jörmungand, la monstruosa serpiente quería inundar todo con su veneno pero Thor dio un salto y la demolió con su martillo. Entonces Thor retrocedió nueve pasos sin embargo la serpiente lo alcanzó con su veneno que lo dejó primero ciego, después lo ahogó y lo quemó. De este modo Thor, el protector del mundo, murió.

Loki salió de un salto afuera de su barco y luchó contra Heimdall, el Guardián del Puente del Arcoiris y el Guardián de los Dioses. En el enfrentamiento Loki mató a Heimdall y Heimdall mató a Loki.

Tyr luchó con coraje, el Dios que había sacrificado su mano derecha para poder encadenar al lobo. Luchó con coraje y muchos de los poderes del mal, murieron por su poderosa mano izquierda. Pero Garm, el sabueso con su hocico chorreado de sangre, mató a Tyr.

Ahora los jinetes del Muspelheim con sus brillantes armas bajaron hasta el campo de batalla. Rodeados por delante y por detrás de despilfarradoras llamas. Surtur incendió la tierra, se quemó el Árbol Ygdrasil con todas sus grandes ramas. El Árbol del Mundo se incendió completamente. Pero el fuego en la tierra era imparable y terminó quemando también a Surtur y a todas sus huestes.

El Lobo Hati alcanzó el Sol, el Lobo Managarm alcanzó a Mani, la Luna, y se los devoraron. Cayeron las estrellas y la tierra quedó oscura.

El mar inundó la tierra quemada y los cielos sobre el mar quedaron completamente oscuros ya que Sol y Mani no estaban ahí. Finalmente el mar se retiró y reapareció la tierra verde y hermosa.

Un nuevo sol y una nueva luna reaparecieron en el cielo, un hijo del sol y una hija de la luna. A ellos no los perseguía ningún lobo lúgubre.

Había cuatro jóvenes Dioses parados en las cumbres más altas. Se trataba de Vidar y Vali, los hijos de Odín; Modi y Magni, los hijos de Thor. Modi y Magni encontraron el Miölnir, el martillo de Thor. Con el martillo exterminaron a los últimos monstruos que aún deambulaban por el mundo: el Sabueso Garm y el lobo Managarm.

Vidar y Vali encontraron en el pasto, las placas de oro en las que estaban inscritas las antiguas Runas de los Antiguos Dioses. Las runas relataban sobre el Cielo que había sobre el Asgard, de Gimli, donde el fuego de Surtur no pudo llegar. Allí reinaban Vili y Ve, Voluntad y Santidad. Baldur y Hödur salieron de la habitación de Hela y los Dioses se sentaron juntos en las cimas de las montañas. Allí compartieron los secretos y recordaron los sucesos que conocieron antes del Ragnarök, el Ocaso de los Dioses.

En lo más profundo del bosque se encontraron dos seres humanos a los que el fuego de Surtur tampoco logró alcanzar, se habían dormido y cuando despertaron el mundo era verde y hermoso nuevamente. Ambos se alimentaron con el rocío de las mañanas, se trataba de un hombre y de una mujer: Lif y

Lifthrasir. Caminaron por el mundo y tuvieron muchos hijos, y estos a su vez tuvieron hijos, y de estos hijos vienen los hombres y las mujeres que habitan en el mundo.

Fin de los Niños de Odín.